BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

FALACIAS DE LA JUSTICIA SOCIAL

El idealismo de la agenda social
frente a la realidad
de los hechos

Thomas Sowell

TRADUCCIÓN DE SANTIAGO CALVO

ACCESO ABIERTO

DEUSTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. Falacias de la «igualdad de oportunidades»
2. Falacias raciales
3. Falacias sobre las piezas de ajedrez
4. Falacias del conocimiento
5. Palabras, hechos y peligros
Notas
Créditos

Falacias de la justicia social
Thomas Sowell

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

This edition has been published by arrangement with Basic Books, an imprint of Perseus Books, LLC, a subsidiary of Hachette Book Group, Inc., New York, New York, USA. All rights reserved.

Diseño de la cubierta, Sylvia Sans Bassat, 2024

© Thomas Sowell, 2023

© de la traducción, Santiago Calvo López, 2024

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2024 CREATIVE COMMONS
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-234-3734-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Sinopsis

La lucha por la justicia social es una de las principales causas de nuestro tiempo, que interpela a muchas personas diferentes por diversas razones. Pero que se utilicen las mismas palabras no siempre supone estar hablando de lo mismo. Debemos aclarar los significados para descubrir en qué estamos de acuerdo y en qué discrepamos.

El veterano pensador Thomas Sowell, que lleva más de seis décadas cuestionando los presupuestos económicos y filosóficos progresistas, demuestra en su último libro que muchas de las cosas que los luchadores de la justicia social creen verdaderas, sencillamente, no resisten una mínima confrontación con los hechos.

Este libro, cargado de datos y argumentos, desmonta la visión distorsionada y victimista de la realidad del pensamiento *woke* que está arrastrando a la civilización occidental hacia el precipicio.

Sowell nos recuerda que la agenda de la justicia social a menudo conduce en la dirección opuesta a su ideal, en ocasiones con consecuencias catastróficas.

FALACIAS DE LA JUSTICIA SOCIAL

El idealismo de la agenda social frente a la realidad de los hechos

Thomas Sowell

Traducción de Santiago Calvo López

EDICIONES DEUSTO

Todos tienen derecho a tener su propia opinión, pero no a tener sus propios hechos.

DANIEL PATRICK MOYNIHAN

1

Falacias de la «igualdad de oportunidades»

En el siglo XVIII, Jean-Jacques Rousseau expresó la esencia de la visión de la justicia social cuando escribió sobre «la igualdad que la naturaleza estableció entre los hombres y la desigualdad que instituyó entre ellos». [1] En el tipo de mundo concebido por Rousseau, todas las clases, razas y otras subdivisiones de la especie humana tendrían las mismas oportunidades en todos los ámbitos, en igualdad de condiciones. Sin embargo, cuantos más factores influyan en los resultados, menores serán las posibilidades de que todos esos factores sean iguales.

En el mundo real, rara vez encontramos algo que se asemeje a la igualdad de resultados que podríamos esperar si todos los factores que influyen en los resultados fueran idénticos para todos. Incluso en una sociedad que brinde igualdad de oportunidades, en el sentido de evaluar a cada individuo con los mismos criterios, las personas con distintos orígenes no necesariamente quieren seguir el mismo camino, y mucho menos invertir su tiempo y energía en desarrollar las mismas habilidades y talentos.

En los deportes estadounidenses, por ejemplo, observamos que los negros tienen una presencia destacada en el balon-

cesto profesional, mientras que los blancos son más comunes en el tenis profesional y los hispanos en las Grandes Ligas de Béisbol (MLB, por sus siglas en inglés). Curiosamente, en el *hockey* profesional, un deporte con más equipos en Estados Unidos que en Canadá, existe una mayor cantidad de jugadores canadienses que estadounidenses, a pesar de que la población estadounidense supera ocho veces a la de Canadá. Además, hay más jugadores procedentes de Suecia —que está a casi seis mil kilómetros de distancia— en la Liga Nacional de Hockey (NHL, por sus siglas en inglés) que jugadores californianos, a pesar de que la población de California es aproximadamente cuatro veces mayor que la de Suecia. [2]

Los diferentes tipos de clima son una de las muchas variables que no son iguales. Las regiones con un clima más frío, donde los cursos de agua se congelan durante meses, ofrecen más oportunidades para que las personas desarrollen habilidades en el patinaje sobre hielo, fundamentales para el *hockey*. Estos climas fríos son mucho más comunes en países como Canadá y Suecia que en Estados Unidos en general o en California en particular.

Las diferencias climáticas, entre otras muchas cosas, pueden favorecer el desarrollo de algunas aptitudes en determinados pueblos o dificultar el desarrollo de otras.

En el núcleo de la visión de la justicia social reside el supuesto de que, dado que las desigualdades económicas y de otro tipo entre las personas superan con creces cualquier diferencia en sus capacidades innatas, estas disparidades son la

evidencia de los efectos de vicios humanos como la explotación y la discriminación.

Estos vicios, de hecho, constituyen una de las múltiples causas que impiden que grupos diversos de personas —sean clases, razas o naciones— logren resultados iguales o incluso comparables, tanto en términos económicos como de otro tipo.

Resulta especialmente difícil sostener que las desigualdades de resultados se deben automáticamente a la discriminación ejercida por las mayorías dominantes contra las minorías subordinadas cuando, de hecho, muchas de estas minorías subordinadas han logrado mejores resultados económicos que las mayorías dominantes.

Un estudio sobre el Imperio otomano, por ejemplo, reveló que, en 1912, ninguno de los cuarenta banqueros privados censados en Estambul era de origen turco, a pesar de que los turcos gobernaban el imperio. Ninguno de los treinta y cuatro agentes de bolsa de Estambul era turco. De los activos de capital fijo de 284 empresas industriales del Imperio otomano que empleaban a cinco o más trabajadores, el 50 por ciento estaba en manos de griegos y otro 20 por ciento en manos de estadounidenses. [3]

El Imperio otomano no fue un caso aislado. En varios países, las minorías raciales o étnicas llegaron a poseer o gestionar más del 50 por ciento de las industrias. Esto incluye a los chinos en Malasia, [4] los alemanes en Brasil, [5] los libaneses en África occidental, [6] los judíos en Polonia, [7] los italianos en Argentina, [8] los indios en África oriental, [9] los escoceses

en el Reino Unido, [10] los ibos en Nigeria [11] y los marwaris en la India. [12]

En cambio, en la vasta literatura sobre justicia social es raro encontrar un solo ejemplo de la representación proporcional de los distintos grupos en actividades sometidas a la libre competencia, ni en ningún país del mundo actual ni en ningún momento a lo largo de cientos de años de registros históricos.

Entre los numerosos factores que pueden impedir que las mismas oportunidades conduzcan a un desarrollo igualitario de capacidades se encuentran aquellos sobre los cuales los seres humanos tienen muy poco control, como la geografía, [13] y otros factores sobre los cuales los humanos no tienen un control completo, como el pasado. Existe un listado innumerable de elementos que pueden dar lugar a la desigualdad de oportunidades y algunos de ellos merecen examinarse con más detenimiento.

Para comenzar con un ejemplo bastante mundano de desigualdad de capacidades demostrable, la mayoría de las marcas líderes de cerveza en Estados Unidos fueron fundadas por personas de ascendencia alemana. [14] Incluso la cerveza china Tsingtao fue creada por personas de origen germano. [15] Además, los alemanes también han tenido un papel destacado en la industria cervecera de Argentina, [16] Brasil [17] y Australia. [18] Alemania es desde hace tiempo el principal productor de cerveza en Europa. [19]

Los alemanes ya elaboraban cerveza en tiempos del Imperio romano. [20] Cuando un pueblo en particular ha estado ha-

ciendo una actividad tan específica durante más de mil años, ¿acaso nos debería sorprender que tenga más éxito en ese campo en comparación con otros que no tengan ese historial en la misma área?

No estamos debatiendo sobre un potencial innato para alcanzar logros de manera general, sino sobre las capacidades concretas que se han desarrollado. Independientemente de las circunstancias que puedan haber contribuido a que los alemanes comenzaran a fabricar cerveza en la Antigüedad, las habilidades que han cultivado a lo largo de los siglos son un hecho hoy en día. Lo mismo es aplicable a otros grupos que han desarrollado habilidades particulares en otros campos en el pasado. Una de las muchas cosas que ningún individuo, institución o sociedad puede controlar es el pasado. El pasado es irrevocable. Como dijo un famoso historiador: «No vivimos en el pasado, sino que el pasado vive en nosotros». [21]

Los alemanes no son de ninguna manera los únicos que destacan en tareas específicas en comparación con otros muchos pueblos. Por el contrario, hay muchas áreas en las que otros pueblos superan a los alemanes. Es común, por ejemplo, oír a gente hablar de la «cocina francesa» o la «cocina italiana», pero rara vez, o quizá nunca, la gente habla de la «cocina alemana» o la «comida inglesa». Sin embargo, todos estos países se encuentran en Europa. Roma y Berlín están aproximadamente a la misma distancia entre sí que Nueva York y Chicago, mientras que Londres y París están más cerca entre sí de lo que lo están Los Ángeles y San Francisco.

La cuestión aquí es que, incluso en circunstancias que parecen similares, pueden existir historias, culturas y resultados muy diferentes en áreas específicas. Los grupos que tienen habilidades particulares en distintos ámbitos han sido una realidad constante a lo largo de los siglos en países de todo el mundo. [22] Incluso si hoy en día dos grupos viven en entornos físicamente idénticos, ¿qué probabilidad habría de que hayan estado expuestos a las mismas influencias ambientales a lo largo de milenios de existencia humana?

Los escoceses gozan desde hace tiempo de reconocimiento internacional por la calidad del whisky que producen, de la misma manera que los franceses son conocidos por sus vinos. Sin embargo, los escoceses no pueden competir con los franceses a la hora de producir vino, ya que las uvas que maduran en Francia no prosperarían igual en el clima más frío de Escocia. No hay razón para esperar que los escoceses sean igual que los franceses en la producción de vino, igual que no se espera que los alemanes sean igual que los escoceses en la producción de cerveza.

Ni la raza ni el racismo, ni ninguna otra forma de discriminación, son necesarios para explicar estas diferencias recíprocas. Quienes recurren automáticamente a prejuicios discriminatorios para explicar la desigualdad en los resultados no han sido capaces de identificar ningún país, en ningún lugar del mundo, que haya logrado una representación demográfica proporcional, a pesar de haberlo convertido en su criterio de referencia.

Desigualdades recíprocas

Aunque la igualdad entre grupos de seres humanos en los mismos ámbitos no es tan frecuente, las desigualdades recíprocas entre grupos en diferentes ámbitos sí lo son. La igualdad entre diferentes grupos de seres humanos, presupuesta por quienes consideran que la disparidad en los resultados evidencia el sesgo discriminatorio, podría ser cierta en lo que respecta a las potencialidades innatas, pero la realidad es que a las personas no las contratan ni les pagan por su potencial innato. En cambio, las emplean, remuneran, admiten en universidades o seleccionan para un puesto en función de las capacidades que han desarrollado y son relevantes para la actividad en cuestión. En este sentido, las desigualdades recíprocas pueden sugerir igualdad de potencialidades, pero no constituyen una base para esperar resultados iguales.

Incluso algunos grupos que se encuentran rezagados en la consecución de ciertos logros pueden tener alguna habilidad particular en la que no sólo se defienden, sino que destacan. Hay grupos con escasa formación académica, por ejemplo, que pueden quedar atrás en muchas otras tareas para las que esa formación es esencial. Sin embargo, estos mismos grupos a menudo sobresalen en otros campos en los que el talento personal y la dedicación desempeñan un papel fundamental. El deporte y el entretenimiento han sido durante mucho tiempo áreas en las que grupos de población estadounidense que han luchado contra la pobreza, como los irlandeses, los negros y los blancos sureños, han logrado grandes éxitos. [23]

Aunque es difícil encontrar igualdad de grupo —tanto en términos de ingresos como de capacidades—, también es raro hallar un grupo social amplio que no posea alguna habilidad en la cual su rendimiento esté por encima del promedio.

Las desigualdades recíprocas abundan —incluso cuando la desigualdad no lo hace—. Como hemos visto, hay diferentes grupos étnicos que destacan en diferentes deportes en Estados Unidos. Como resultado, el grado de desigualdad de representación de los grupos en el conjunto de los deportes estadounidenses no es tan pronunciado como en cada deporte individual. Un principio similar se aplica, por razones parecidas, en otros campos, debido a las desigualdades recíprocas.

Si observamos a las personas ricas, como líderes históricos del comercio y la industria, por ejemplo, notaremos que los judíos estuvieron más ampliamente representados entre los líderes históricos en la venta al por menor, las finanzas y la producción y venta de prendas de vestir que en la industria siderúrgica, la fabricación de automóviles o la minería del carbón. Además, los grupos que tienen una representación similar en profesiones en general pueden tener representaciones muy diferentes en profesiones específicas, como la ingeniería, la medicina o el derecho. Los profesionales asiático-americanos no necesariamente se concentran en los mismos trabajos que los profesionales estadounidenses de origen irlandés.

A causa de las desigualdades recíprocas, cuanto más específico sea un esfuerzo, menor será la probabilidad de que los diferentes grupos estén representados de manera compara-

ble. No obstante, los defensores de la justicia social a menudo denuncian la representación desigual de grupos en determinadas empresas como evidencia de discriminación por parte del empresario.

Cuando los diferentes pueblos evolucionan de manera distinta en diversos entornos y condiciones, pueden desarrollar talentos variados y dar lugar a desigualdades recíprocas de logros en un amplio abanico de ámbitos, sin necesariamente dar lugar a la igualdad, o incluso comparabilidad, en estas áreas. Tales desigualdades recíprocas no respaldan automáticamente las teorías del determinismo genético o del sesgo discriminatorio como explicación de las desigualdades.

En la literatura de la justicia social se repiten a menudo suposiciones y afirmaciones sin respaldo empírico. Cuando, por ejemplo, las mujeres están estadísticamente infrarrepresentadas en Silicon Valley, hay quien asume automáticamente que se debe a la discriminación de género por parte de los empleadores de esa región. Pero la realidad es que el trabajo en Silicon Valley se basa en la aplicación de habilidades de ingeniería, incluida la ingeniería de software informático, y resulta que las mujeres estadounidenses obtienen menos del 30 por ciento de los títulos en ingeniería, ya sea a nivel de licenciatura o de posgrado. [24]

Cuando los hombres estadounidenses obtienen menos del 20 por ciento de los títulos universitarios en educación y sólo el 22 y el 32 por ciento de los títulos de máster y doctorado, respectivamente, en la misma disciplina, [25] ¿debería sorpren-

dernos que los hombres estén infrarrepresentados entre los profesores y que las mujeres lo estén entre los ingenieros?

Comparar la representación estadística de mujeres y hombres en cualquiera de estas ocupaciones es como comparar manzanas y naranjas, ya que las disciplinas en las que se especializan son diferentes. Las decisiones sobre la especialización educativa suelen tomarlas los individuos años antes de que las mujeres y los hombres contacten con un empresario para comenzar su carrera laboral.

Se plantea una cuestión más general cuando se comparan los ingresos de las mujeres en su conjunto con los de los hombres. Esto pone de manifiesto muchas diferencias específicas en el estilo de vida de mujeres y hombres. [26] Una de las diferencias fundamentales es que las mujeres trabajan a tiempo completo durante todo el año con mucha menos frecuencia que los hombres. Los datos de la oficina del censo de Estados Unidos revelan que, en 2019, había 15 millones más de hombres que mujeres trabajando a jornada completa durante todo el año. [27] Los patrones de trabajo de las mujeres incluyen más trabajo a tiempo parcial y algunos años en los que muchas mujeres abandonan por completo la fuerza laboral, a veces debido a que optan por quedarse en el hogar para cuidar a sus hijos pequeños. [28]

Cuando se consideran éstas y otras diferencias en los patrones de trabajo, la brecha salarial entre hombres y mujeres se reduce drásticamente y, en algunos casos, se revierte. [29] De hecho, en 1971, las mujeres solteras de alrededor de treinta años que habían trabajado ininterrumpidamente desde

que completaron sus estudios ganaban un poco más que los hombres en la misma categoría. [30]

Cuando existen diferencias estadísticas en la representación de varios grupos étnicos, a menudo se descuidan los diferentes patrones dentro de estos mismos grupos. Un ejemplo típico de esta tendencia a equiparar las diferencias en la representación demográfica con la discriminación empresarial se ilustra en un titular de un periódico de San Francisco: [31]

> ¿Por qué se sigue excluyendo a los negros y latinos de la industria tecnológica?

¿Se excluye del baloncesto profesional a los asiáticos o a los californianos de la Liga Nacional de Hockey? ¿Es la igualdad de representación demográfica tan común o tan automática que su ausencia en una actividad en particular sólo puede atribuirse a la exclusión de determinadas personas?

Como ocurre con las diferencias de género en la representación demográfica en el campo de la ingeniería, las disparidades étnicas en las calificaciones para una carrera en ingeniería son notables. Los asiático-americanos obtienen más títulos de ingeniería que los negros o los hispanos, [32] a pesar de que ambos grupos superan en número a los asiático-americanos en la población de Estados Unidos. A nivel de doctorado, la cantidad de títulos de ingeniería otorgados a asiático-americanos supera la suma de los doctorados de ingeniería otorgados a negros e hispanos. [33]

Estas disparidades étnicas en las carreras de ingeniería no son exclusivas de Estados Unidos. En Malasia, durante la década de 1960, los miembros de la minoría china obtuvieron

cuatrocientos ocho títulos de ingeniería, mientras que los de la mayoría malaya sólo obtuvieron cuatro. [34]

Cuando comparamos diferentes grupos étnicos en un ámbito concreto, estamos de nuevo comparando manzanas con naranjas en términos de especialización educativa o de otro tipo. En estas circunstancias, la igualdad de oportunidades, en el sentido de aplicar los mismos estándares a todos, no garantiza los mismos resultados, incluso si nadie se «excluye». No hay manera de que los chinos de Malasia puedan «excluir» a los estudiantes malayos en las universidades dirigidas por malayos y sujetas a la autoridad del gobierno malasio, también dirigido por malayos.

El estándar de «impacto dispar», utilizado por los tribunales para determinar la discriminación de los empleadores, implícitamente asume algo que nadie parece encontrar en ninguna parte: la igualdad de representación demográfica de diferentes grupos. Numerosos estudios internacionales han puesto de manifiesto la existencia de grandes disparidades en países de todo el mundo. [35] Uno de estos estudios concluyó: «En ninguna sociedad se han desarrollado por igual todas las regiones y todos los sectores de la población». [36]

No obstante, algunos jueces de la Corte Suprema de Estados Unidos han aceptado las estadísticas del «impacto dispar» como evidencia de discriminación por parte de los empleadores, incluso cuando existen disparidades estadísticas más extremas en la propia Corte Suprema que las utilizadas para culpar a los empleadores de discriminación. Durante ocho años consecutivos, desde 2010 hasta 2017, todos los jue-

ces de la Corte Suprema eran católicos o judíos,[37] a pesar de que en el país el número de protestantes supera la suma de católicos y judíos.[38] Sin embargo, una de las razones más evidentes para dudar de cualquier intención negativa o conspiración es que estos jueces fueron nombrados por presidentes de ambos partidos políticos, y todos esos presidentes eran protestantes.

Nada de esto implica negar que los sesgos de los empleadores sean un factor que puede ser, y de hecho ha sido, responsable de algunas disparidades en los resultados laborales. No obstante, los prejuicios humanos no son el único factor entre los muchos que obstaculizan la igualdad de oportunidades.

Los orígenes de las desigualdades

La cuestión de si los diferentes grupos sociales tienen capacidades iguales o desiguales en varios ámbitos difiere considerablemente de la cuestión de si las diferencias raciales o de género crean un potencial mental intrínsecamente distinto determinado por los genes. El supuesto del determinismo genético que prevaleció entre los intelectuales estadounidenses durante la era progresista de principios del siglo XX es una cuestión irrelevante en este contexto, aunque se abordará en el capítulo 2, y se ha tratado de manera más exhaustiva en otros lugares.[39]

Si asumimos, en gracia de discusión, que cada grupo social —o incluso cada individuo— tiene el mismo potencial mental

en el momento de la concepción, seguiría sin ser suficiente para garantizar ni siquiera la misma «inteligencia innata» al nacer, y mucho menos unas capacidades igualmente desarrolladas tras crecer en diferentes circunstancias o bajo distintas orientaciones culturales hacia diversos objetivos en distintos campos.

Desigualdades entre individuos

La desigualdad de circunstancias comienza en el vientre materno. Las investigaciones han demostrado que las diferencias nutricionales de las madres se traducen en disparidades en el CI de los niños cuando han crecido lo suficiente como para someterse a las pruebas necesarias. [40] La ingesta de diversas sustancias por parte de las madres puede tener efectos tanto positivos como negativos en el CI de los niños y en su bienestar general. [41]

Incluso en situaciones en las que podríamos esperar encontrar una mayor igualdad en el desarrollo de capacidades, como entre los niños con los mismos padres y criados en el mismo hogar, las investigaciones que se remontan al siglo XIX e incluyen países de ambos lados del Atlántico han demostrado que los primogénitos tienen, como grupo, un promedio de CI más alto, [42] una tasa de finalización de estudios superior [43] y una representación notable entre los grandes triunfadores en diversos ámbitos. [44]

En Estados Unidos, por ejemplo, un estudio demostró que más de la mitad de los finalistas del Programa Nacional de

Becas al Mérito eran primogénitos, incluso en familias con cinco hijos, así como en las de dos, tres y cuatro hijos. [45] En otras palabras, en las familias con cinco hijos, el primogénito era finalista con más frecuencia que los otros cuatro hermanos en conjunto. Otros indicadores del éxito educativo y laboral han mostrado de igual manera que el primogénito —e hijo único— está sobrerrepresentado entre quienes más rinden en diversas tareas, ya sea en Estados Unidos o en otros países incluidos en las encuestas. [46]

El primogénito o el hijo único pueden recibir atención exclusiva de ambos padres durante la etapa más temprana y crucial de desarrollo del niño, cosa que los hermanos posteriores, obviamente, no tienen a su alcance. Por otro lado, numerosos estudios han encontrado que los niños criados en un hogar con un solo progenitor presentan una mayor incidencia de problemas sociales —de nuevo, tanto en Estados Unidos como al otro lado del Atlántico—. [47] Estudios de chicos criados sin padre han demostrado que muchos de ellos están sobrerrepresentados entre personas que presentan patologías que van desde el absentismo escolar hasta el asesinato. [48]

Como señala un estudio, estas patologías mostraron una correlación mucho más fuerte con la ausencia de un padre que con cualquier otro factor, «superando incluso factores como la raza o la pobreza». [49] Los chicos criados sin la presencia de su padre tienen una tasa de encarcelación superior a la media, al margen de que sean blancos o negros, aunque se ha observado una mayor incidencia de niños sin padre entre la población negra. [50] No todas las diferencias entre las

razas se deben a factores raciales, ya sean de carácter genético o por discriminación racial.

Está claro que estos niños no han disfrutado de igualdad de oportunidades, independientemente de que hayan sido tratados justa o injustamente por las personas con las que se han encontrado en instituciones como la escuela o los departamentos de policía. Las niñas también se ven afectadas negativamente, tal como demuestran cuestiones como una tasa de embarazo más alta durante la adolescencia cuando son criadas por un solo progenitor.[51] En Inglaterra, donde la composición étnica de la población desfavorecida difiere de manera considerable de la de Estados Unidos,[52] se han observado patrones patológicos muy similares. A pesar de que la clase baja en Inglaterra es predominantemente blanca, muchos de los patrones sociales son similares a los observados entre los negros con ingresos bajos en Estados Unidos,[53] incluso cuando la clase baja inglesa no tiene un «legado de esclavitud» que pueda usarse para explicarlo.

Cuando los niños estadounidenses crecen en diferentes clases sociales, con diferentes prácticas de crianza, sus oportunidades de igualdad en la vida adulta pueden reducirse seriamente. Las investigaciones han demostrado que los niños criados por padres con ocupaciones profesionales escuchan aproximadamente el triple de palabras por hora que los niños de familias que reciben asistencia social. Además, en las familias con padres profesionales se utilizan palabras positivas y alentadoras con mucha más frecuencia, mientras que en las familias que reciben asistencia social se usan palabras negativas y desalentadoras con mayor frecuencia.[54]

¿Es razonable suponer que los niños criados en hogares con diferencias tan marcadas en su entorno van a ser iguales que los demás en la escuela, en el trabajo o en cualquier otro aspecto de la vida?

Al poner a prueba las suposiciones con hechos, es esencial distinguir claramente la igualdad de potencialidad al comienzo de la vida de la igualdad de capacidades desarrolladas más adelante. Algunos defensores de la justicia social pueden dar por sentado que varios grupos han desarrollado capacidades similares, por lo que les parece desconcertante obtener resultados diferentes. Sin embargo, cuando se trata de capacidades reales de rendimiento, un individuo no se asemeja a sí mismo, ni física ni mentalmente, en las diversas etapas de su vida, y menos aún a otras personas en cada etapa de la vida.

Desigualdades entre grupos

La falacia aparentemente insuperable que subyace en la visión de la justicia social es que grandes categorías de personas —clases, razas o naciones— deberían ser iguales o, al menos, comparables en sus resultados en diversas tareas, si no fuera por algún sesgo discriminatorio que ha intervenido para generar las marcadas disparidades que vemos a nuestro alrededor.

No obstante, es poco probable que diferentes grupos, con una edad media diferente que varía en una década o dos, sean iguales en tareas que requieren la vitalidad física de la juventud o la experiencia de la edad. Cuando los estadouni-

denses de origen japonés tienen una edad media de cincuenta y dos años y los estadounidenses de origen mexicano de veintiocho, [55] no resulta sorprendente que se observen diferencias de representación en distintas ocupaciones y niveles de ingresos. Si estos dos grupos fueran idénticos en todos los demás aspectos, las diferencias de edad por sí solas serían suficientes para generar ingresos diferentes, dado que la renta media de los estadounidenses de mediana edad es superior a la de los veinteañeros. [56]

Las diferencias de edad por sí solas son suficientes para hacer improbable la igualdad económica y otros resultados tanto para naciones como para clases, razas o grupos étnicos. Hay países cuya población tiene una edad superior a los cuarenta años (Alemania, Italia, Japón) y otras naciones en las que la edad media de la población es inferior a los veinte (Nigeria, Afganistán, Angola). [57] ¿Por qué se esperaría que un país en el que más de la mitad de la población son bebés, niños pequeños y adolescentes tenga la misma experiencia laboral y formación, es decir, el mismo capital humano, que otro país en el que más de la mitad de la población tiene cuarenta años o más?

Los países también están ubicados en diferentes entornos geográficos y climáticos, cada uno con sus ventajas y desventajas. Incluso si el potencial de sus habitantes fuera idéntico, sería poco probable que desarrollaran las mismas capacidades después de siglos de adaptarse a la tarea de sobrevivir y evolucionar en entornos muy diversos.

Los continentes difieren enormemente entre sí. A pesar de que África es el doble de grande que Europa, la costa europea es miles de kilómetros más larga que la africana. [58] Esto puede parecer casi imposible, pero la costa europea está repleta de innumerables giros y vueltas que crean puertos donde los barcos pueden atracar de forma segura, protegidos de las aguas bravas del mar abierto. Estos puertos representan una mayor ventaja que la longitud de la costa como tal.

El litoral europeo también se extiende gracias a las numerosas islas y penínsulas que comprenden más de un tercio de la superficie total del continente. [59] Por el contrario, la costa africana es mucho más suave, con menos puertos y muchas menos islas y penínsulas que representan sólo el 2 por ciento de la superficie del continente africano. [60]

No es sorprendente que los europeos se hayan beneficiado durante mucho tiempo de un comercio marítimo mucho mayor que los africanos. Adam Smith, en el siglo XVIII, reconoció estas desventajas geográficas [61] y refutó las afirmaciones de que los africanos eran racialmente inferiores. [62] Otros investigadores han destacado también las numerosas y severas desventajas geográficas a las que se enfrenta el África subsahariana. [63] El distinguido historiador francés Fernand Braudel llegó a la conclusión de que «para comprender el África negra, la geografía era más importante que la historia». [64]

Es cierto que los puertos son sólo un ejemplo de las diversas vías navegables que tienen importantes efectos en el desarrollo económico y social. La diferencia en los costes del transporte marítimo y el transporte por carretera es enorme.

En la Antigüedad, por ejemplo, el coste de transportar una carga a lo largo del mar Mediterráneo, que tenía más de 3.000 km de longitud, era menor que el de transportar esa misma carga solamente 120 km tierra adentro. [65] Esto significaba que los habitantes de la costa tenían un abanico más amplio de interacciones sociales y económicas con otros habitantes y lugares costeros en comparación con los habitantes del interior que interactuaban con otros habitantes del interior o con sus compatriotas costeros.

Un tratado geográfico señalaba que, en la Antigüedad, la Europa mediterránea interior se consideraba «una civilización atrasada en comparación con el litoral mediterráneo». [66] Este patrón no era exclusivo de la región mediterránea, sino que ha sido común en varias partes del mundo donde «las áreas costeras de un país solían ser las primeras en desarrollar una cultura cosmopolita en lugar de una civilización indígena o local. Posteriormente, esta cultura se extendía hacia el interior desde el litoral». [67] Ha habido excepciones, pero éste ha sido el patrón general. [68]

Esta pauta refleja la enorme diferencia en los costes del transporte marítimo y el transporte por carretera, lo que, a su vez, afecta a las perspectivas económicas de diversas maneras. La mayoría de las grandes ciudades del mundo están ubicadas en zonas cercanas a vías navegables, ya que el transporte del gran volumen de alimentos necesarios para abastecer a la población sería notablemente más caro si todos ellos se transportaran exclusivamente por tierra, especialmente antes de la invención del ferrocarril y los camiones en los dos últimos siglos. Incluso hoy en día, las áreas con

acceso a ríos navegables disfrutan de una gran ventaja económica, sobre todo cuando esos ríos están conectados a zonas costeras. [69]

El clima es otro aspecto de la naturaleza que puede influir en el desarrollo económico y social. Los suelos fértiles son más comunes en las zonas templadas que en los trópicos. [70] Esto, obviamente, afecta a la productividad de la agricultura, pero sus efectos no se limitan a eso. La urbanización depende de los alimentos suministrados desde fuera de las comunidades urbanas, y habitualmente la agricultura ha sido la primera fuente. A lo largo de los siglos, una parte desproporcionada de los avances en ciencia, tecnología y otros campos han tenido su origen en las áreas urbanas. [71]

Un estudio empírico realizado por el Centro para el Desarrollo Internacional de Harvard reveló que las regiones ubicadas en zonas templadas, con suelos fértiles y a menos de cien kilómetros del mar representan el 8 por ciento de la superficie emergida. Sin embargo, albergan al 23 por ciento de la población mundial y generan el 53 por ciento del producto interior bruto global. [72] Estas disparidades se reflejan en las diferencias de ingresos per cápita entre esas zonas y el resto del mundo. [73]

Ésta es una de las numerosas diferencias entre las distintas regiones geográficas del mundo. Cuando los europeos llegaron al hemisferio occidental, los pueblos indígenas no contaban con caballos, bueyes, camellos, elefantes ni ningún tipo de animal de tiro o de carga pesada, a diferencia de las regiones del hemisferio oriental, donde estos animales eran comu-

nes y utilizados para transportar personas y mercancías. Aunque había llamas en el Imperio inca en parte de Sudamérica, donde se empleaban como bestias de carga, no eran tan grandes como los animales utilizados en otras partes del mundo.

La ausencia de animales de tiro y bestias de carga en el hemisferio occidental tuvo importantes repercusiones económicas. Al encarecer el transporte terrestre, la escasez de animales restringía las distancias en las que era rentable transportar mercancías y, a su vez, limitaba el tamaño de las embarcaciones utilizadas en el transporte marítimo. Las canoas fueron comunes en el hemisferio occidental. Pero los buques del tamaño de las embarcaciones europeas, o incluso más grandes que las existentes en China durante la Edad Media europea, no eran económicamente viables sin animales de transporte de gran cantidad de mercancías procedentes de kilómetros a la redonda, necesarios para llenar dichos navíos.

Tampoco se empleaban vehículos de ruedas en el hemisferio occidental antes de la llegada de los europeos. La rueda ha sido considerada en ocasiones un invento que marcó un hito en el desarrollo económico. Sin embargo, los vehículos de ruedas, sin la fuerza de animales que tirasen de ellos, no tenían apenas potencial. Los mayas inventaron la rueda, pero la usaban sólo como un juguete para los niños. [74] Si los mayas hubieran tenido contacto con los incas y sus llamas, es probable que los vehículos de ruedas tirados por animales se hubieran convertido en un recurso económico en el hemisferio occidental. Pero las restricciones geográficas impuestas

por el universo cultural del hemisferio occidental en esa época impidieron dichos avances.

Cuando los británicos se enfrentaron a los iroqueses en Norteamérica, se encontraron que eran dos pueblos que partían de universos culturales de una escala muy distinta. Mientras los iroqueses constituían una confederación de tribus que habitaban un territorio extenso, los británicos se beneficiaban de la disponibilidad de animales presentes en la vasta masa terrestre euroasiática —ausente en el hemisferio occidental—. Esta ventaja permitió a los británicos acceder a los inventos, descubrimientos y conocimientos originados en diversas regiones del mundo. Los británicos eran capaces de cruzar el océano gracias a la brújula, inventada en China, guiando sus barcos con timones también de origen chino, haciendo cálculos con conceptos matemáticos originales de Egipto, empleando el sistema numérico desarrollado en la India y escribiendo en papel, otro invento chino, utilizando un alfabeto inventado por los romanos.

Los iroqueses no disponían de un acceso equivalente a los avances culturales de los incas o los mayas. [75] Tampoco estuvieron expuestos de la misma manera a las numerosas enfermedades que se propagaron por la vasta masa continental euroasiática, que abarca más de 10.000 kilómetros, y causaron epidemias devastadoras en siglos pasados. Estas enfermedades dejaron a la población superviviente en Europa con una mayor resistencia biológica frente a muchas de ellas, y los europeos llevaron consigo los gérmenes al hemisferio occidental. En ese entorno, esas enfermedades provocaron estragos en las poblaciones indígenas que carecían de esa resis-

tencia biológica. Las tasas de mortalidad, a veces superiores al 50 por ciento o incluso más entre los pueblos indígenas, facilitaron la conquista europea de las Américas del Norte y del Sur.

No podemos asumir automáticamente que los resultados entre seres humanos sean uniformes o aleatorios, ya sea debido a factores geográficos o a otros aspectos de la naturaleza. Hay demasiados factores en juego como para esperar que todos sean iguales o se mantengan constantes a lo largo de los miles de años en los que los seres humanos se han desarrollado económica y socialmente.

La naturaleza, como se evidencia en las diferencias geográficas, el clima, las enfermedades y la fauna, no ha sido igualitaria, a pesar de la afirmación de Rousseau de que la naturaleza produce equidad. Como destacó un distinguido historiador económico, David S. Landes, «la naturaleza, al igual que la vida, es injusta» [76] y «el mundo nunca ha sido un terreno de juego nivelado». [77]

Las numerosas influencias geográficas, que varían de un lugar a otro, no implican un determinismo geográfico. Éstos y otros factores interactúan con el conocimiento y los errores humanos a medida que se desarrollan en diferentes épocas. Se han dado hambrunas en lugares que disponen de tierras muy fértiles que producían excedentes de alimentos para la exportación, tanto antes como después de la hambruna. [78] El suministro de recursos naturales no es estático, ya que lo que constituye un recurso natural depende de la capacidad de los seres humanos para utilizarlo, y esa capacidad

evoluciona según va cambiando el conocimiento humano a lo largo de las distintas eras.

Las regiones occidentales y del norte de Europa contaban con más recursos naturales utilizados en una revolución industrial —el mineral de hierro y el carbón, por ejemplo— que el este o el sur de Europa. Pero estas diferencias no fueron relevantes durante los miles de años que precedieron al desarrollo del conocimiento humano hasta el punto de hacer posible una revolución industrial. La ventaja de una zona de Europa sobre otra variaba en función de la época y del nivel de conocimiento humano de esa época.

La naturaleza no ha sido más justa en cuanto a la igualdad de género que en su trato a otros grupos sociales, sociedades o naciones. El doble rasero humano respecto al comportamiento sexual de las mujeres y los hombres ha sido apenas un pálido reflejo del doble rasero más fundamental que presenta la naturaleza. Sin importar lo temerario, egoísta, estúpido o irresponsable que pueda ser un hombre, nunca podrá quedarse embarazado. El simple hecho de que las mujeres sean las que dan a luz ha tenido como consecuencia que no puedan acceder a las mismas oportunidades en muchos otros aspectos de la vida, incluso cuando algunas sociedades ofrecen las mismas oportunidades a las personas que tienen desarrolladas las mismas habilidades. [79]

La aparentemente invencible falacia de que sólo los prejuicios humanos pueden explicar las diferencias económicas y sociales la refutan reiteradamente los hechos en sociedades de todo el mundo. Cualquiera que fuera la condición de los

seres humanos en los albores de la especie, ya habían transcurrido miles de años desde que alguien acuñara la expresión *justicia social*.

Durante esos casi inimaginables lapsos de tiempo, distintos grupos humanos evolucionaron de manera dispar en entornos muy variados de todo el mundo: desarrollaron diferentes habilidades que generaron desigualdades mutuas en distintos ámbitos, sin que necesariamente se creara igualdad, ni siquiera comparabilidad, en alguno de esos ámbitos.

Entorno y capital humano

El entorno no puede reducirse meramente al ambiente físico actual. Tampoco se puede definir el capital humano simplemente en términos de formación o habilidades. Las cualidades como la honestidad no sólo representan virtudes morales individuales, sino que también conforman el capital humano de las comunidades e influye en sus culturas y sus economías.

Cuando un entorno geográfico no ofrece más que parcelas pequeñas y aisladas de tierra marginalmente fértil, capaces de sustentar sólo a pequeñas comunidades que viven de manera precaria, hay poco que ganar con el engaño y mucho que perder si las personas en estas circunstancias no se mantienen unidas y son honestas entre sí, ya que la confianza mutua y la cooperación son esenciales para la supervivencia en una situación en la que la vida no está en absoluto garantizada.

Las personas que viven desde hace siglos en comunidades aisladas, empobrecidas y pequeñas, sin la presencia de fuerzas policiales ni departamentos de bomberos, comprenden que cualquier emergencia puede convertirse en una catástrofe, a menos que permanezcan unidas y se ayuden mutuamente. Estas circunstancias, obvias para quienes experimentan esta realidad, tienen el poder de fomentar la honestidad y la cooperación de manera mucho más efectiva que cualquier discurso o ley. En cambio, las personas que se encuentran en circunstancias muy diferentes y más favorables pueden o no desarrollar un sentido similar de la honestidad y la cooperación.

En resumen, la honestidad es uno de los muchos factores que no podemos asumir que esté presente de manera uniforme en todos los sitios o entre todos los pueblos. La evidencia empírica tampoco sugiere que la igualdad sea una característica de este factor, como ocurre con muchos otros. Para evaluar la honradez en diversos pueblos y regiones, se han llevado a cabo experimentos sencillos en los que se dejaba intencionadamente una cartera con dinero y un documento de identidad en lugares públicos en diversas ciudades del mundo.

En uno de estos proyectos, llevado a cabo en 2013, se colocaron doce carteras en lugares públicos en varias ciudades. La cantidad de carteras devueltas con dinero varió desde once en Helsinki (Finlandia) hasta sólo una en Lisboa (Portugal). Además, la única cartera que se devolvió en Lisboa la encontró una pareja de turistas de los Países Bajos; ningún portugués devolvió ninguna. [80] En un estudio anterior, se ob-

servó que se devolvieron todas las carteras en Noruega, un 67 por ciento en Estados Unidos, un 30 por ciento en China y un 21 por ciento en México. [81]

En otro estudio diferente sobre la honestidad se comprobó durante cinco años si los diplomáticos que trabajan en las Naciones Unidas pagaban el ticket del parking en la ciudad de Nueva York, donde gozan de inmunidad ante la justicia. Egipto, que tenía 24 diplomáticos en la ONU, acumuló miles de tickets de parking sin pagar durante este período de cinco años. Mientras tanto, Canadá, con el mismo número de diplomáticos que Egipto, no dejó ningún ticket sin pagar en ese mismo período. Tampoco los británicos, con 31 diplomáticos, ni Japón, con 41. [82]

John Stuart Mill, en el siglo XIX, destacó que el nivel de honestidad o la falta de ella en una sociedad desempeña un papel determinante en el desarrollo de su economía. Al tomar como ejemplo el gran nivel de corrupción de Rusia, Mill concluyó que ésta debía ser «un lastre inmenso para las capacidades de progreso económico». [83] Desde entonces, ya sea bajo el dominio de los zares, los comunistas o en la Rusia poscomunista, la corrupción ha sido generalizada. [84] En cierto punto, algunos rusos decían de ciertos individuos que eran «tan honrados como un alemán», [85] una forma de reconocer tácitamente que esta cualidad no era común entre los rusos.

En cambio, la revolución industrial en Inglaterra se benefició de inversiones provenientes de otros países cuyos inversores confiaban en la reputación del sistema legal británico por su honestidad e imparcialidad.

No existe razón para creer que todos los individuos, grupos o naciones deban ser igual de honrados, igual que no la hay para creer que tengan las mismas habilidades, la misma riqueza o el mismo coeficiente intelectual.

Incluso en los países con un nivel de corrupción generalizado, donde lo que se denomina «el radio de confianza» rara vez se extiende más allá del núcleo familiar, pueden existir grupos particulares con la suficiente confianza entre ellos como para hacer negocios basados en un acuerdo verbal y sin necesidad de recurrir a sistemas jurídicos poco fiables. Los marwaris en la India y varios subgrupos de chinos de ultramar en el sudeste asiático han sido capaces de participar en el comercio internacional con miembros de su propio grupo en otros países, basándose en acuerdos verbales. [86]

Esto puede suponer una enorme ventaja competitiva económica en países con instituciones legales y políticas poco fiables, ya que los rivales indígenas tienen que ser mucho más cautelosos en las transacciones económicas. Incluso en países con instituciones más fiables, como los judíos jasídicos de Nueva York, es una ventaja poder entregar remesas de joyas, venderlas y compartir los beneficios habiéndolo acordado verbalmente. [87]

Al margen del nivel de honestidad de una determinada sociedad, no hay motivo para creer que estas disparidades en estos aspectos sigan siendo siempre las mismas cuando han cambiado tantas otras cosas a lo largo de los siglos. Sin embargo, en un momento dado, la honradez es uno de los mu-

chos factores que varía, lo que provoca que la igualdad de oportunidades para todos sea muy improbable.

Factores episódicos

Además de las continuas diferencias entre los pueblos, también se han producido episodios impredecibles, tales como guerras, hambrunas y epidemias, que pueden alterar la trayectoria del desarrollo de determinados pueblos. Los resultados de los conflictos militares pueden ser una cuestión de posibilidades incalculables y, sin embargo, determinan el destino de sociedades o naciones enteras durante generaciones o siglos posteriores.

Si Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo en lugar de su enemigo, el duque de Wellington, la historia de los pueblos y naciones de todo el continente europeo podría haber sido muy diferente. Wellington se dijo a sí mismo después que el resultado de la batalla fue «lo más parecido a una carrera que hayas visto en tu vida». [88] Podría haber tomado cualquier rumbo. Si la batalla contra las fuerzas invasoras islámicas en Tours en 732 o el asedio a Viena en 1529 hubiesen acabado de otra manera, Europa sería, culturalmente, un lugar muy diferente en la actualidad.

Tal y como resultaron las cosas, Europa ha estado lejos de ser una civilización cultural y económicamente homogénea, con una población que poseía la misma cantidad y el mismo tipo de capital humano en todo el continente. En su lugar, las lenguas de Europa occidental adquirieron una versión escrita

siglos antes que las lenguas del este de Europa. [89] Esto tuvo importantes implicaciones para la educación de la gente que vivía en estas regiones, ya que tenían pocas oportunidades de ser iguales en ámbitos que requerían los conocimientos y las habilidades que aparecen en los libros empleados en colegios y universidades.

No se trataba simplemente de una desigualdad circunscrita al pasado, ya que la evolución hasta el presente partió de pasados muy distintos en lugares y épocas diferentes. El este de Europa ha sido más pobre y ha tenido un desarrollo industrial inferior que el oeste durante siglos, [90] y la tasa de homicidios en el este ha sido varias veces superior a la de Europa occidental durante siglos. [91]

La división este-oeste no fue la única causa de las desigualdades nacionales dentro de Europa. A principios del siglo XX, «cuando sólo el 3 por ciento de la población de Gran Bretaña era analfabeta, en Italia era el 48 por ciento, en España el 56 por ciento y en Portugal el 78 por ciento». [92] En 1900 existían disparidades similares dentro del Imperio de los Habsburgo, donde la tasa de analfabetismo oscilaba entre el 3 por ciento en Bohemia y el 73 por ciento en Dalmacia. [93] Hay numerosos estudios académicos que han encontrado grandes diferencias en distintas partes de Europa, tanto en el desarrollo tecnológico como en el número de figuras destacadas de las artes y las ciencias. [94]

La historia era muy parecida en África; en 1957, sólo el 11 por ciento de los niños nigerianos que asistían a la escuela secundaria procedían del norte del país, a pesar de que allí

vivía la mayoría de la población. [95] Alguien nacido en el norte de Nigeria no tenía ni por asomo las mismas oportunidades que una persona del sur de ese país, hecho que se refleja en el dispar éxito económico de las tribus procedentes de estas diferentes regiones. [96]

Tanto en Europa como en Nigeria había diferentes circunstancias que permitían a los diversos grupos acceder a varios niveles de alfabetización y asistencia escolar. En Europa —en siglos pasados, cuando la gente era mucho más pobre —, algunos grupos que trabajaban en la agricultura tenían poca necesidad de ser alfabetizados, pero a menudo tenían que recurrir a la mano de obra infantil para mantener adecuadamente a su familia. En tales circunstancias, a menudo se sacrificaba la educación de los niños, privándolos incluso de un conocimiento superficial de un mundo más amplio.

En otras partes del mundo también hubo innumerables factores que influyeron en el desarrollo de muchos pueblos. Sería una increíble coincidencia que todos esos factores afectaran a todos esos pueblos de la misma manera durante muchos miles de años en el pasado. Lo que también es muy improbable, a lo largo de vastas extensiones de tiempo, es que los mismos pueblos hayan sido los más destacados durante muchos miles de años. Sólo en una fracción de esos milenios de los que se tiene constancia histórica, los pueblos que han estado a la vanguardia de los logros humanos han cambiado drásticamente.

Durante siglos, China estaba mucho más avanzada tecnológicamente que cualquier nación europea, ya que disponía

de fundición de hierro mil años antes que los europeos.[97] Los chinos también tenían impresión mecánica sobre papel durante siglos en los que los europeos seguían escribiendo a mano en materiales más costosos.[98] Educar a la mayoría de los europeos con costosos manuscritos individuales en lugar de libros producidos en masa no era una perspectiva económicamente viable. Sólo después de que los europeos desarrollaran la imprenta mecánica les resultó factible educar a más que una pequeña fracción de su población. Y sólo después de que todas las lenguas de los diferentes pueblos europeos desarrollaran versiones escritas fue posible, incluso teóricamente, una educación y el desarrollo del capital humano igualitarios.

Las diferencias en el capital humano, incluyendo la honestidad y las lenguas, así como las aptitudes profesionales y los talentos industriales y comerciales, han sido comunes entre naciones y dentro de ellas. No había forma de que las personas que se encontraban en el nivel inferior de estas disparidades circunstanciales tuvieran las «mismas oportunidades» de desarrollar sus capacidades, incluso en una sociedad con igualdad de oportunidades, en el sentido de competencia abierta para todos, y con las mismas normas aplicadas a todos.

Podemos estar de acuerdo en que sería deseable la «igualdad de oportunidades para todos», pero eso no garantizaría en absoluto que tendríamos el conocimiento ni el poder necesarios para que ese objetivo sea alcanzable sin tener que sacrificar otros objetivos deseables, que van desde la libertad hasta la supervivencia.

¿Queremos que el grupo de estudiantes que se forma para ser investigadores médicos avanzados represente la composición demográfica de la población en su conjunto, o preferimos a cualquier estudiante, sin importar su procedencia, con un historial que demuestre su dominio de la ciencia médica y tenga mayor probabilidad de encontrar la cura para el cáncer, el alzhéimer y otras enfermedades devastadoras? Todo esfuerzo tiene un fin. ¿Es más importante satisfacer una visión ideológica que acabar con el cáncer o el alzhéimer?

¿Queremos que los pilotos de las aerolíneas sean elegidos por representar a diversos grupos demográficos, o preferimos volar en un avión cuyo piloto ha sido contratado por su dominio de las aptitudes necesarias para aumentar las posibilidades de llegar sanos y salvos a nuestro destino? Una vez que reconozcamos los numerosos factores que pueden influir en que las capacidades se desarrollen de manera distinta, la «igualdad de posibilidades para todo el mundo» se convierte en algo muy diferente de la «igualdad de oportunidades» en sus consecuencias. Y las consecuencias importan, o deberían importar, más que una teoría atractiva o que esté de moda.

Es más, ¿deseamos una sociedad en la que algunos bebés nacen con prejuicios heredados contra otros bebés nacidos el mismo día, perjudicando la vida de ambos, o preferimos ofrecerles la oportunidad de que, al menos, resuelvan las cosas de una manera que supere nuestra propia experiencia?

2

Falacias raciales

Las cuestiones raciales y étnicas han generado opiniones apasionadas en diversas épocas y regiones del mundo. Estas opiniones han variado desde el determinismo genético, promovido en Estados Unidos a principios del siglo XX, que proclamaba que «la raza lo es todo» [1] como explicación de las diferencias grupales en los resultados económicos y sociales, hasta la opinión opuesta, que surgió a finales de ese siglo, según la cual el racismo era la causa principal de las desigualdades económicas y sociales.

Que personas diferentes tengan creencias distintas no es inusual en la historia de la humanidad. Lo verdaderamente inusual y preocupante es 1) el grado en que tales creencias prevalecen sin ser sometidas a pruebas de hechos o lógica y 2) el grado en que las personas que presentan evidencias empíricas contrarias a las creencias predominantes son objeto de ataques personales y esfuerzos por suprimir sus pruebas, por medios que van desde la censura hasta la violencia, especialmente en entornos académicos.

No se trata simplemente de riesgos para individuos o puntos de vista particulares. Son riesgos que amenazan el funcionamiento básico de una sociedad libre compuesta por se-

res humanos falibles cuyas creencias divergentes deben estar sujetas a algún escrutinio. De lo contrario, una sociedad libre puede socavar su propia libertad o desembocar en un conflicto interno destructivo. Ambas cosas han sucedido con demasiada frecuencia, en demasiados lugares, a lo largo de los siglos.

Afirmaciones frente a pruebas

La cuestión fundamental no radica en si la discriminación por parte del empresario —o la discriminación empresarial en general— puede ser la causa de las disparidades en los resultados económicos y sociales entre grupos raciales o étnicos. Puede serlo, lo ha sido, y no existe una razón para descartarlo como una posibilidad en los tiempos que vivimos. No obstante, tampoco debemos descartar ninguno de los otros muchos factores que a lo largo de la historia, en todo el mundo, han contribuido a generar desigualdades en los resultados entre todo tipo de grupos.

Dado que las disparidades más debatidas en Estados Unidos han sido las diferencias entre negros y blancos, éste es un buen punto de partida. La cuestión es si estas diferencias entre negros y blancos son excepcionales o si son de una magnitud inusualmente mayor en comparación con las diferencias entre otros grupos en Estados Unidos o en otras partes del mundo. También es importante considerar si hay muchas otras razones discernibles para esas diferencias más allá de la raza —es decir, la genética— o el racismo.

El ingreso medio de las familias negras estadounidenses ha sido inferior al ingreso medio de las familias blancas estadounidenses durante generaciones. En cuanto a la magnitud de esta disparidad, los datos oficiales del gobierno disponibles desde 1947 muestran que la diferencia no ha superado una proporción de 2 a 1 en ninguno de esos años. [2] ¿Cómo se comporta esta disparidad específica en comparación con las disparidades entre otros grupos de Estados Unidos u otros países?

Dentro de Estados Unidos, el ingreso medio por habitante de los grupos étnicos asiáticos como los chinos, japoneses, indios y coreanos es más del doble que el de los estadounidenses de origen mexicano. [3] Además, estos grupos asiáticos presentan un ingreso medio per cápita superior al de la población blanca. [4] Los indios tienen un ingreso medio per cápita casi tres veces mayor que el de los estadounidenses de origen mexicano y una renta media por habitante superior a 15.000 dólares al año sobre el ingreso medio per cápita de los blancos. [5] En el caso de los hombres que trabajan a tiempo completo durante todo el año, los hombres indios ganan más de 39.000 dólares al año más que los hombres blancos que trabajan a tiempo completo durante todo el año. [6]

¿Se trata de la «supremacía blanca» de la que tan a menudo se nos advierte en algunos círculos? Incluso entre los grupos no-blancos con ingresos bajos, hay una coincidencia considerable con los ingresos de la población blanca. Por ejemplo, los datos del censo de 2020 muestran que más de 9 millones de personas negras tienen ingresos superiores al ingreso medio de las personas blancas. [7] Además, existen miles

de familias negras millonarias [8] e incluso varios negros multimillonarios, como Tiger Woods y Oprah Winfrey. [9]

Por mucho que difiera esta situación de la imagen que se proyecta de los negros en la retórica política, en gran parte de los medios de comunicación y en el ámbito académico, una imagen que a menudo se parece más a la que existía hace un siglo, la situación actual no debe llevar a la autocomplacencia. Por el contrario, debería servir como motivación para las generaciones jóvenes de negros para educarse y aprovechar las oportunidades que claramente están a su alcance, para avanzar aún más que las generaciones anteriores de negros.

Sin embargo, las diferencias económicas entre distintos grupos se vuelven especialmente relevantes cuando se abordan las diferentes tasas de pobreza. Por ejemplo, en Estados Unidos la tasa de pobreza en las familias negras en su conjunto ha sido durante mucho tiempo superior a la de las familias blancas en su conjunto, [10] pero, a lo largo de más de un cuarto de siglo, desde 1994, en ningún año la tasa anual de pobreza en las familias compuestas por parejas casadas negras ha alcanzado el 10 por ciento. Y en ningún año durante más de medio siglo, desde 1959, la tasa de pobreza nacional en Estados Unidos en su conjunto ha alcanzado un porcentaje tan bajo como el 10 por ciento. [11]

En cambio, las familias monoparentales, independientemente de que sean blancas o negras, tienen una tasa de pobreza superior a la de las familias compuestas por parejas casadas. Las familias monoparentales cuyo cabeza de familia es

una mujer blanca han experimentado una tasa de pobreza que ha sido más del doble de la de las familias negras formadas por parejas casadas en cada año desde 1994 hasta 2020, el último año del que se disponen datos. [12] Si los «blancos supremacistas» son tan poderosos, ¿cómo ha podido suceder esto?

Tanto en las familias monoparentales negras como en las blancas, es menos común encontrar un hombre como cabeza de familia que una mujer. Las familias monoparentales blancas encabezadas por un hombre han experimentado una tasa de pobreza más baja que las dirigidas por una mujer. No obstante, las familias monoparentales blancas encabezadas por un hombre también han tenido una tasa de pobreza más alta que las familias negras formadas por una pareja casada todos los años desde 2003 hasta 2020. [13]

Las diferencias estadísticas entre grupos raciales no pueden atribuirse automáticamente a la raza, sea por causas genéticas o como resultado de la discriminación racial. Hay varias cosas que influyen en la desigualdad de ingresos, entre ellas, las diferencias en la proporción de familias monoparentales de distintos grupos raciales. También influyen las diferencias en la edad media y el nivel educativo, entre otros factores.

Del mismo modo que las disparidades de ingresos no son exclusivas de los grupos raciales o étnicos estadounidenses, tampoco las disparidades dentro de esos grupos son necesariamente menores que las que se registran entre unos y otros.

En la ciudad de Nueva York, por ejemplo, durante el año escolar 2017-2018 se dieron numerosas situaciones en barrios de minorías con bajos ingresos en los que las escuelas públicas concertadas y las escuelas públicas tradicionales, que prestaban servicio a la misma comunidad local, compartían el mismo edificio. Cuando los estudiantes negros e hispanos en ambos tipos de escuelas hicieron el mismo examen de matemáticas del estado, se observó que los alumnos de las escuelas concertadas obtuvieron el nivel oficial «avanzado» en matemáticas en una proporción seis veces superior a la de los niños de las mismas escuelas públicas tradicionales ubicadas en el mismo edificio. [14] Hay disparidades notables dentro de los mismos grupos, de modo que ni la raza ni el racismo pueden explicar estas diferencias tan significativas [15] ni puede decirse que las pruebas estén sesgadas culturalmente.

De manera similar, un estudio realizado en la década de 1930 sobre la comunidad negra de Chicago reveló que la tasa de delincuencia en esta comunidad oscilaba desde un valor de más del 40 por ciento en algunos barrios negros hasta inferior al 2 por ciento en otros. [16] De nuevo, estas disparidades se observaban dentro del mismo grupo racial, en la misma ciudad y en el mismo período.

De igual modo, dentro de la población blanca, ha habido disparidades internas tan importantes como las diferencias encontradas entre negros y blancos. En 1851, por ejemplo, cuando la población blanca del sur representaba aproximadamente la mitad de la población blanca de las demás regiones, sólo el 8 por ciento de las patentes otorgadas en Estados Unidos provinieron de residentes en los estados sureños. [17] Los

blancos del sur llevan también mucho tiempo a la zaga de otros blancos en diversas habilidades laborales. Por ejemplo, aunque en 1860 el sur tenía el 40 por ciento de las vacas lecheras del país, solamente producían el 20 por ciento de la mantequilla y el 1 por ciento del queso de todo el país. [18] Este retraso de la industria láctea del sur continuó durante el siglo XX. [19]

Además de las diferencias cuantificables, como la mayor tasa de analfabetismo entre los blancos del sur en la época anterior a la guerra civil en comparación con sus coetáneos blancos del norte, [20] muchos observadores notaron un nivel de esfuerzo laboral visiblemente inferior entre los blancos del sur. Entre estos observadores se encontraban Alexis de Tocqueville, autor de la clásica obra *La democracia en América*, [21] y Frederick Law Olmsted, autor del conocido relato *El reino del algodón*, sobre sus viajes por el sur antes de la guerra civil. [22] Incluso entre los propios blancos del sur, realizaron observaciones similares el general Robert E. Lee, [23] el escritor de la época anterior a la guerra Hinton Helper [24] y los historiadores del siglo XX U. B. Phillips [25] y Rupert B. Vance. [26]

Incluso en la actualidad, en pleno siglo XXI, hay condados en las regiones de los Apalaches de Kentucky —los de Clay y Owsley— cuya población está compuesta por un 90 por ciento de blancos y donde la renta media de los hogares no sólo es la mitad de la renta media de los hogares blancos en todo Estados Unidos, sino que también se sitúa miles de dólares por debajo de la renta media de los hogares negros del país. [27] Un estudio de la Oficina del Censo descubrió que, en

2014, el condado de Owsley, con un 99 por ciento de población blanca, tenía los ingresos más bajos del país. [28]

No se trata de disparidades aisladas en un año en concreto. Estos mismos condados presentaron el mismo patrón de ingresos en cinco encuestas diferentes realizadas a lo largo de más de medio siglo, entre 1969 y 2020. [29]

En 2014, un artículo publicado en el *New York Times Magazine* evaluó los condados en términos económicos y encontró que seis de los diez condados con peor situación económica estaban en el este de Kentucky. [30] Aunque el artículo no hizo referencia a la composición racial de los habitantes de esos condados, los datos del censo muestran que cada uno de estos seis condados tenía una población con más del 90 por ciento de personas blancas. [31]

Tampoco en este caso fue cosa de un año específico. Los datos para estos seis condados, recopilados durante los mismos años de 1969 a 2020, revelan un patrón muy similar de ingreso medio por hogar consistentemente muy por debajo de la media del ingreso por hogar de los blancos en todo el país, así como un ingreso medio por hogar consistentemente inferior al ingreso medio de los hogares negros en toda la nación. [32]

En cierto sentido, estos patrones se remontan incluso más atrás. Hace más de cien años, en un tratado académico sobre geografía, se destacó que las personas de la misma raza que viven en diferentes ubicaciones pueden tener resultados económicos y sociales radicalmente diferentes (tomando las comunidades de Kentucky entre los ejemplos). Este tratado se

refería a la «región montañosa de la meseta de Cumberland», con sus «cabañas de una sola habitación» y «una población atrasada surgida de la misma cepa inglesa pura que la gente del *bluegrass*». [33] Esta pauta tampoco fue exclusiva de Estados Unidos.

Según la autora, la respetada geógrafa Ellen Churchill Semple, tales «influencias del entorno» son un fenómeno que se manifiesta «en cualquier parte del mundo, en cualquier raza y en cualquier época». [34] Su extensa investigación, y la de otros estudiosos desde entonces, demuestra que la población que vive en montañas y estribaciones —*hillbillies* en la terminología estadounidense—, por lo general, se ha quedado rezagada tanto en términos económicos como de desarrollo social. [35] Los altos niveles de abandono escolar y los bajos niveles de titulados universitarios son ejemplos obvios del desarrollo social ignorado.

Lo que aprendemos de la pobreza persistente y severa en las comunidades *hillbilly* puede ayudarnos a determinar los factores que contribuyen al proceso de pobreza y retraso de otros pueblos, incluyendo a las minorías raciales. Si, por algún milagro, pudiéramos eliminar por completo el racismo, no podemos estar seguros del efecto que eso tendría. La gente que reside en los condados *hillbilly* de bajos ingresos en Estados Unidos ya están expuestas a un racismo nulo, ya que estas poblaciones son virtualmente todas blancas. Sin embargo, sus ingresos son inferiores a los de las personas negras.

Contrariamente, en un mundo en el que no se ha erradicado el racismo por completo, las parejas casadas negras han

tenido de manera constante una tasa de pobreza inferior al promedio nacional y menos de la mitad de la tasa de pobreza de las familias monoparentales blancas encabezadas por una mujer. Esto quiere decir que algunos patrones de comportamiento parecen generar resultados positivos, más que la ausencia de racismo.

Un énfasis excesivo en el racismo puede ser incluso contraproducente. El presidente Barack Obama relató una experiencia en la que habló con un joven que pensó en un principio alistarse en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos para formarse como piloto, pero luego cambió de opinión porque se dio cuenta de que las Fuerzas Aéreas «nunca dejarían a un negro pilotar un avión». [36] Esto ocurrió décadas después de que existiera un escuadrón completo de pilotos de caza negros estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial y años después de que dos pilotos negros se convirtieran en generales en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. [37] Quien adoctrinó a este joven le hizo más daño del que podría haberle hecho un racista, pues le impidió convertirse en piloto o intentarlo siquiera.

Hay muchas razones por las que distintas personas se encuentran en la pobreza, y estas razones no se limitan sólo a las que están de moda en la actualidad, como la discriminación racial o de género. No podemos asumir automáticamente el impacto de la discriminación, o de cualquier otro factor, sobre el progreso económico o de otro tipo de un grupo determinado, ya que puede variar en diferentes momentos o condiciones. Sin embargo, los datos objetivos de la historia pueden, al menos, ayudarnos a evitar sacar conclusiones au-

tomáticas basadas en la retórica y la repetición de consignas como «el legado de la esclavitud», «el supremacismo blanco» y «culpar a la víctima».

Alexis de Tocqueville sentó un desafortunado precedente, a principios del siglo XIX, cuando atribuyó las diferencias entre los blancos del sur y los blancos del norte a la existencia de la esclavitud en el sur, [38] perspectiva de la que se hicieron eco tanto Frederick Law Olmsted [39] como Hinton Helper. [40] Sin embargo, lo cierto es que esas mismas diferencias existieron entre los antepasados de los blancos del sur y los de los blancos del norte cuando vivían en distintas regiones de Gran Bretaña, antes de que cualquiera de ellos hubiera visto siquiera a un esclavo. [41] Esta suposición infundada se ha perpetuado en el siglo XX, y hasta nuestros días, como forma de explicar las diferencias de comportamiento entre negros y blancos, atribuyéndolas a «un legado de esclavitud».

La mayor incidencia de nacimientos de hijos de mujeres solteras entre la población negra se atribuye, entre otras cosas, al legado de la esclavitud. No obstante, cabe señalar que durante más de un siglo después del fin de la esclavitud, la mayoría de los niños negros nacen de mujeres casadas y se crían en hogares biparentales. En la década de 1960, Daniel Patrick Moynihan mostró su preocupación porque, en 1963, el 23,6 por ciento de los niños negros nacían de mujeres solteras, mientras que en 1940 esa cifra era del 16,8 por ciento. [42]

Aunque estas tasas eran más altas para la población negra que para los blancos estadounidenses, cabe decir que la tasa

de nacimientos de mujeres solteras también aumentó repentina y bruscamente entre los blancos en la década de 1960, después de haber sido, durante décadas, una pequeña fracción de la que llegó a ser después de 1960.[43] Este patrón, tanto para los negros como para los blancos, no parece estar relacionado con un «legado de esclavitud», ya que este repunte de los nacimientos de mujeres solteras coincidió con la expansión del estado del bienestar en los años sesenta. Este nuevo patrón se ha mantenido durante más de medio siglo. En 2008, los nacimientos de mujeres solteras entre los blancos estadounidenses alcanzaron casi el 30 por ciento.[44] Esta cifra superaba los niveles de 1963 entre los negros que habían inquietado a Daniel Patrick Moynihan.[45]

La proporción, del 68,7 por ciento, de nacimientos de mujeres negras solteras a finales del siglo XX,[46] todavía supera ampliamente la proporción entre el grupo de madres blancas solteras. Pero es destacable que entre las madres blancas con menos de doce años de formación la tasa de nacimientos fuera del matrimonio en los primeros años del siglo XXI estaba cerca de superar el 60 por ciento.[47]

Al igual que otras disparidades, las diferencias entre grupos raciales no se deben necesariamente a factores raciales, ya sea en el sentido de ser causadas por los genes o por la discriminación racial. Algunos patrones de comportamiento producen resultados similares en grupos que difieren por raza, lo que significa que las disparidades en los resultados reflejan diferencias en el comportamiento, al margen de la causa, sin que se deban al determinismo genético ni a la discriminación social. A nivel internacional, en el siglo XXI, hay va-

rios países europeos en los que al menos el 40 por ciento de los nacimientos son de mujeres solteras [48] y esos países no tienen un «legado de esclavitud», sino que han ampliado los estados de bienestar.

El juez Oliver Wendell Holmes dijo, hace más de un siglo, que los eslóganes pueden «retrasar el análisis durante años». [49] Demasiados eslóganes han retrasado el análisis más que años y continúan haciéndolo en la actualidad.

El determinismo genético

En las primeras décadas del siglo XX, cuando el progresismo emergía como una fuerza importante entre los políticos e intelectuales estadounidenses, uno de sus postulados centrales era el determinismo genético, es decir, la creencia de que las razas menos exitosas eran genéticamente inferiores.

Posteriormente, en las décadas finales del siglo XX, los progresistas que tenían una opinión similar sobre otras cuestiones como el papel del gobierno, la protección del medioambiente o la filosofía legal, comenzaron a adoptar una postura opuesta respecto a las cuestiones raciales. Las razas que tienen menos éxito se consideran ahora automáticamente víctimas del racismo, igual que antes se las consideraba automáticamente inferiores. Las conclusiones eran distintas, pero la forma en que se presentaban las pruebas y se pasaban por alto las opiniones y pruebas en contra era muy similar.

Ambos grupos de progresistas expresaron una confianza absoluta en sus conclusiones, tanto en este tema como en

otros, y tacharon a los críticos de desinformados en el mejor de los casos y de confusos o deshonestos en el peor. [50]

El progresismo era un movimiento estadounidense, pero al otro lado del Atlántico había opiniones y actitudes similares a las que se llamaba de distinta forma. También allí, los puntos de vista predominantes sobre la raza a principios del siglo XX eran opuestos a los que hubo a finales de ese siglo hasta nuestros días.

El progresismo inicial

El determinismo genético no comenzó con los progresistas. En el pasado, muchas personas se consideraban intrínsecamente superiores a los demás, sin basarse ni en la realidad ni en la pretensión de pruebas científicas.

Algunos individuos se consideraban superiores por su clase social, raza, linaje real o por lo que fuera. En Gran Bretaña, sir Francis Galton (1822-1911) escribió un libro titulado *Hereditary genius* [‘Genio hereditario’], basándose en el hecho de que muchos logros destacados se concentraron en familias concretas. Esta conclusión podría haber tenido más peso como prueba si otras familias hubieran tenido oportunidades similares, pero en aquel entonces era difícil cumplir ese requisito y tampoco es seguro que pueda cumplirse ahora.

Una evidencia empírica importante surgió durante la Primera Guerra Mundial, cuando los soldados del Ejército de Estados Unidos fueron sometidos a pruebas mentales. Los re-

sultados de las pruebas mentales de una muestra de más de 100.000 soldados indicaron que los soldados negros obtuvieron peores puntuaciones que los blancos. Esto se consideró una prueba irrefutable de que el determinismo genético era un hecho probado. [51] Sin embargo, un desglose más detallado de los datos de las pruebas mentales reveló que los soldados negros de Ohio, Illinois, Nueva York y Pensilvania obtuvieron una mayor puntuación que los soldados blancos de Georgia, Arkansas, Kentucky y Misisipi. [52]

La causa de las diferencias en los resultados globales no puede ser genética, pues los genes de las personas no cambian al cruzar una frontera estatal. En cambio, es cierto que algunos estados tienen escuelas de mejor calidad que otros.

Incluso una persona moderadamente bien informada en esa época difícilmente podría evitar darse cuenta de que había diferencias palpables entre las razas en el sur, ya que los políticos sureños dejaban muy clara su determinación de mantener las desigualdades. Esto iba más allá de la falta de voluntad de invertir por igual en escuelas para blancos y negros. Ya al final de la Guerra Civil, cuando miles de voluntarios blancos del norte fueron al sur para enseñar a los hijos de los esclavos recién liberados, estos maestros, la mayoría mujeres jóvenes, no sólo fueron condenados al ostracismo por los blancos del sur, sino que incluso fueron acosados y amenazados. [53]

Fue una época en la que muchos blancos del sur se oponían a que los negros recibieran educación, y las políticas educativas puestas en práctica por los gobiernos de los esta-

dos sureños reflejaban esa actitud. [54] Cuando ricos filántropos blancos como John D. Rockefeller, Andrew Carnegie y Julius Rosenwald enviaron fondos para crear escuelas para los niños negros del sur, [55] el estado de Georgia aprobó una ley que gravaba las donaciones a estos colegios realizadas por personas de una raza distinta a la de los alumnos. [56]

El problema más importante de las conclusiones a las que llegaron los deterministas genéticos de esa época, y las conclusiones opuestas de los progresistas en una época posterior, radicaba en la forma en que utilizaron la evidencia empírica. En cada era, los progresistas partían de un prejuicio y dejaban de examinar las pruebas en cuanto encontraban datos que parecían confirmar sus prejuicios. Esta manera de proceder podría bastar para generar un debate, aunque, si el objetivo es descubrir la verdad, la búsqueda debe continuar, con el objetivo de observar si hay otros datos que puedan entrar en conflicto con la creencia inicial.

Las personas con opiniones contrarias suelen estar impacientes por aportar pruebas opuestas, por lo que la dificultad no estriba en encontrarlas, sino en si se examinarán esas pruebas. Por ejemplo, ¿existieron otros grupos de blancos, además de los soldados de ciertos estados durante la Primera Guerra Mundial, que en los test mentales obtuvieran puntuaciones tan bajas como los negros, o más bajas, en el siglo XX? Resulta que sí existieron, entre ellos los blancos que vivían en algunas comunidades de las montañas y estribaciones de Estados Unidos. [57]

También ha habido personas blancas que vivían en las islas Hébridas, frente a Escocia, [58] y personas blancas que residían en comunidades de barqueros en Gran Bretaña con puntuaciones en los test de inteligencia similares a las de los afroamericanos. [59] Lo que todos estos blancos tenían en común era el aislamiento, ya fuera geográfico o social. Este aislamiento social también ha sido común durante mucho tiempo entre la población afroamericana.

Si bien los afroamericanos del Ejército de Estados Unidos obtuvieron puntuaciones ligeramente inferiores a las de algunos miembros de grupos inmigrantes europeos recién llegados durante la Primera Guerra Mundial, otros afroamericanos que vivían en comunidades del norte a menudo puntuaban en las pruebas mentales igual o ligeramente por encima de esos mismos grupos de inmigrantes. Entre los inmigrantes había niños italoamericanos en una evaluación realizada en 1923 del coeficiente intelectual. [60] Se encontraron resultados similares en una muestra de coeficiente intelectual para eslovacos, griegos, españoles y portugueses en Estados Unidos. [61] Durante ese período, la mayoría de los inmigrantes europeos se asentaron fuera del sur, y los negros que no provenían del sur tenían un coeficiente intelectual promedio más alto que los negros que vivían en el sur. [62]

Los blancos que viven en comunidades aisladas en las montañas representan un grupo especialmente destacado en cuanto a pobreza y aislamiento tanto del mundo exterior como de otras comunidades similares en esas mismas montañas y estribaciones. Hemos observado lo sorprendentemente bajos que han sido los ingresos de estas personas en los con-

dados de los Apalaches en el siglo XXI. [63] En 1929, se evaluó el coeficiente intelectual de los niños de la región de la cordillera Azul y se comparó con el coeficiente intelectual promedio de los negros, que fue de 85 a nivel nacional. El coeficiente intelectual promedio de estos niños blancos de las comunidades de la cordillera Azul varió entre un máximo de 82,9 y un mínimo de 61,2 en función de la prueba realizada. [64]

En 1930, los niños blancos en las escuelas de las montañas del este de Tennessee presentaban un coeficiente intelectual promedio de 82,4. Al igual que sucedía con los niños negros que tenían un coeficiente intelectual similar, estos niños blancos de las montañas mostraban un coeficiente intelectual más alto cuando eran jóvenes —un 94,68 a la edad de seis años, que descendía a 73,5 con dieciséis—. [65] Una década más tarde, en 1940, después de muchas mejoras tanto en el entorno local como en las escuelas, los niños de estas mismas comunidades, y aparentemente de varias de las mismas familias, [66] alcanzaban un coeficiente intelectual promedio de 92,22. Ahora bien, su coeficiente intelectual medio a los seis años era de 102,56 y se reducía a 80,00 a los dieciséis. [67]

Claramente, este coeficiente intelectual, inferior a la media, no se debía al grupo racial, pero, antes de 1940, estos niños estaban al menos tan por debajo del coeficiente intelectual medio nacional de 100 como los niños negros. Estos resultados parecen respaldar lo que dijo la geógrafa Ellen Churchill Semple en 1911, que afirmó que el avance humano «afloja el paso» en las estribaciones y «se detiene» en las montañas. [68] Otros estudios sobre la vida en las comunidades aisladas en las montañas y las estribaciones de todo el mun-

do muestran un patrón similar tanto en lo que respecta a la pobreza como al retraso en el desarrollo humano. [69]

Los años posteriores proporcionaron pruebas adicionales incompatibles con el determinismo genético. Un estudio realizado en 1976 demostró que los huérfanos negros criados por familias blancas tenían un coeficiente intelectual promedio significativamente más alto que otros niños negros y ligeramente superior a la media nacional. [70] Se da la circunstancia de que uno de los primeros científicos negros destacados, George Washington Carver, a principios del siglo XX, fue un huérfano criado por una familia blanca. [71]

El determinismo genético a principios del siglo XX no se limitaba a la cuestión de los blancos y los afroamericanos. La creencia de que los negros eran genéticamente inferiores estaba ya tan arraigada que la mayor parte de la literatura sobre determinismo genético de aquella época se centraba en argumentar que la gente del este y sur de Europa era genéticamente inferior a la población del oeste y norte de Europa. Constituía un problema importante en aquella época, ya que la emigración a gran escala desde Europa había pasado de ser predominantemente occidental y del norte en épocas anteriores a ser predominantemente del este y del sur a partir de las últimas dos décadas del siglo XIX.

Entre la nueva oleada masiva de inmigrantes había judíos del este de Europa. Una autoridad destacada en pruebas mentales en esa época, Carl Brigham, creador de la Prueba de Aptitud Académica (SAT, por sus siglas en inglés), dijo que los resultados de las pruebas mentales del Ejército ten-

dían a «refutar la creencia popular de que los judíos son muy inteligentes». [72] Otra autoridad en pruebas mentales, H. H. Goddard, que evaluó a los hijos de estos inmigrantes del este y sur de Europa en el centro de recepción de inmigrantes de la isla Ellis, declaró que «estas personas no saben manejar conceptos abstractos». [73]

El destacado economista de la época Francis A. Walker describió a los inmigrantes del este y del sur de Europa como «hombres golpeados de razas empobrecidas» [74] y una «reserva de población sucia y estancada en Europa», originada en lugares donde «hace siglos que no ha habido signos de vida intelectual». [75]

El profesor Edward A. Ross, miembro tanto de la American Economic Association [‘Asociación Estadounidense de Economía’] como de la American Sociological Association [‘Asociación Estadounidense de Sociología’], acuñó el término «suicidio racial» para describir la perspectiva de una sustitución demográfica a lo largo del tiempo de los europeos occidentales y del norte, que eran la mayoría de la población estadounidense, por europeos del este y del sur, debido a que estos dos últimos grupos tenían una tasa de natalidad más alta. [76] Calificó a estos nuevos inmigrantes de «hombres parecidos a bueyes» y descendientes de pueblos atrasados, cuyo aspecto físico «denota su “inferioridad de clase”». [77]

El profesor Ross lamentó un «resultado imprevisto» del acceso generalizado a los avances médicos, a saber, «la mejora de las perspectivas de supervivencia de los ignorantes, los sórdidos, los descuidados y los más pobres». [78]

Ross fue el autor de más de dos docenas de libros, con un gran número de ventas. [79] La introducción de uno de ellos incluía una carta de elogio de Theodore Roosevelt. [80] Entre los colegas universitarios del profesor Ross se encontraba Roscoe Pound, que más tarde sería decano de la Facultad de Derecho de Harvard. El profesor Pound atribuyó al profesor Ross el mérito de haberlo puesto «en el camino en el que se mueve el mundo». [81] Este sentido de la misión y la asunción de que la historia está de nuestro lado marcaron los influyentes escritos de Roscoe Pound a lo largo de su dilatada carrera, ya que promovió el activismo judicial para liberar al gobierno de las restricciones constitucionales, dejando a los jueces un papel más amplio en la promoción de las políticas sociales progresistas. [82]

Las personas que lideraron la cruzada por el determinismo genético a principios del siglo XX no eran de clase baja mal educadas. Entre ellas estaban las personas intelectualmente más prominentes de esa época a ambos lados del Atlántico.

Algunos de ellos eran los fundadores de organizaciones académicas como la American Economic Asociation ['Asociación Estadounidense de Economía'] [83] y la American Sociological Association ['Asociación Estadounidense de Sociología'], [84] un rector de la Universidad de Stanford y un rector del MIT, [85] así como eminentes profesores de las principales universidades de Estados Unidos. [86] En Inglaterra, John Maynard Keynes fue uno de los fundadores de la sociedad eugenésica en la Universidad de Cambridge. [87] La mayoría de estos intelectuales pertenecían a la izquierda política en ambos países, [88] pero también había algunos conservadores, entre

los que se encontraban Winston Churchill y Neville Chamberlain. [89]

Hubo cientos de cursos sobre eugenesia en colegios y universidades de todo Estados Unidos, [90] al igual que hoy en día existen cursos de ideología similar en los colegios y campus universitarios de todo el país. Estos cursos promueven ideologías muy diversas en lo que respecta a la raza, pero comparten un sentido similar de la misión y muestran una intolerancia semejante hacia aquellos que no comparten su ideología o su misión.

El término *eugenesia* fue acuñado por sir Francis Galton para describir un programa destinado a reducir o impedir la supervivencia de las personas consideradas genéticamente inferiores. Afirmaba que «existe un sentimiento, en su mayor parte bastante irracional, contra la extinción gradual de una raza inferior». [91] Por su parte, el profesor Richard T. Ely, uno de los fundadores de la American Economic Association ['Asociación Estadounidense de Economía'], decía de las personas que consideraba genéticamente inferiores: «Debemos proporcionar a las clases más desfavorecidas que han quedado rezagadas en nuestro progreso social, cuidados de custodia con el desarrollo más alto posible y segregarlas por sexo y confinarlas para impedir que se reproduzcan». [92]

Otros académicos contemporáneos de gran renombre expresaron opiniones muy similares. Por ejemplo, el profesor Irving Fisher, de la Universidad de Yale, considerado el economista monetario estadounidense más destacado de su época, abogaba por la prevención de la «reproducción de lo

peor» mediante «el aislamiento en instituciones públicas y, en algunos casos, mediante una intervención quirúrgica». [93] Asimismo, el profesor Henry Rogers Seager, de la Universidad de Columbia, afirmó que «debemos cortar con valentía las líneas hereditarias que han demostrado ser indeseables», aunque eso requiera «el aislamiento o la esterilización». [94]

Frank Taussig, un prominente profesor de economía de Harvard, dijo de una serie de personas a las que consideraba inferiores que, si no era factible «cloroformarlas de una vez por todas», «al menos se las puede segregar, recluir en refugios y manicomios e impedir que propaguen su especie». [95]

La facilidad con la que los eruditos más importantes de su época podían abogar por encarcelar de por vida a personas que no habían cometido ningún delito y privarlas de una vida normal es un recordatorio dolorosamente aleccionador de lo que puede ocurrir cuando una idea o visión se convierte en un dogma dominante que anula todas las demás consideraciones. Un libro muy leído de aquella época, *The passing of the great race [El paso de la gran raza]*, escrito por Madison Grant, declaraba que «la raza es la base de todas las manifestaciones de la sociedad moderna» [96] y lamentaba «la creencia sentimental en la sacralidad de la vida humana» cuando ésta se utiliza «para impedir tanto la eliminación de los bebés defectuosos como la esterilización de los adultos que carecen de valor para la comunidad». [97]

Este libro fue traducido a otras lenguas, incluyendo el alemán, y Adolf Hitler lo refirió como su «Biblia». [98]

Los progresistas de principios del siglo XX no tenían ninguna relación con el nazismo. Se enorgullecían de promover una amplia variedad de políticas orientadas a la mejora social, en sintonía con las que defenderían otros progresistas en los últimos años del siglo XX hasta nuestros días.

El destacado economista Richard T. Ely, por ejemplo, rechazaba la economía de libre mercado porque veía el poder del gobierno como un instrumento que debía ser utilizado «para mejorar las condiciones en las que la gente vive o trabaja». Lejos de ver el poder gubernamental como una amenaza a la libertad, decía que «la regulación por parte del Estado de estas relaciones industriales y otras relaciones sociales existentes entre los individuos es una condición para la libertad». [99] Estaba a favor de la «propiedad pública» de los servicios municipales, carreteras y ferrocarriles, y sostenía que «los sindicatos deberían ser respaldados legalmente en sus esfuerzos por conseguir jornadas más cortas y salarios más altos», además de abogar por «una extensión generalizada de los impuestos de sucesiones y sobre la renta». [100] Para él, la eugenesia no era más que otro beneficio social que quería que proporcionara el gobierno.

Es evidente que el profesor Ely era un hombre de izquierdas, y ha sido reconocido como «el padre de la economía institucional», [101] una corriente económica que se opone desde hace mucho tiempo a la economía de libre mercado. Uno de los discípulos de Ely, John R. Commons, se convirtió en un destacado economista institucional en la Universidad de Wisconsin. El profesor Commons se oponía a la competencia del libre mercado porque creía que «la competencia no res-

peta a las razas superiores», de modo que «la raza con menores necesidades desplaza a las demás». [102]

Woodrow Wilson, icónico presidente progresista de Estados Unidos, fue otro de los alumnos de Ely. [103] El presidente Wilson también consideraba a ciertas personas como inferiores. Aprobó la anexión de Puerto Rico por el presidente William McKinley antes que él, diciendo que los anexionados «son niños y nosotros somos hombres en estos asuntos de gobierno y justicia». [104] Su propio gobierno segregó a los empleados negros de las agencias federales en Washington [105] y proyectaba en la Casa Blanca, a sus invitados, la película *El nacimiento de una nación*, que ensalzaba al Ku Klux Klan. [106]

Como otros progresistas de su tiempo y de épocas posteriores, Woodrow Wilson no consideraba que la expansión del poder gubernamental representara una amenaza para la libertad, ya fuera mediante la creación de nuevas agencias federales, como la Comisión Federal de Comercio y el Sistema de la Reserva Federal durante su propia administración, [107] o mediante el nombramiento de jueces federales que «interpretarían» la Constitución para mitigar lo que el presidente Wilson consideraba una restricción excesiva de los poderes del gobierno. [108]

En su libro *The new freedom [La nueva libertad]*, Wilson definió los beneficios del gobierno arbitrariamente como una nueva forma de libertad, [109] desviando verbalmente la preocupación por que la ampliación de los poderes del gobierno pudiera representar una amenaza para la libertad de las per-

sonas. Esta reinterpretación de la libertad ha persistido entre varios defensores posteriores de la expansión de los poderes del estado de bienestar en el siglo XXI. [110]

Entre los destacados académicos de la primera época del progresismo que se situaban claramente en el espectro político de la izquierda, además de abogar por la eugenesia, se encontraba el ya mencionado profesor Edward A. Ross, considerado uno de los fundadores de la sociología en Estados Unidos. El profesor Ross se refería a «nosotros, los liberales» como personas que defendían «el interés público frente a poderosos intereses privados egoístas» y denunciaba a quienes discrepaban de sus opiniones como indignos portavoces «mantenidos» por grupos de presión, a quienes calificaba como un «cuerpo de mercenarios» en contraposición a «nosotros, los campeones del bienestar social». [111]

En su mente, al menos, estos progresistas de principios del siglo XX abogaban por la justicia social, y Roscoe Pound utilizó esa frase específica. [112] No hay necesidad de cuestionar la sinceridad de Ross, como él cuestionaba la de los demás. La gente puede ser muy sincera cuando presupone su propia superioridad.

Madison Grant, a cuyo libro Hitler llamó su «Biblia», fue asimismo un acérrimo progresista de principios del siglo XX. Aunque no era un erudito académico, distaba de ser un ignorante. Procedía de una familia acomodada de Nueva York y estudió en Yale y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Columbia. Fue un activista de las causas progresistas, como la conservación, la preservación de especies en peligro

de extinción, la reforma municipal y la creación de parques naturales. [113] Fue miembro de un exclusivo club social fundado por Theodore Roosevelt [114] y durante los años veinte mantuvo correspondencia amistosa con Franklin D. Roosevelt, a quien se dirigía como «Mi querido Frank», mientras que FDR le correspondía llamándolo «Mi querido Madison». [115]

En resumen, los progresistas de principios del siglo XX compartían algo más que un nombre con sus sucesores de épocas posteriores, lo cual llega hasta nuestros días. Aunque estas diferentes generaciones de progresistas llegaron a conclusiones opuestas sobre las causas de las disparidades raciales en los resultados económicos y sociales, compartían puntos de vista muy similares sobre el papel del gobierno en general y de los jueces en particular. También tenían prácticas similares en el tratamiento de la evidencia empírica. Ambos permanecieron en gran medida impermeables a las pruebas o conclusiones que contradijeran sus propias creencias.

Al abordar uno de los problemas centrales de los Estados Unidos de principios del siglo XX, el aumento masivo de la inmigración procedente del sur y del este de Europa que comenzó en la década de 1880, los progresistas no se limitaron a afirmar que la generación actual de inmigrantes era menos productiva o menos avanzada que las generaciones anteriores procedentes de Europa occidental y del norte. Los progresistas sostenían que los europeos del este y del sur eran intrínseca y genéticamente, y por tanto permanentemente, inferiores, tanto en el pasado como en el futuro.

Irónicamente, la civilización occidental que todos estos europeos compartían se originó miles de años antes en el sur de Europa, concretamente en la antigua Grecia, situada en el Mediterráneo oriental. Las palabras que escribieron los deterministas genéticos se plasmaron con letras creadas en el sur de Europa por los romanos. En aquella época, los europeos del sur eran los más avanzados. En tiempos del Imperio romano, Cicerón advirtió a sus compatriotas romanos que no compraran esclavos británicos porque eran muy difíciles de educar. [116] Resulta difícil entender cómo podría haber sido de otra manera, cuando alguien procedente de una tribu analfabeta de la antigua Gran Bretaña era llevado como esclavo a una civilización altamente compleja y sofisticada como la antigua Roma.

En lo que respecta a la afirmación de que los niños inmigrantes del sur y el este de Europa examinados en la isla Ellis «no pueden manejar conceptos abstractos», [117] difícilmente puede considerarse como prueba de una incapacidad genética de las personas de estas regiones. Los antiguos griegos no se limitaron a aprender matemáticas: fueron pioneros en el desarrollo de las matemáticas (Euclides, en geometría, y Pitágoras, en trigonometría).

Tampoco tenemos por qué asumir que existiera una superioridad biológica de los antiguos griegos en el sureste de Europa. El profesor N. J. G. Pounds, en su serie de tratados geográficos sobre la historia del desarrollo socioeconómico de Europa, ofrecía una explicación completamente diferente de por qué los primeros avances de la civilización occidental comenzaron donde lo hicieron.

> La mayoría de los avances significativos en la cultura material del hombre, como la agricultura y la metalurgia, se habían originado en Oriente Próximo y se propagaron a Europa a través de la península de los Balcanes. Desde allí se extendieron al noreste, a Europa central y luego a Europa occidental. [118]

A lo largo de miles de años de historia documentada, el liderazgo mundial en varios avances importantes de la humanidad ha cambiado repetidamente de manos. El hecho de que la Europa occidental y del norte estuvieran más avanzadas a principios del siglo XX no implicaba que los deterministas genéticos perpetuaran esa relación con el pasado y el futuro.

Entre los pueblos de distintas razas de países de todo el mundo, los grupos que obtienen peores resultados en las pruebas mentales suelen ser los mismos que obtienen peor puntuación en cuestiones abstractas. [119] Esto no resulta sorprendente, ya que las abstracciones no desempeñan un papel preponderante en la vida de todas las personas, especialmente entre las de clase trabajadora y bajos ingresos, que constituían la mayoría de los inmigrantes del sur y el este de Europa examinados en la isla Ellis.

La historia fue muy distinta entre las antiguas élites griegas, cuyos logros incluían no sólo las matemáticas, sino también la filosofía, la literatura y la arquitectura. Los antiguos griegos erigieron magníficos edificios en la Acrópolis que han servido de inspiración para icónicos edificios en numerosos países, incluso milenios después. El Capitolio de Estados Unidos y el edificio del Tribunal Supremo, situado frente al Capitolio, son ejemplos de ello. Cualquier persona que haya visto el monumento a Lincoln en Washington y el Partenón en la antigua Atenas no puede dejar de apreciar el parecido. Los antiguos griegos, además, esculpieron exquisitas

estatuas y bustos de seres humanos que continúan maravillando y cautivando a los visitantes de los museos de varios países en la actualidad.

Por el contrario, la estructura rudimentaria y los burdos intentos de representar retratos humanos por parte de los antiguos britanos, contemporáneos de los griegos, no generan admiración ni ansias de imitación. Los nombres de antiguos pensadores griegos como Sócrates, Platón, Aristóteles, Euclides y Pitágoras siguen resonando hoy en día. Sin embargo, no encontramos ni un sólo británico de la Antigüedad cuyo nombre perdure en las páginas de la historia. [120]

No obstante, en los siglos XVIII y XIX, los británicos lideraron la revolución industrial. Además, los avances científicos de los británicos en los siglos anteriores a dicha revolución, incluidos los logros científicos de sir Isaac Newton, que también fue uno de los creadores del cálculo, sobrepasan todo lo logrado por los contemporáneos griegos de los británicos del siglo XXI. El Imperio británico del siglo XIX abarcaba una cuarta parte de la superficie terrestre y de la población mundial. Un autor italiano del siglo XX planteó la cuestión: «Ante todo, ¿cómo es que una isla periférica pasó de la miseria primitiva a la dominación mundial?». [121]

Estos hechos innegables de la historia constituyen un argumento en contra del determinismo genético, ya que demuestran que los pueblos de diversas partes de Europa estaban más avanzados en distintos siglos. Los cambios tan drásticos a lo largo de milenios sugieren desigualdades recíprocas a gran escala en épocas históricas muy diferentes.

En la actualidad, algunas personas imparciales podrían resistirse a afirmar que las capacidades de los griegos o los británicos eran superiores, pero esto no es más que una forma de evadir verbalmente la pura realidad de que unos tenían capacidades superiores en épocas diferentes. Lo que estos cambios en las capacidades relativas de una época a otra ponen en tela de juicio es si estas diferencias eran de naturaleza genética.

Admitir sinceramente las notables disparidades en las capacidades específicas de distintos pueblos en distintas épocas y lugares no supone ceder ante el determinismo genético. La comparación entre distintos grupos europeos tampoco compone la única prueba en contra de una explicación genética. Hace miles de años, los chinos estaban más avanzados que los europeos en muchas disciplinas, [122] pero, varios siglos después, esos roles se invirtieron y no hay pruebas de que la composición genética de los chinos o los europeos haya cambiado.

Además, se han encontrado disparidades igual de significativas dentro de los distintos segmentos de una misma raza. En 1994, por ejemplo, los millones de chinos que vivían en el extranjero generaban una riqueza equivalente a la producida por los más de mil millones de habitantes de China. [123] En este caso, la raza era la misma, pero la producción de riqueza por persona era radicalmente diferente. En la actualidad, se puede encontrar un patrón similar en Estados Unidos, donde varios de los condados más pobres del país tienen una población predominantemente blanca, con unos ingresos medios

por hogar inferiores a los de las familias negras. [124] Sencillamente, no han producido tanto.

Los deterministas genéticos de principios de la era progresista tomaron una muestra notablemente reducida de las pruebas de que disponían. La historia de la antigua Grecia y Roma ya era bien conocida como los orígenes de la civilización occidental y estaba varios pasos por delante del resto de Europa en la Antigüedad. Cualesquiera que fuesen las posiciones relativas de las distintas regiones de Europa durante la era progresista, asumir que esas posiciones estaban determinadas genéticamente implicaba que permanecerían inmutables tanto en el futuro como en el pasado. Pero las pruebas históricas disponibles indicaban lo contrario.

Incluso la evidencia puramente contemporánea utilizada durante la primera era progresista no era concluyente. Responder a las preguntas de una sección de las pruebas mentales del Ejército requería conocer datos como el color del zafiro, la ubicación de la Universidad de Cornell, la profesión de Alfred Noyes y la ciudad en la que se fabricó el automóvil Pierce Arrow. [125] Por qué se esperaba que los negros estadounidenses o los inmigrantes recién llegados a Estados Unidos debieran conocer esa información es un enigma. Y por qué conocer esa información indicaría el grado de inteligencia innata de una persona es un enigma aún más grande.

No todas las preguntas de los exámenes mentales del Ejército planteaban dudas como las mencionadas, pero para quienes no podían responder preguntas más válidas, el he-

cho de que los encarcelaran o no dependiendo de si tenían esos conocimientos tan variados resulta grotesco.

El pionero de las pruebas mentales, Carl Brigham, afirmó en 1923 que los exámenes mentales del Ejército proporcionaban un «inventario» de la «capacidad mental» respaldado por una «base científica». [126] No fue ni la primera ni la última vez que se empleó la palabra *científica* sin los procedimientos ni la precisión propios de la ciencia. Sin embargo, Brigham fue uno de los pocos que más tarde se retractó. En 1930, reconoció tardíamente que muchos de los inmigrantes sometidos a las pruebas del Ejército habían crecido en hogares donde no se hablaba inglés. Declaró con franqueza que sus conclusiones previas, según sus propias palabras, «carecían de fundamento». [127]

Cuántos de los que están hoy en día totalmente convencidos, con creencias opuestas, seguirán los pasos de Carl Brigham en el futuro, sólo el tiempo lo dirá.

Con el paso de los años, se acumularon cada vez más pruebas que socavaban las conclusiones de los deterministas genéticos de la era progresista. Por ejemplo, los judíos que habían obtenido puntuaciones bajas en las pruebas mentales del Ejército en 1917 empezaron a obtener puntuaciones superiores a la media nacional en diversas pruebas de coeficiente intelectual y admisión a la universidad [128] a medida que se convertían en un grupo más anglófono. Éstas y otras pruebas, como el coeficiente intelectual de los niños negros criados por familias blancas, [129] pusieron en entredicho la premisa central de determinismo genético, su justificación

para instar a la adopción de medidas drásticas que impidieran la reproducción en algunas razas, partiendo del supuesto de que las tasas de natalidad más altas en esas razas conducirían a una disminución del coeficiente intelectual de la nación con el tiempo.

Las últimas investigaciones llevadas a cabo por el profesor James R. Flynn, estadounidense expatriado en Nueva Zelanda, asestaron un golpe decisivo a este argumento. Sus estudios demostraron que, en más de una docena de países de todo el mundo, el rendimiento medio en las pruebas de coeficiente intelectual aumentó sustancialmente, en una desviación estándar o más, en el transcurso de una o dos generaciones. [130]

Esta tendencia había existido años antes de que la investigación de Flynn la sacara a la luz. La razón por la que no era evidente para otros antes que él era que los resultados de las pruebas de coeficiente intelectual se ajustaban repetidamente para mantener el promedio de respuestas correctas en su nivel de referencia de 100. [131] A medida que más personas acertaban las preguntas de los exámenes a lo largo de los años, un coeficiente intelectual de 100 suponía ahora contestar correctamente más preguntas que antes. Gracias a que el profesor Flynn recuperó las puntuaciones brutas originales de las preguntas de las pruebas de coeficiente intelectual contestadas correctamente, este progreso en los test salió a la luz. [132]

Aunque la media del coeficiente intelectual de la población negra, por ejemplo, se mantuvo en torno a 85 durante años,

esta estabilidad ocultaba el hecho de que los negros, como los demás grupos, respondían correctamente un mayor número de preguntas de los test de coeficiente intelectual que en el pasado. El número de preguntas que los negros acertaron en las pruebas de 2002 les habría dado un coeficiente medio de 104 según las normas utilizadas en 1947-1948. Esto representaba un rendimiento ligeramente superior al promedio de los estadounidenses en general durante el período anterior. [133]

En resumen, los resultados de la población negra en las pruebas de coeficiente intelectual habían aumentado considerablemente con el tiempo, al igual que los resultados de otras personas en Estados Unidos y en otros países, a pesar de que la recalibración de los test ocultaba estos cambios. Los datos posteriores publicados por Charles Murray en 2021 indican que el coeficiente intelectual de los negros es ahora de 91, [134] superior a los 85 habituales en épocas anteriores. Esto significa que la mejora de los negros en las pruebas de coeficiente intelectual no sólo ha seguido el ritmo de mejora de los demás grupos, sino que incluso lo ha superado.

El efecto devastador de la investigación del profesor Flynn fue tal que desarticuló el pilar central de las conclusiones de los deterministas genéticos progresistas de principios del siglo XX, que habían proclamado la necesidad urgente de impedir que las personas con un coeficiente intelectual inferior se reprodujeran, partiendo del supuesto de que esas personas eran genéticamente incapaces de alcanzar el nivel intelectual medio vigente en ese momento. Por lo tanto, partiendo de esa suposición, creían que la inteligencia de la nación en su

conjunto disminuiría con el tiempo. Pero incluso si asumimos, por el bien del argumento, que los resultados de las pruebas de coeficiente intelectual son una medida perfecta de la inteligencia, la evidencia objetiva demuestra que las personas en múltiples países han acertado más preguntas de los test en los últimos años, no menos.

El determinismo genético del progresismo de principios del siglo XX implicaba algo más que la idea de que existía un techo determinado genéticamente en la inteligencia de algunos grupos, lo que hacía imperativo evitar que se reprodujeran. Ya en 1944, Gunnar Myrdal afirmaba, en su libro pionero *An American dilemma [Un dilema americano]*, que creer que la inteligencia de los afroamericanos tenía un techo bajo era común entre la población blanca estadounidense de la época. [135]

Sin embargo, tan sólo una generación después, incluso el principal académico que investigaba el efecto de los genes sobre el coeficiente intelectual, el profesor Arthur R. Jensen, de la Universidad de California en Berkeley, rechazó la idea del techo del coeficiente intelectual y planteó la pregunta: «¿Por qué debería sorprender a alguien que haya niños negros con un coeficiente intelectual de 115 o más o que se concentren en los barrios acomodados e integrados de Los Ángeles?». [136]

Con la suposición implícita de un techo bajo en el coeficiente intelectual por parte de los primeros deterministas genéticos de la era progresista, suposición que ahora ha sido refutada por el aumento generalizado en los resultados de las

pruebas en generaciones posteriores, como descubrió la investigación del profesor Flynn, [137] esa era es un capítulo de la historia de la humanidad que ahora se cierra misericordiosamente, aunque no antes de que proporcionara una justificación para el genocidio. Su significación duradera para nuestra época es la de una advertencia dolorosamente urgente contra las embestidas de las ideologías intolerantes, incluso cuando están dirigidas por destacados académicos e intelectuales y difundidas por una amplia gama de instituciones.

Progresismo posterior

En las últimas décadas del siglo XX y en el siglo XXI, la nueva corriente progresista reemplazó la teoría de los genes por la de la discriminación racial como explicación automática de las diferencias grupales en los resultados económicos y sociales. Los test mentales, en otro tiempo ensalzados como encarnación de la «ciencia» y que supuestamente demostraban el determinismo genético, ahora se descartaban automáticamente como sesgados. Esto ocurrió cuando los resultados de las pruebas de admisión universitaria SAT y ACT entraron en conflicto con la nueva agenda de justicia social, que buscaba garantizar la representación demográfica de diversos grupos en instituciones y empresas.

En esta nueva era progresista, las disparidades estadísticas entre negros y blancos, en cualquier ámbito, se han atribuido principalmente a la discriminación. A menudo también se cuenta con datos estadísticos sobre los asiático-americanos en estos mismos ámbitos, pero estos datos casi siempre los

omiten no sólo los medios de comunicación, sino incluso los académicos de universidades de élite porque podrían suponer un desafío a las conclusiones a las que llegan los progresistas de última generación.

En el mercado laboral, por ejemplo, es común decir que los negros son «los últimos en ser contratados y los primeros en ser despedidos» cuando hay una recesión económica. De hecho, los trabajadores negros pueden ser despedidos antes o en mayor medida que los blancos en caso de recesión económica. Pero los datos también indican que a veces se despide antes a los empleados blancos que a los asiático-americanos.[138] ¿Puede atribuirse esto a la discriminación racial contra los blancos por parte de los empresarios, que suelen ser blancos? ¿Debemos aceptar los datos estadísticos como prueba cuando estos datos concuerdan con las condiciones previas, pero rechazarlos cuando contradicen esas mismas condiciones previas? ¿O vamos a librarnos de estos problemas gracias a quienes optan por omitir los hechos que contradicen su visión o programa?

Uno de los factores clave en el auge y declive del mercado inmobiliario, que condujo a una crisis económica en Estados Unidos a principios del siglo XXI, fue la creencia generalizada de que existía una discriminación racial rampante por parte de los bancos y otras instituciones crediticias hacia los negros que solicitaban un préstamo hipotecario. Diversas estadísticas de varias fuentes mostraban que, aunque la mayoría de las solicitudes, tanto de negros como de blancos, de un préstamo hipotecario convencional eran aprobadas, los solicitantes negros eran rechazados en mayor proporción que

los blancos. Lo que se omitió casi universalmente fueron los datos estadísticos que revelaban que, en el caso de estos mismos préstamos, los blancos eran rechazados con mayor frecuencia que los asiático-americanos. [139]

Las razones no tenían nada de misterioso. La calificación crediticia promedio de los blancos era superior a la de los negros y la de los estadounidenses de origen asiático era superior a la de los blancos. [140] Tampoco era ésta la única diferencia económicamente relevante. [141]

Sin embargo, en los medios de comunicación, en el ámbito académico y en la política se exigió con indignación que el gobierno «tomara medidas» contra la discriminación racial por parte de los bancos y otros prestamistas hipotecarios. El gobierno respondió tomando muchas medidas cuyo resultado en conjunto fue que obligó a los prestamistas hipotecarios a reducir sus criterios de concesión de préstamos. [142] Esto hizo que los préstamos hipotecarios se volvieran tan arriesgados que muchas personas, incluido el autor de este libro, advirtieron que el mercado de la vivienda podría «derrumbarse como un castillo de naipes». [143] Cuando lo hizo, toda la economía colapsó [144] y afectó sobre todo a las personas con bajos ingresos, como la comunidad negra.

La pregunta sobre las pautas de aprobación de hipotecas puede compararse con la cuestión de la contratación y el despido en el mercado laboral. ¿Eran los prestamistas hipotecarios, en su mayoría blancos, los que discriminaban a los solicitantes blancos? Si eso parece muy improbable, también lo es que los bancos de propiedad negra discriminaran a los

solicitantes negros de un préstamo hipotecario. Sin embargo, estos últimos fueron rechazados en un porcentaje aún mayor por los bancos de propiedad negra. [145]

Lo mismo ha ocurrido con la disciplina de los alumnos en las escuelas públicas. Las estadísticas demuestran que los estudiantes negros han sido castigados por mala conducta con más frecuencia que los blancos. Debido a la imperante idea preconcebida de que el comportamiento de los distintos grupos no puede diferir, esto se convirtió automáticamente en otro ejemplo de discriminación racial y, literalmente, en un asunto federal. En una declaración conjunta de los Departamentos de Educación y Justicia de Estados Unidos, se advirtió a los responsables de las escuelas públicas que debían poner fin a lo que describían como patrones de discriminación racial. [146]

Los datos estadísticos de un estudio histórico sobre la educación en Estados Unidos titulado *No excuses: Closing the racial gap in learning [Sin excusas: cerrando la brecha racial en el aprendizaje]*, de Abigail y Stephan Thernstrom, revelaron que los alumnos negros eran castigados dos veces y media con más frecuencia que los blancos, que a su vez eran castigados dos veces con más frecuencia que los asiáticos. [147] ¿Tenían los profesores, en su mayoría blancos, prejuicios contra los alumnos blancos? Tampoco se observó correlación entre las medidas disciplinarias aplicadas a los alumnos negros y el hecho de que los profesores fueran blancos o negros. [148]

Aunque analicemos todas estas estadísticas por grupos raciales, eso no significa necesariamente que los empresarios,

prestamistas o profesores tomaran sus decisiones en función de la raza. Si los empleados negros, blancos y asiáticos tenían otra distribución de los puestos de trabajo o estaban distribuidos de otra forma en distintos niveles dentro de la misma ocupación, entonces las decisiones sobre qué tipos de trabajo —o desempeños laborales— se consideraban prescindibles durante una recesión económica podrían dar lugar a las disparidades raciales observadas.

Es poco probable que los responsables de los bancos encargados de decidir qué solicitudes de hipotecas se aceptan o rechazan hayan interactuado con los solicitantes. Lo más probable es que esos solicitantes fueran entrevistados por empleados bancarios de nivel inferior, empleados que transmitirían la información de los ingresos y otros datos —incluidas las calificaciones crediticias individuales— a los responsables de mayor rango, que aprobarían o rechazarían las solicitudes. En las escuelas públicas es evidente que los profesores tenían contacto con los alumnos cuyo mal comportamiento denunciaban, pero el hecho de que tanto los profesores negros como los blancos hicieran denuncias similares sugiere que la raza tampoco fue probablemente el factor clave en este caso.

Tal vez el momento de la historia estadounidense en el que se logró el consenso más amplio sobre cuestiones raciales, más allá de las líneas raciales, fue con motivo del histórico discurso de Martin Luther King en el monumento a Lincoln en 1963. Fue cuando dijo que soñaba con un mundo en el que las personas «no serán juzgadas por el color de su piel, sino por el contenido de su carácter». [149] Su mensaje

abogaba por la igualdad de oportunidades para los individuos sin importar su raza, pero esa agenda, y el amplio consenso que la respaldaba, empezaron a erosionarse en los años siguientes. El objetivo pasó de la igualdad de oportunidades para los individuos, sin importar su raza, a la igualdad de resultados para los grupos, independientemente de que éstos se definieran por la raza, el sexo u otros criterios.

Lo que hoy en día se ha impuesto es la agenda de la justicia social, que aboga por la igualdad de resultados en el presente y la reparación del pasado. Esta nueva agenda se basa en la historia, o en los mitos presentados como historia, así como en afirmaciones que se presentan como hechos, a veces con un espíritu que recuerda la convicción y el desinterés por la evidencia de la era del determinismo genético.

3

Falacias sobre las piezas de ajedrez

En gran parte de la literatura sobre justicia social, incluido el clásico *Teoría de la justicia*, del profesor John Rawls, se han propuesto diversas políticas basándose en su idoneidad desde un punto de vista moral, pero a menudo prestando poca o ninguna atención a la cuestión práctica de si esas políticas podrían, de hecho, llevarse a la práctica y producir los resultados deseados. En varios pasajes del libro, Rawls se refiere a cosas que la «sociedad» debería «arreglar», [1] pero sin especificar los instrumentos ni la viabilidad de esos arreglos.

Es difícil imaginar qué instituciones podrían asumir una tarea de tal magnitud, aparte del gobierno. Esto, a su vez, plantea interrogantes sobre los riesgos de otorgar más poder a los políticos que lideran el gobierno. La inocente palabra *arreglar* no puede enmascarar esos riesgos. Los decoradores de interiores *arreglan*. Los gobiernos *imponen*. No es una distinción sutil.

Los gobiernos deben imponer algunas cosas, desde las normas de tráfico hasta las leyes contra el asesinato, pero eso no significa que no haya que ser cautelosos a la hora de expandir la autoridad gubernamental en áreas que parezcan deseables. Eso significaría destruir la libertad de todos en

nombre de cualquier cruzada que haya captado la atención de un segmento influyente de la población.

El planteamiento de Rawls no es en absoluto exclusivo de él, ni siquiera de los tiempos modernos. Ya en el siglo XVIII había gente con ideas similares. Adam Smith expresó su oposición a tales personas y a la presunción misma de algún teórico doctrinario —un «hombre de sistema», como él decía— que «parece imaginar que puede ordenar a los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma facilidad con que la mano ordena las piezas en un tablero de ajedrez». [2]

La exaltación de la deseabilidad y el abandono de la viabilidad, que Adam Smith criticaba, sigue siendo un ingrediente importante de las falacias fundamentales en la visión de la justicia social. Sus implicaciones se extienden a una amplia variedad de cuestiones, desde la redistribución de la riqueza hasta la interpretación de las estadísticas de ingresos.

La confiscación y redistribución de la riqueza, ya sea a escala moderada o exhaustiva, constituye el núcleo de la agenda de la justicia social. Mientras que los defensores de la justicia social destacan lo que consideran deseable de tales políticas, la viabilidad de éstas tiende a recibir menos atención, y las consecuencias de intentarlo y fracasar no reciben atención en absoluto.

No cabe duda de que los gobiernos, e incluso los saqueadores locales, pueden redistribuir la riqueza hasta cierto punto. Pero la cuestión más importante es si los efectos reales de intentar llevar a cabo políticas de confiscación y redistribución más amplias y duraderas tienen probabilidades de tener

éxito o resultar contraproducentes. Dejando a un lado, por el momento, las cuestiones morales, se trata en última instancia de cuestiones fácticas para las que debemos buscar respuestas basadas en la evidencia empírica, en lugar de en teorías o retórica.

La redistribución de la riqueza

Por muy atractivas que puedan parecer, desde el punto de vista político, la confiscación y redistribución de la riqueza de «los ricos», la posibilidad de que puedan llevarse a cabo en la práctica depende de hasta qué punto se considere a «los ricos» como piezas inertes en un tablero de ajedrez. En la medida en que «los ricos» puedan prever las políticas redistributivas y reaccionar ante ellas, las consecuencias reales pueden ser muy distintas de lo que se pretendía.

En una monarquía absoluta o una dictadura totalitaria, una confiscación masiva de la riqueza puede imponerse repentinamente y sin previo aviso a los «millonarios y multimillonarios», tan citados como objetivos de confiscación. Sin embargo, en un país con un gobierno elegido democráticamente, los impuestos confiscatorios u otras formas de confiscación deben, primero, proponerse públicamente y luego ganar suficiente apoyo político a lo largo del tiempo entre los votantes, antes de imponerse realmente por ley. Si los «millonarios y multimillonarios» no son ajenos a todo este proceso, es probable que se enteren de la inminente confiscación y redistribución antes de que se produzca. Tampoco pode-

mos suponer que se limitarán a esperar pasivamente a ser esquilados como si fueran ovejas.

Entre las opciones más obvias a disposición de «los ricos» cuando se les advierte de la confiscación masiva de su riqueza se incluyen: 1) invertir su riqueza en valores exentos de impuestos; 2) transferir su riqueza a otra jurisdicción fiscal, o 3) trasladarse personalmente a otra jurisdicción fiscal.

En Estados Unidos, la jurisdicción fiscal puede ser una ciudad, un estado o el gobierno federal. Las diversas estrategias para proteger la riqueza de los impuestos pueden comportar algunos costes para «los ricos» y, cuando su riqueza se materializa en bienes inmuebles como fábricas de acero o cadenas de tiendas, es posible que haya poco que puedan hacer para evitar la confiscación de estas formas particulares de riqueza. Sin embargo, en el caso de los activos líquidos en las economías globalizadas de hoy en día en todo el mundo, se pueden transferir electrónicamente grandes sumas de dinero de un país a otro, con tan sólo un clic del ratón de un ordenador.

Esto significa que las consecuencias reales de incrementar las tasas impositivas a «los ricos» en una jurisdicción determinada es una cuestión factual. El resultado no es necesariamente predecible, y las posibles consecuencias pueden hacer o no viable la confiscación. Aumentar la tasa impositiva en un X por ciento no garantiza que los ingresos fiscales aumenten un X por ciento e incluso podrían no aumentar en absoluto. Cuando dejamos de lado las teorías y la retórica y damos paso a los hechos históricos, podemos poner a prueba

las conjeturas tanto explícitas como implícitas de la visión de la justicia social.

Historia

En el siglo XVIII, la imposición de un nuevo impuesto por parte de Gran Bretaña en sus colonias americanas desempeñó un papel fundamental en el desencadenamiento de una serie de acontecimientos que condujo finalmente a que esas colonias declararan su independencia y se convirtieran en los Estados Unidos de América. En su momento, Edmund Burke señaló en el Parlamento británico: «Vuestro plan no genera ingresos; no genera más que descontento, desorden, desobediencia…». [3]

Los estadounidenses no eran simples piezas inamovibles en el gran tablero de ajedrez del Imperio británico. La independencia de América privó a Gran Bretaña no sólo de los ingresos procedentes de los nuevos impuestos que impusieron, sino también de los ingresos procedentes de otros impuestos que ya habían estado recaudando de las colonias americanas. Ésta no fue, ni mucho menos, la única ocasión en la que un aumento de la tasa impositiva oficial provocó una disminución de los ingresos fiscales efectivamente recaudados.

Tasas impositivas frente a ingresos fiscales

Siglos más tarde, en Estados Unidos, se produjeron retiradas similares de las jurisdicciones fiscales. El estado de Maryland, por ejemplo, había previsto recaudar más de 100 millones de dólares en ingresos fiscales adicionales por aumentar la tasa impositiva a las personas cuyos ingresos fueran de un millón de dólares o más. Pero cuando la nueva tasa impositiva entró en vigor en 2008, el número de personas con esos ingresos que vivía en Maryland había bajado de casi 8.000 a menos de 6.000. Los ingresos fiscales, en lugar de incrementarse en más de 100 millones de dólares como se había previsto, en realidad disminuyeron más de 200 millones de dólares. [4]

De manera similar, cuando Oregón subió la tasa impositiva sobre la renta en 2009 para las personas que ganaban 250.000 dólares al año o más, sus ingresos fiscales también disminuyeron en lugar de aumentar. [5] Los estadounidenses seguían sin ser piezas inamovibles de ajedrez.

No obstante, este fenómeno no ha sido exclusivo de los estadounidenses. Se han producido situaciones similares cuando otros países han subido —o incluso amenazado con subir — sustancialmente las tasas impositivas a las rentas altas, con la expectativa de que eso generaría más ingresos fiscales automáticamente, cosa que puede ocurrir o no. En Gran Bretaña, por ejemplo, cuando se presentaron estos planes, *The Wall Street Journal* informó:

> Una oleada de gestores de fondos de inversión de alto riesgo y demás profesionales de los servicios financieros están abandonando el Reino Unido en respuesta a los planes de elevar las tasas impositivas máximas sobre las personas físicas al 51 por ciento… Los abogados estiman que se han trasladado a Suiza, en el último año, fondos de inversión de alto riesgo que gestionan cer-

ca de 15.000 millones de dólares, y es posible que ese número aumente en el futuro. [6]

Por otro lado, una reducción de las tasas tributarias no se traduce necesariamente en una disminución de los ingresos fiscales. Las personas no son piezas inamovibles de ajedrez en ninguno de los dos casos. Igual que las tasas impositivas más altas pueden ahuyentar a personas, empresas e inversiones, las más bajas pueden atraerlas. En Islandia, al reducirse gradualmente la tasa del impuesto de sociedades del 45 al 18 por ciento entre 1991 y 2001, los ingresos fiscales se triplicaron. [7]

En Estados Unidos, los valores exentos de impuestos constituyen una forma obvia de que las personas que tienen ingresos altos eviten pagar una tasa tributaria elevada. A medida que la tasa del impuesto federal sobre la renta aumentaba bruscamente durante la presidencia de Woodrow Wilson, el número de personas que declaraban una base imponible de 300.000 dólares o más pasó de bastante más de mil en 1916 a menos de trescientas en 1921. En 1920, la tasa del impuesto federal sobre la renta para las personas de mayores ingresos era del 73 por ciento. [8] En 1928, la tasa más alta del impuesto sobre la renta se había reducido al 25 por ciento. Entre estos dos años, la cantidad total de ingresos obtenidos por el impuesto sobre la renta aumentó y la proporción de todos los ingresos fiscales recaudados de las personas que ganaban un millón de dólares o más al año también aumentó, pasando de menos del 5 por ciento en 1910 al 15,9 por ciento en 1928. [9]

Al abogar por esta reducción de las tasas impositivas en la década de 1920, el secretario del Tesoro, Andrew Mellon, se-

ñaló que los ricos tenían grandes sumas de dinero invertidas en valores exentos de impuestos. [10] Estos valores tenían un rendimiento menor que otros que sí estaban sujetos a impuestos. Invertir en valores exentos, a pesar de tener menor tasa de retorno, tenía sentido cuando la tasa impositiva máxima era del 73 por ciento, pero, con una tasa impositiva máxima del 25 por ciento, lo que tenía sentido para muchas personas con ingresos altos era trasladar sus inversiones a otros valores que generasen más rendimiento, aunque ese retorno estuviera sujeto a impuestos.

Las personas con ingresos elevados, como no eran figuras pasivas de ajedrez, se dieron cuenta de ello, así que el gobierno federal recaudó más ingresos fiscales de ellos con un menor tipo impositivo, ya que el 25 por ciento de algo es más que el 73 por ciento de nada.

Tanto el secretario del Tesoro, Andrew Mellon, como el presidente, Calvin Coolidge, habían predicho que una reducción de las tasas impositivas incrementaría los ingresos fiscales, [11] como así ocurrió, y supondría recaudar más impuestos de las personas con ingresos elevados. El secretario Mellon también se había quejado de que los valores exentos de impuestos habían creado una situación que era «repugnante» en una democracia, es decir, que había, en efecto, «una clase en la comunidad a la que no se podía llegar por motivos fiscales». [12] Al no conseguir que el Congreso tomara medidas para poner fin a los valores exentos de impuestos, [13] Mellon pudo al menos conseguir que las personas con ingresos más altos contribuyesen con una parte mayor de los impuestos sobre la renta por otros medios.

No obstante, los argumentos de Mellon para reducir la tasa impositiva máxima fueron tildados de «recortes fiscales para los ricos», como se han condenado desde entonces planes similares por motivos parecidos. [14]

Para algunos, incluso para distinguidos profesores de universidades prestigiosas, la suposición implícita de que los ingresos fiscales se mueven automáticamente en la misma dirección que los tipos impositivos parece impermeable a las pruebas objetivas. Pero tales pruebas pueden consultarse fácilmente en internet, en los registros oficiales del Servicio de Impuestos Interno. [15] Sin embargo, la falacia de las piezas de ajedrez se mantiene en gran medida incontestada, lo que permite que los defensores de la justicia social sigan abogando por tipos impositivos más elevados para los ricos, basándose en su perspectiva de la *deseabilidad*, sin tener en cuenta las cuestiones relativas a su *viabilidad* como instrumento de recaudación de ingresos.

En política, las propuestas que implican importantes costes para que el gobierno proporcione prestaciones «gratuitas» a toda la población pueden resultar muy atractivas para ciertos votantes, cuando se dice que estos costes adicionales para el gobierno se cubrirán recaudando impuestos más elevados a los «millonarios y multimillonarios», al margen de que eso sea cierto o no. Si bien este resultado puede parecer deseable desde una perspectiva de justicia social para algunos votantes, conviene recordar que la *deseabilidad* no excluye las cuestiones de *viabilidad*.

En política, el objetivo no es la verdad, sino los votos. Si la mayoría de los votantes se cree lo que dicen los políticos, por lo que respecta a éstos esa retórica es un éxito. Pero, desde el punto de vista del público, la afirmación de que el coste de las donaciones del gobierno se pagará con los impuestos recaudados a los «millonarios y milmillonarios» es una proposición que requiere un escrutinio empírico, ya que los «millonarios y milmillonarios» no siempre cooperan.

Las personas que creen que las prestaciones que reciben «gratis» del gobierno las pagarán otros pueden encontrarse con que ellas mismas acaban pagando esas prestaciones, como consecuencia de la inflación.

El «impuesto» de la inflación

Al igual que las tasas impositivas en papel no necesariamente se cobran, las cosas que no son impuestos pueden tener el mismo efecto que los impuestos. La inflación es una de esas cosas.

Cuando los ingresos fiscales destinados a financiar las prestaciones «gratuitas» concedidas a diversos grupos no son suficientes para cubrir el coste de dichas prestaciones, el gobierno puede obtener el dinero adicional necesario para cubrir el déficit emitiendo bonos gubernamentales y poniéndolos a la venta. En la medida en que estos bonos se compran en el mercado, el coste se repercute, con intereses añadidos, a los contribuyentes en el futuro. Sin embargo, si no se venden suficientes bonos en el mercado para cubrir el déficit

restante, la Reserva Federal, una agencia del gobierno federal legalmente autorizada para crear dinero, puede adquirir esos bonos. Entonces, cuando este dinero adicional entra en circulación, el resultado es la inflación.

El resultado neto del aumento inflacionista de los precios es que el dinero de todos, independientemente de sus ingresos, pierde parte de su valor. Es lo mismo que si se hubiera establecido un impuesto a toda la población, desde los más pobres hasta los más ricos, todos pagando la misma tasa impositiva que los «ricos y milmillonarios» sobre su dinero. Pero un impuesto sobre el dinero no es un impuesto sobre activos tangibles como fábricas o bienes raíces, que aumentan su valor de mercado durante una inflación. El resultado neto de todo esto es que un «impuesto» inflacionario puede llevarse un porcentaje mayor de los activos de las personas con menos recursos, cuyo dinero probablemente represente un porcentaje mayor de sus activos totales, ya que es menos probable que posean fábricas, bienes inmuebles y otros activos tangibles que aumentan su valor de mercado durante la inflación.

En resumen, es probable que un «impuesto» de la inflación sea *regresivo*, ya que se paga cada vez que se compran alimentos, gasolina u otros bienes de consumo a precios más altos. La percepción de obtener prestaciones «gratuitas» del gobierno puede persistir siempre y cuando los beneficiarios no reconozcan la relación entre los precios más altos que pagan por sus compras y el hecho de que el gobierno les dé cosas «gratuitas».

Los principales beneficiarios de esta situación son probablemente los políticos, ya que pueden atraer a los votantes ofreciéndoles prestaciones «gratuitas» bajo la premisa de que son «un derecho, no un privilegio», aunque los electores acaben pagándolas de forma indirecta a través de las subidas inflacionistas del precio de los bienes que adquieren.

Los políticos borran sus huellas llamando al mecanismo clave —la creación de dinero por parte de la Reserva Federal para comprar bonos del gobierno— con la enigmática frase de los expertos «flexibilización cuantitativa» en lugar de decir en lenguaje llano que el gobierno está produciendo más de su propio dinero para financiar los regalos que está distribuyendo «gratis». A veces se recurre a esta expresión técnica, «QE2» *[Quantitative Easing]*, para referirse a una segunda ronda de creación de dinero. Este lenguaje técnico suena mucho más impresionante que decir, sin más, que están «produciendo más dinero para que los políticos lo gasten».

Las piezas de ajedrez y el control de precios

Del mismo modo que el comportamiento de los ciudadanos cambia cuando los gobiernos modifican las tasas impositivas, también lo hace cuando los gobiernos modifican las condiciones de otras transacciones. Éste es uno de los principios más básicos de la economía. Los economistas lo conocen desde hace siglos, incluso se conoce antes de que existiera la profesión de economista. [16] Pero lo que han sabido algunos no lo han sabido todos, por lo que los gobiernos han estado regulando durante miles de años el precio de diversos

bienes y servicios por ley, lo cual se puede ver ya en la época romana e incluso en la antigua Babilonia. [17]

Reacciones al control de precios

Las personas sujetas a las leyes de fijación de precios rara vez han permanecido pasivas, como si fueran piezas de ajedrez inamovibles. Se desconoce cuántos gobiernos comprendieron esto antes de aprobar tales leyes, pero lo que sí se sabe es que un presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, que era plenamente consciente de las consecuencias económicas desfavorables de los controles de precios, los impuso de todos modos. Su respuesta a las críticas del economista Milton Friedman fue: «Me importa un bledo lo que diga Milton Friedman. No se presenta a la reelección». [18] De hecho, el presidente Nixon fue reelegido con una mayoría más amplia que la que lo llevó por primera vez a la Casa Blanca.

En cuanto a las consecuencias económicas del control de los precios, fueron las mismas que en otros lugares y épocas desde hace siglos. Cuando el gobierno fija los precios por debajo del nivel determinado por la oferta y la demanda, la cantidad que demandan los consumidores aumenta, como resultado de la reducción artificial de precios, mientras que la cantidad producida por los fabricantes disminuye, por esas mismas razones. Ni los consumidores ni los productores eran piezas de ajedrez inamovibles. El resultado fue una escasez generalizada de alimentos, gasolina y muchos otros productos, pero estas consecuencias no se hicieron patentes hasta después de las elecciones. [19]

Nada de esto era algo exclusivo de Estados Unidos. Cuando el gobierno de la nación africana de Zimbabue decretó, en 2007, drásticos recortes de precios para hacer frente a una inflación galopante, *The New York Times* informó de que los ciudadanos de Zimbabue «recibieron los recortes de precios con una eufórica —y efímera— oleada de compras». Pero, al igual que en Estados Unidos, este aumento de la demanda de los consumidores vino acompañado de una disminución de la cantidad suministrada por los productores:

> El pan, el azúcar y la harina de maíz, alimentos básicos en la dieta de todo zimbabuense, han desaparecido... La carne es prácticamente inexistente, incluso para los miembros de la clase media que tienen dinero para comprarla en el mercado negro... Los pacientes de los hospitales mueren por falta de suministros médicos básicos. [20]

Los pueblos de África no eran piezas de ajedrez inmóviles, como tampoco lo eran los pueblos de Europa o América.

Numerosos estudios sobre diversas formas de control de precios en países de todo el mundo han revelado patrones muy similares. [21] Esto ha llevado a algunas personas a preguntarse: «¿Por qué los políticos no aprenden de sus errores?». Los políticos sí aprenden. Aprenden lo que es políticamente eficaz, y lo que hacen no es un error desde el punto de vista político, a pesar de lo desastrosas que puedan resultar esas políticas para el país. Lo que puede ser un error político es suponer que determinados ideales, como la justicia social, pueden ser algo que la sociedad simplemente «arregle» a través del gobierno, sin tener en cuenta los modelos particulares de incentivos y limitaciones inherentes a la institución gubernamental.

No todos los controles de precios obligan a bajar los precios: algunos obligan a subirlos. En este último caso, los productores aumentan la producción, debido a los precios más altos, pero los consumidores compran menos. De nuevo, las personas no son piezas de ajedrez inertes en ninguno de los casos. Mientras que las regulaciones de control de precios que imponen reducciones tienden a generar escasez, las que imponen aumentos tienden a generar excedentes de productos no vendibles.

Las leyes de control de alquileres son ejemplos de lo primero, y tales leyes han generado una escasez de vivienda en ciudades de todo el mundo. [22] Los programas de apoyo a los precios agrícolas en Estados Unidos son un ejemplo de lo segundo, ya que llevan a los agricultores a cultivar más de lo que los consumidores comprarán a precios artificialmente más altos. Los excedentes no vendibles han dado lugar a costosos programas gubernamentales para comprarlos, almacenarlos y buscar la forma de deshacerse de ellos y de limitar la producción futura. Estos costes ascienden a muchos miles de millones de dólares del dinero de los contribuyentes.

Una forma particular de controlar los precios para forzar su subida son las leyes que establecen un salario mínimo, a menudo respaldadas por personas que defienden la justicia social.

Estas leyes del salario mínimo son una de las muchas políticas gubernamentales que se perciben como beneficiosas para los pobres, ya que impiden que tomen sus propias decisio-

nes, decisiones que los sustitutos consideran que no son tan buenas como las que ellos pueden imponer a través del poder del gobierno.

Sin embargo, la economía básica tradicional sostiene que las personas tienden a comprar menos a un precio más alto. Si es así, entonces los empresarios, que no son piezas de ajedrez inertes, tienden a contratar menos mano de obra a un precio más alto, impuesto por las leyes de salario mínimo, en comparación con la que contratarían a un precio más bajo, basándose en la oferta y la demanda. En este caso, al excedente no vendible se lo denomina «desempleo».

A pesar de que los salarios mínimos que suelen establecerse por ley son inferiores al que gana el trabajador medio, estas leyes tienden a fijar los salarios por encima de lo que ganaría un principiante no cualificado en un mercado de libre competencia basado en la oferta y la demanda. Por lo tanto, el impacto de una ley de salario mínimo tiende a ser mayor entre los jóvenes principiantes —especialmente entre los menores de veinte años—, cuyas tasas de desempleo son especialmente relevantes como evidencia de los principios económicos que sugieren que estas leyes generan tasas de desempleo más elevadas.

Con tantas estadísticas oficiales disponibles, podría parecer que las diferencias de opinión sobre este tema se habrían resuelto hace tiempo. Pero, a lo largo de los años, se ha desplegado una gran inventiva por eludir lo obvio en lo que respecta a los efectos de las leyes sobre el salario mínimo. En lugar de detallar y analizar aquí esos argumentos, que ya han

sido detallados y analizados en otros lugares,[23] exponer unos cuantos hechos sencillos puede ser suficiente.

En 1948, la tasa de desempleo en Estados Unidos de los varones negros de dieciséis y diecisiete años era del 9,4 por ciento. Entre sus coetáneos blancos, la tasa de desempleo era del 10,2 por ciento. Para los hombres negros de dieciocho y diecinueve años, la tasa de desempleo era del 10,5 por ciento, y para sus coetáneos blancos, del 9,4 por ciento.[24] En resumen, no había diferencias raciales significativas en las tasas de desempleo entre los adolescentes varones en 1948.

Aunque una tasa de desempleo de alrededor del 10 por ciento para los trabajadores jóvenes y sin experiencia es superior a la habitual entre la población en general, en ese caso era inferior a la tasa común de desempleo entre los adolescentes. Y lo que es más importante, al examinar los efectos de las leyes de salario mínimo en el desempleo, estas tasas de desempleo de los hombres jóvenes eran sólo una fracción de lo que serían para los hombres jóvenes de ambas razas a partir de la década de 1970, extendiéndose hasta principios del siglo XXI.[25]

¿No existía una ley de salario mínimo en 1948? ¿No había racismo? En realidad, había ambas cosas. Pero la ley federal del salario mínimo, conocida como la Ley de Normas Laborales Justas de 1938, tenía una década de antigüedad en 1948, y en los años intermedios las tasas de inflación fueron tan elevadas que el salario mínimo establecido en 1938 quedaba muy por debajo de lo que cobraba incluso un joven principiante no cualificado (como yo en 1948) en los devaluados

dólares de 1948. A efectos prácticos, la ley de salario mínimo carecía de efectividad. Como dijo en 1946 el profesor George J. Stigler, un destacado economista de la época: «Las disposiciones sobre salario mínimo de la Ley de Normas Laborales Justas de 1938 han sido derogadas por la inflación». [26]

Sin embargo, a partir de 1950 se empezó a aumentar el salario mínimo con el objetivo de seguir el ritmo de la inflación. Los años cincuenta fueron la última década del siglo XX en la que los hombres negros de dieciséis y diecisiete años tuvieron una tasa anual de desempleo inferior al 10 por ciento en cualquier año. En las últimas décadas de ese siglo, la tasa anual de desempleo de los adolescentes negros nunca fue inferior al 20 por ciento. Algunos de esos años, superó el 40 por ciento. Además, ahora solía haber una tasa de desempleo considerablemente mayor entre los jóvenes negros que entre los jóvenes blancos. Algunos años, la diferencia llegó a ser más del doble. [27]

Cualquiera que haya vivido en esa época sabe que entonces había más racismo que ahora. Incluso en 1950, las escuelas públicas en Washington seguían estando explícitamente segregadas por raza, y la Oficina General de Contabilidad y otras agencias federales también tenían empleados segregados por raza, aunque no oficialmente. [28] ¿Por qué entonces no había una diferencia significativa en la tasa de desempleo entre los jóvenes blancos y los negros en 1948? La respuesta breve, en una sola palabra, es economía.

El Premio Nobel de Economía Milton Friedman calificó las leyes sobre el salario mínimo como «una de las leyes más, si

no la más, antinegra que existe». [29] Uno de sus discípulos, Gary S. Becker, llegó a recibir el Nobel de Economía por su influyente trabajo, que incluía un análisis profundo de la economía de la discriminación. [30] El argumento básico puede entenderse fácilmente sin necesidad de utilizar el vocabulario técnico de los economistas.

El racismo es una actitud que reside en la mente de las personas y puede no costar nada a los racistas. Pero la discriminación es un acto manifiesto en el mundo real que le puede costar poco o mucho al discriminador, dependiendo de las circunstancias económicas. [31] En un mercado de libre competencia en el que los precios quedan determinados según la oferta y la demanda, la discriminación puede tener costes sustanciales para quien la practica.

Las leyes de salario mínimo reducen el coste de la discriminación. Un nivel salarial establecido por el gobierno —por encima del que se fijaría en un mercado competitivo basado en la oferta y la demanda— provoca reacciones tanto de los trabajadores como de los empresarios, como ocurre con otros vendedores y compradores que no son piezas de ajedrez inertes.

Unos salarios más altos atraen a más demandantes de empleo. Pero estos costes laborales más elevados tienden a reducir la cantidad de mano de obra que contratan los empresarios. Como resultado, se genera un excedente crónico de solicitantes de empleo para los puestos de trabajo con salarios bajos afectados por las leyes de salario mínimo. En estas circunstancias, los empresarios que rechazan a candidatos de

minorías cualificados pueden sustituirlos fácilmente por otras personas cualificadas procedentes del excedente crónico de solicitantes de empleo.

Cuando no existe una ley de salario mínimo o no es efectiva, como en 1948, es poco probable que haya un excedente crónico de demandantes de empleo. En estas condiciones, los empresarios que rechazan a candidatos de minorías cualificados tendrían que pagar más para atraer a otros candidatos cualificados que los sustituyeran, o bien recurrir a sus empleados para trabajar horas extras, con salarios más altos por esas horas extras, lo que representaría un coste adicional para el empresario en ambos casos.

En estas circunstancias, no resulta sorprendente que en 1948 no hubiera una diferencia significativa en las tasas de desempleo entre los jóvenes negros y blancos, a pesar de que había más racismo en ese período que en años posteriores. Tampoco es asombroso que, tras una serie de aumentos del salario mínimo a lo largo de los años para contrarrestar la inflación y recuperar la efectividad de la ley del salario mínimo, se hiciera común una sustancial diferencia racial en las tasas de desempleo de los hombres jóvenes. También aumentaron mucho las tasas de desempleo de los hombres jóvenes de ambas razas con respecto a las de 1948, cuando los salarios estaban en gran medida determinados por la oferta y la demanda.

En general, el coste de la discriminación para quien discrimina puede variar considerablemente según el tipo de actividad económica. Es mayor en las empresas que operan en

mercados competitivos, donde el propio dinero del empleador está en riesgo, que entre las organizaciones sin ánimo de lucro, los servicios públicos regulados y los organismos gubernamentales. La historia demuestra que estos tres últimos tipos de instituciones han sido desde hace tiempo los empleadores más discriminatorios. [32]

A los discriminadores del gobierno no les cuesta nada discriminar, ya que el coste lo asumen los contribuyentes. Lo mismo ocurre en el caso de las organizaciones sin ánimo de lucro, donde los empresarios también gastan el dinero de otras personas. La situación en los servicios públicos regulados por el gobierno es algo más compleja, pero el resultado es que los costes de discriminación de estos servicios públicos pueden repercutir en sus clientes, que no tienen más remedio que pagar, por tratarse de un monopolio regulado por el gobierno. [33]

Cada uno de estos tres tipos de instituciones ha tenido un extenso historial de políticas especialmente discriminatorias contra los trabajadores pertenecientes a alguna minoría, en comparación con las de las instituciones que operan en mercados competitivos en los que está en juego el propio dinero de los empresarios. [34] Antes de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, no había prácticamente profesores negros en las facultades y universidades blancas sin ánimo de lucro. Pero en esa misma época había cientos de químicos negros empleados en empresas con ánimo de lucro en industrias competitivas. [35] Estas pautas no se limitaban a Estados Unidos ni a los negros.

El patrón de mayor discriminación en situaciones en las que cuesta menos a los discriminadores y el de menor discriminación en situaciones en las que cuesta más a quien discrimina es algo que ocurre en muchos países. En Polonia, por ejemplo, entre las dos guerras mundiales, los judíos representaban el 9,8 por ciento de la población en 1931, [36] y algo más de la mitad de los médicos privados en Polonia eran judíos. Sin embargo, los hospitales públicos polacos rara vez contrataban a médicos judíos. [37] Otras personas, que gastaban su propio dinero y se preocupaban por su propia salud, obviamente actuaban de otra forma; de lo contrario, tantos médicos judíos no habrían podido ganarse la vida.

Incluso durante los peores días de las leyes de discriminación racial en Sudáfrica, bajo las políticas de supremacía blanca declaradas oficialmente, había algunas ocupaciones reservadas por ley exclusivamente para los blancos. Sin embargo, en algunas industrias competitivas, la mayoría de los empleados en esas ocupaciones eran en realidad negros. [38] Una ofensiva del gobierno multó a cientos de empresas sólo en la industria de la construcción por tener más trabajadores negros de lo permitido por las leyes del *apartheid* y en ocupaciones en las que tenían prohibido contratar a ningún negro. [39]

En *South Africa's War Against Capitalism [La guerra de Sudáfrica contra el capitalismo]*, el economista negro Walter E. Williams, que investigó en Sudáfrica durante la época del *apartheid*, revela cómo la gravedad de la discriminación racial en Sudáfrica durante ese período fluctuaba según el tipo de industria y el grado de intervención gubernamental.

Ni los defensores de la justicia social ni nadie puede partir del supuesto de que las leyes y políticas específicas que prefieren darán automáticamente lugar a los resultados que esperan, sin tener en cuenta cómo reaccionarán las personas a las que se aplican estas leyes y políticas. Tanto la historia como la economía demuestran que las personas no son simples piezas de ajedrez inertes que obedecen un gran designio impuesto por otro.

Las piezas de ajedrez y las estadísticas de ingresos

En las controversias relacionadas con las cuestiones de justicia social, algunas de las distorsiones más graves de la realidad se basan en estadísticas que reflejan las tendencias en la distribución de los ingresos a lo largo del tiempo. Las estadísticas pueden ser precisas en sí mismas, pero las distorsiones surgen al tratar a las personas como si fueran piezas de ajedrez inmóviles, perpetuadas siempre en el mismo nivel de ingresos.

Tendencias a lo largo del tiempo

The New York Times, por ejemplo, ha afirmado que «la brecha entre los ricos y los pobres se ha ampliado en Estados Unidos».[40] Éste ha sido un tema recurrente de debate en otros medios de comunicación como *The Washington Post* y muchos programas de televisión, así como entre políticos y académicos.

En palabras de un columnista de *The Washington Post*: «Los ricos han obtenido mayores ingresos que los pobres». [41] Otro columnista de ese mismo periódico describió a los ricos como «aquellas personas que han obtenido casi todas las ganancias de ingresos en los últimos años». [42] El expresidente Barack Obama dijo: «El 10 por ciento superior ya no se lleva un tercio de nuestros ingresos, ahora se lleva la mitad». [43] El profesor Joseph E. Stiglitz, de la Universidad de Columbia, señaló que «el 1 por ciento superior de los estadounidenses se lleva ahora casi una cuarta parte de los ingresos del país cada año». [44] Según el profesor Stiglitz, «la distribución de la riqueza en la sociedad» se ha vuelto «asimétrica». [45] Por el contrario, se dice que el otro «99 por ciento de los estadounidenses» están juntos «en el mismo barco estancado». [46]

Si se tratara de las mismas personas en los mismos tramos de renta en el transcurso del tiempo, las conclusiones serían válidas, pero esto no es así. Según el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, utilizando datos de ingresos de su Servicio de Impuestos Interno: «Más del 50 por ciento de los contribuyentes en el primer quintil pasaron a un quintil superior en un lapso de diez años». [47] Otros estudios empíricos reflejan un patrón similar. [48] Un estudio reveló que más de la mitad de los adultos estadounidenses se encuentran en el 10 por ciento de los perceptores de ingresos más altos en algún momento de su vida, [49] normalmente en sus últimos años. Ya sea en niveles de ingresos altos o bajos, la mayoría de los estadounidenses no permanecen inamovibles en el

mismo tramo de ingresos, como si fueran piezas inactivas en un tablero de ajedrez.

Otros estudios empíricos que rastrearon los ingresos de personas concretas durante varios años mostraron un patrón directamente opuesto al de los estudios ampliamente citados que asumen implícitamente que las mismas personas permanecen en los mismos tramos de ingresos a lo largo del tiempo. Sin embargo, la suposición implícita de estancamiento no se cumple cuando hay una rotación de la mayoría de los individuos entre estos niveles de ingresos de una década a la siguiente.

Un antiguo estudio de la Universidad de Míchigan hizo un seguimiento de individuos específicos —en este caso, trabajadores estadounidenses— desde 1975 hasta 1991. El patrón que descubrió fue que los individuos que se encontraban en un principio en el 20 por ciento de menores ingresos en 1975 habían visto aumentar sus ingresos a lo largo de los años. Este aumento no sólo superó los ingresos de individuos en tramos superiores, sino que también se tradujo en una cantidad total varias veces superior. [50] En 1991, el 29 por ciento de los que se encontraban en el quintil más bajo en 1975 habían ascendido hasta el quintil más alto, y sólo el 5 por ciento de los que se encontraban al principio en el quintil más bajo permanecían en esa posición. El resto se distribuyó en otros quintiles intermedios. [51]

Éstas no son historias ficticias al estilo de Horatio Alger sobre individuos excepcionales que pasan de la miseria a la riqueza. Son experiencias prosaicas en las que la gente suele

tener ingresos más altos a los treinta años que a los veinte, y esos ingresos siguen aumentando a medida que adquieren más experiencia, habilidades y madurez.

Mientras tanto, las personas que se encontraban inicialmente en el quintil superior en 1975 experimentaron el menor incremento de ingresos reales en 1991, tanto en términos porcentuales como absolutos. El aumento del ingreso promedio de las personas que se encontraban en el quintil superior en 1975 fue menos de la mitad que el de cualquiera de los otros quintiles. [52] La pauta de estos resultados —radicalmente distinta a las conclusiones de los estudios que asumen implícitamente que se trata de las mismas personas en los mismos tramos de ingresos a lo largo de los años— se repitió en el estudio posterior del Departamento del Tesoro de Estados Unidos ya mencionado. Este estudio posterior, basado en datos del Servicio de Impuestos Internos, hizo un seguimiento de personas concretas: aquellas que presentaron la declaración de la renta a lo largo de una década, de 1996 a 2005.

Los individuos cuyos ingresos se encontraban originalmente en el quintil inferior de ese grupo vieron aumentar sus ingresos en un 91 por ciento durante esa década. Es decir, sus ingresos casi se duplicaron en diez años, lo que contradice la noción de «estancamiento», a pesar de que el profesor Stiglitz diga lo contrario. Por otro lado, aquellos individuos cuyos ingresos se situaban inicialmente en el controvertido «1 por ciento» vieron cómo sus ingresos descendían en realidad en un 26 por ciento durante esa misma década. [53] Una vez más, vemos que los resultados contradicen lo que dicen repetidamente, en voz alta y con rabia, los alar-

mistas de la distribución de la renta en la política, los medios de comunicación y el mundo académico.

Un estudio estadístico posterior, realizado en Canadá entre 1990 y 2009, mostró un patrón muy similar. Durante esas dos décadas, el 87 por ciento de las personas que se encontraban inicialmente en el quintil inferior ascendieron a un quintil superior. Los ingresos de quienes se encontraban en principio en el quintil inferior aumentaron a un ritmo más rápido y en mayor cuantía absoluta que los ingresos de quienes se encontraban inicialmente en el quintil superior. [54]

Puede dar la impresión de que estos tres estudios, con resultados tan similares, no pueden ser ciertos si los otros estudios más citados, como los de la Oficina del Censo de Estados Unidos y otras fuentes, también lo eran. Sin embargo, los dos grupos de estudios medían cosas muy distintas.

El estudio de la Universidad de Míchigan, el del Departamento del Tesoro y el canadiense eran investigaciones que seguían a los mismos individuos a lo largo de varios años. En cambio, los estudios más citados, como los de la Oficina del Censo de Estados Unidos y otras fuentes que utilizan un enfoque similar al de la Oficina del Censo, difieren fundamentalmente en al menos dos aspectos.

Los datos publicados por el censo de 2020 y la Oficina de Estadísticas Laborales, por ejemplo, se basan en categorías estadísticas que incluyen a varios individuos, como familias, hogares o «unidades de consumo». Pero, al igual que las distintas familias contienen un número diferente de miembros, lo mismo ocurre con estas otras categorías estadísticas.

Cuando estas categorías de perceptores de ingresos se dividen en quintiles, estos quintiles pueden contener el mismo número de categorías, pero no el mismo número de personas, ni siquiera de manera aproximada.

Diferentes números de personas

Según la Oficina de Estadísticas Laborales, en 2019 había 42.187.200 personas en el quintil inferior de perceptores de ingresos. Ese mismo año, las estadísticas de la Oficina indicaban que el quintil superior estaba compuesto por 84.915.200 personas, es decir, poco más del doble de personas que el quintil inferior. [55] Las comparaciones de los ingresos recibidos por las personas en los quintiles superior e inferior, por tanto, conllevan una exageración intrínseca de las disparidades de ingresos entre individuos, ya que el doble de individuos tendría el doble de ingresos, incluso aunque cada individuo dentro de ambas categorías tuviera los mismos ingresos.

Cuando las familias monoparentales son más frecuentes entre las personas con una renta baja que entre las de renta alta, no es de extrañar que haya menos personas en el quintil inferior que en el superior. No sólo es probable que haya menos personas que perciban menos ingresos, sobre todo en términos de cuánto dinero ganan en contraposición con el dinero que reciben de fuentes como la asistencia social o el subsidio de desempleo. Los datos de la Oficina de Estadísticas Laborales muestran que había cinco veces más personas con ingresos en el quintil superior que en el inferior. [56]

Quienes sacan conclusiones alarmantes de los datos del Censo y fuentes similares razonan como si estuvieran discutiendo lo que le ocurre a un conjunto determinado de seres humanos, cuando en realidad están discutiendo el destino del «quintil superior», «el 10 por ciento superior», «el 1 por ciento superior» o alguna otra categoría estadística. Se trata de categorías que incluyen un número variable de individuos en diferentes quintiles, así como una rotación continua de individuos en cada uno de estos quintiles de una década a la siguiente.

¿Qué implicaciones tiene todo esto?

Si, por ejemplo, se produjera una redistribución completa de los ingresos de manera que cada perceptor de ingresos registrado en el censo de 2020 recibiera exactamente los mismos ingresos que otros perceptores en un año posterior, eso resultaría en una disparidad cero en los ingresos individuales. Sin embargo, si los nuevos datos de ingresos se organizaran y mostraran en las mismas categorías separadas que antes, comparando los mismos conjuntos de individuos que habían estado previamente en los distintos quintiles en el censo de 2020, los datos mostrarían que las personas que antes estaban en el quintil superior tendrían ahora algo más del doble de los ingresos que las personas que estaban antes en el quintil inferior.

En otras palabras, ¡una igualdad total de ingresos se reflejaría estadísticamente como una disparidad de ingresos mayor que la que existe actualmente entre mujeres y hombres o entre estadounidenses blancos y negros!

Crecimiento de ingresos estancado

También existe un largo historial de afirmaciones alarmistas sobre el supuesto «estancamiento» del crecimiento de los ingresos de los estadounidenses en su conjunto. Por ejemplo, la renta real promedio —es decir, el ingreso ajustado por la inflación— de los hogares estadounidenses sólo aumentó un 6 por ciento en un período de más de veinticinco años, de 1969 a 1996, pero la renta real promedio por persona aumentó un 51 por ciento durante ese mismo período.[57] ¿Cómo pueden ser ciertas ambas estadísticas? Se debe a que el número medio de personas por hogar disminuyó durante ese período. De hecho, la Oficina del Censo declaró, ya en 1966, que el número medio de personas por hogar estaba en declive.[58]

Los críticos preocupados por los ingresos han seleccionado qué estadísticas utilizar. Un periodista de *The New York Times* dijo: «Los ingresos de la mayoría de los hogares estadounidenses no han ganado terreno a la inflación desde 1973».[59] Un redactor de *The Washington Post* afirmó: «Los ingresos de la mayoría de los hogares estadounidense se han mantenido estancados durante las últimas tres décadas».[60] El responsable de un laboratorio de ideas de Washington fue citado en el *Christian Science Monitor* diciendo: «La economía crece, pero no eleva el nivel de vida medio».[61]

A veces, tales conclusiones pueden surgir por una falta de comprensión estadística. Sin embargo, hay veces que la falta de consistencia en los patrones de citación de datos puede sugerir un sesgo. Tom Wicker, veterano columnista de *The*

New York Times, por ejemplo, recurrió a las estadísticas de renta per cápita para describir el éxito de las políticas económicas de la administración de Lyndon Johnson, pero optó por las estadísticas de renta familiar al describir el fracaso de las políticas de Ronald Regan y George H. W. Bush. [62]

No existe una razón intrínseca por la que no se pueda presentar y analizar la distribución de ingresos de los individuos, especialmente cuando los ingresos suelen pagarse a los individuos en lugar de a familias, hogares o «unidades de consumo». En cambio, los críticos preocupados por la distribución de ingresos rara vez, o nunca, citan estadísticas de ingresos que comparen a los mismos individuos a lo largo del tiempo. Como hemos visto, dichas estadísticas arrojan resultados radicalmente diferentes a las conclusiones de quienes se alarman por la distribución de ingresos.

Rotación en los tramos de ingresos

La tasa de rotación de los individuos es especialmente elevada en los segmentos de ingresos más elevados. Lo que Paul Krugman, profesor de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, ha denominado «el círculo encantado del 1 por ciento», [63] parece tener un encanto efímero, ya que la mayoría de las personas que formaban parte de ese círculo en 1996 ya no estaban en 2005. [64] Ni las personas de ingresos altos ni las de ingresos bajos son como piezas inmóviles en un tablero de ajedrez.

La tasa de rotación es incluso más extrema entre los «400 principales» receptores de ingresos que entre el «1 por ciento superior». Los datos del impuesto sobre la renta del Servicio de Impuestos Internos mostraron que, durante los años comprendidos entre 1992 y 2014, hubo un total de 4.854 personas en la categoría de los «400 principales» receptores de ingresos. De éstos, sólo 3.262 se situaron en ese tramo un año de esos 23, [65] lo que equivale a una sola generación.

Cuando los ingresos percibidos por miles de personas a lo largo de varios años se presentan estadísticamente como si fueran los ingresos de cientos de personas, se exagera diez veces la disparidad de ingresos. Si, como a veces se afirma, los «ricos» han «manipulado el sistema», resulta sorprendente que lo hayan hecho para que el 71 por ciento de ellos no repitiera su único año en ese nivel de ingresos elevados durante los veintitrés años que abarcan los datos del Servicio de Impuestos Internos.

Los «ricos» y los «pobres»

Emplear de forma poco rigurosa las palabras en muchos debates sobre las diferencias de ingresos implica llamar «ricos» a las personas en el quintil superior de ingresos y «pobres» a las del quintil inferior. Pero, en los datos del censo de 2020, el quintil superior comienza con un ingreso familiar de 141.111 dólares. [66] Esto representa unos ingresos muy buenos para un individuo y quizá algo menos impresionantes para una pareja que gana algo menos de 75.000 dólares al año cada uno, sobre todo si esas personas han llegado a ese

nivel de ingresos desde niveles más modestos a lo largo de los años. No obstante, en ninguno de estos casos se consideraría a estas personas «ricas» ni capaces de permitirse el estilo de vida de los auténticos adinerados, con sus propias mansiones, yates o aviones privados.

Los «pobres» son a menudo etiquetados de manera tan engañosa como los «ricos». En el estudio de la Universidad de Míchigan, en el que el 95 por ciento de las personas que se encontraban inicialmente en el quintil inferior salieron de ese quintil durante los años abarcados en el estudio, sólo quedó un 5 por ciento rezagado durante esos años. Dado que el 5 por ciento de ese 20 por ciento que se encontraba inicialmente en el quintil inferior representaba sólo el 1 por ciento de la población de la muestra, sólo este 1 por ciento, que permaneció en el quintil inferior durante todo el estudio, reunía los requisitos para ser etiquetado como «pobre» durante todos esos años. Contrariamente a la afirmación del profesor Stiglitz de que los ingresos del 99 por ciento estaban «estancados», [67] son los ingresos de este 1 por ciento de bajos ingresos los que lo estaban.

¿Hasta qué nivel son pobres los «pobres»? ¿En comparación con qué? Cada uno de nosotros puede concebir la pobreza de distintas maneras, tal vez pensando en épocas y lugares en los que la pobreza ha significado hambre, viviendas precarias, harapos y otras aflicciones por el estilo. Pero las estadísticas de pobreza las definen los estadísticos gubernamentales que recopilan y publican los datos oficiales. En estos datos, la «pobreza» oficial significa lo que estos estadísticos decidan que significa. Ni más ni menos.

En 2001, el 75 por ciento de los estadounidenses oficialmente «pobres» tenían aire acondicionado, cosa que sólo tenía un tercio de la población estadounidense justo una generación antes, en 1971. El 97 por ciento de las personas oficialmente pobres en 2001 tenían televisión en color, aparato que menos de la mitad de los estadounidenses tenía en 1971. El 73 por ciento poseía un horno microondas, artículo que menos del 1 por ciento de los estadounidenses tenía en 1971, y el 98 por ciento de los «pobres» en 2001 tenía una cámara de vídeo o un reproductor de DVD, equipos que nadie tenía en 1971. [68]

En cuanto al hacinamiento, el estadounidense medio oficialmente clasificado como «pobre» tenía más espacio por persona que el ciudadano europeo medio, no sólo en comparación con el europeo medio en situación de pobreza, sino con el europeo medio, y punto. [69]

Nada de esto implica que los estadounidenses que viven en la pobreza no tengan problemas. Hoy en día, las víctimas de la delincuencia y la violencia suelen tener problemas más graves e incluso urgentes que en el pasado, cuando su nivel de vida material no era tan alto. Pero ése es un problema importante que merece atención desde hace mucho tiempo, más que un supuesto problema de «estancamiento» de los ingresos.

Los términos *rico* y *pobre* son engañosos en otro sentido más fundamental. Estos términos se aplican al patrimonio o riqueza de las personas, no a sus flujos de ingresos. Los impuestos sobre la renta no gravan la riqueza. Ni siquiera gra-

var el cien por cien de los ingresos de un milmillonario impediría que siguiera siéndolo, aunque sí podría impedir que otros se conviertan en milmillonarios. Elogiar a algunos milmillonarios que respaldan públicamente un aumento de los impuestos sobre la renta puede ser exagerado.

Implicaciones para la «justicia social»

Los intentos de categorizar verbalmente a las personas que actualmente se encuentran en distintos tramos de ingresos en clases sociales diferentes pasan por alto la rotación, especialmente en los tramos de ingresos elevados, donde muchas personas son transitorias y experimentan un pico de ingresos en un año determinado. Es de suponer que lo que nos preocupa es el bienestar de los seres humanos, de la gente de carne y hueso, y no las disparidades entre categorías estadísticas que contienen números muy diferentes de personas y combinaciones siempre cambiantes de individuos.

¿Qué importancia tiene el hecho de que la proporción de los ingresos destinados a las personas del quintil superior haya ido en aumento? Para los partidarios de la redistribución de los ingresos, podría sugerir que un determinado grupo de personas estaba recibiendo —o «acaparando»— una parte mayor de la renta total de la sociedad. Pero, aunque esta conclusión podría haber sido válida si las personas en los diferentes tramos de ingresos hubieran sido residentes permanentes en esos niveles, no era el caso cuando se trataba de personas en tránsito.

Puesto que más de la mitad de los adultos estadounidenses alcanza el quintil superior (e incluso el decil superior) en ingresos familiares en algún momento de su vida, [70] el aumento de la recompensa que aguarda a los que alcanzan ese nivel con el tiempo significa que ahora hay un mayor incentivo para ascender a la cima. Este resultado es coherente con el hecho de que la edad a la que se alcanzan los ingresos máximos ha aumentado con el tiempo, pues ha pasado de los 35-44 años a los 45-54 años. [71] Esto, a su vez, es coherente con el hecho de que el desarrollo tecnológico ha incrementado el valor del conocimiento en relación con la vitalidad física de la juventud. Dado que todo el mundo envejece, este resultado no concentra automáticamente los ingresos elevados en determinadas clases sociales.

Las estadísticas pueden ser muy valiosas para contrastar nuestras creencias con pruebas empíricas. Sin embargo, hay que prestar mucha atención tanto a los datos concretos como a las palabras que los acompañan. Como señaló el economista Alan Reynolds, del Cato Institute:

> Medir el crecimiento o la desigualdad de los ingresos se asemeja al patinaje artístico olímpico: está lleno de saltos y giros peligrosos y no es tan sencillo como parece. Sin embargo, el crecimiento y la desigualdad de los ingresos son cuestiones que parecen incentivar a muchas personas para formarse una opinión muy sólida basada en estadísticas muy débiles. [72]

4

Falacias del conocimiento

En muchas cuestiones sociales, la decisión más importante es *quién toma la decisión*. Tanto los defensores de la justicia social como sus detractores podrían estar de acuerdo con que quienes tienen más conocimientos pertinentes son los que mejor toman muchas de las decisiones sociales trascendentales. En cambio, tienen una suposición radicalmente distinta sobre quién tiene, de hecho, más conocimientos.

Esto se debe en parte a que tienen una concepción radicalmente diferente de lo que se define como conocimiento. Estas diferencias de opinión sobre lo que constituye conocimiento se remontan a siglos atrás. [1]

Visiones opuestas del conocimiento

La perspectiva de los intelectuales sobre el conocimiento se satirizó en un verso sobre el erudito británico del siglo XIX Benjamin Jowett, maestro del Balliol College de la Universidad de Oxford:

> *Mi nombre es Benjamin Jowett.*
> *Si se trata de conocimiento, lo sé.*
> *Soy el maestro de este colegio.*

Lo que no sé no es conocimiento.

Mucha gente no considera que toda la información merezca llamarse conocimiento, o no consideraría que el poseedor de algún tipo de información sabe tanto como el poseedor de otro tipo de información. Un carpintero puede saber construir una valla y un físico puede saberse la teoría de la relatividad. Aunque ninguno de los dos sepa lo mismo que el otro, mucha gente consideraría que el físico está más informado porque su conocimiento requiere más estudio o un intelecto capaz de dominar información más compleja.

Sin embargo, el conocimiento no sigue una jerarquía sencilla, con el tipo de conocimiento especial que se enseña en las escuelas y universidades en la cima y el conocimiento más prosaico en la base. Algunos conocimientos —de cualquier categoría— son más relevantes que otros, y eso varía en función de las circunstancias específicas y del tipo de decisiones que haya que tomar, no en función de la complejidad o elegancia del conocimiento en sí.

El conocimiento relevante

Como ejemplo de conocimiento relevante, es decir, el conocimiento que afecta a decisiones con consecuencias significativas en la vida de las personas, los oficiales a cargo del *Titanic* tenían sin duda muchos conocimientos complejos sobre los entresijos de los barcos y la navegación en el mar. Pero el conocimiento más relevante en una noche concreta era el conocimiento concreto de la ubicación de determinados

icebergs, porque la colisión con un iceberg fue lo que dañó y hundió el *Titanic*.

Aunque haya quien ha llamado conocimiento tanto a la información corriente como a los tipos especiales de información, no son comparables, sino muy distintos. Además, el conocimiento supuestamente superior no engloba automáticamente el conocimiento más prosaico. Cada uno de ellos puede ser relevante en determinadas circunstancias. Esto significa que la distribución del conocimiento relevante en una sociedad dada puede ser muy diferente, dependiendo del tipo de conocimiento de que se trate.

Otro ejemplo del papel del conocimiento prosaico pero relevante es que, cuando las personas emigran de un país a otro, rara vez lo hacen al azar desde todas las partes del país que dejan o se establecen al azar en todas las partes del país al que van. Diversos tipos de conocimiento práctico —información que no se enseña en la escuela o en la universidad— puede desempeñar un papel importante en las decisiones migratorias de millones de seres humanos.

En la España de mediados del siglo XIX, dos provincias que representaban tan sólo el 6 por ciento de la población contribuyeron con un 67 por ciento de los inmigrantes españoles que se establecieron en Argentina. Cuando estos inmigrantes llegaron a Argentina, se concentraron en barrios específicos de Buenos Aires. [2] Del mismo modo, durante el último cuarto del siglo XIX, casi el 90 por ciento de los inmigrantes italianos que llegaron a Australia procedían de una zona de Italia que representaba sólo el 10 por ciento de la población total

del país. [3] Sin embargo, a lo largo de los años, la inmigración desde estas regiones aisladas de Italia hacia Australia siguió siendo considerable. En 1939, el número de personas de algunos pueblos italianos que vivían en Australia superaba a la población que se quedaba en esos mismos pueblos en Italia. [4]

En general, los inmigrantes tienden a dirigirse a lugares muy concretos del país de destino, donde ya se han asentado personas de su misma nacionalidad a las que conocen personalmente y en las que confían. Esas personas pueden proporcionar a los recién llegados información muy específica sobre esos lugares concretos. Se trata de información sobre aspectos fundamentales como dónde conseguir trabajo, cómo encontrar un lugar asequible para vivir y otros aspectos cotidianos pero significativos en un país nuevo, con gente extraña y mucha incertidumbre sobre el modo de vida en una sociedad que les resulta novedosa.

Los habitantes de las regiones de España o de Italia en las que este tipo de conocimiento estaba al alcance de la gente presentaban tasas altas de inmigración, mientras que a muchas otras zonas de esos mismos países que carecían de esas conexiones personales emigraban muy pocas personas. Contrariamente a las suposiciones implícitas de un comportamiento aleatorio por parte de algunos teóricos sociales, la gente no emigraba aleatoriamente de España en general a Argentina en general ni de Italia en general a Australia en general.

Lo mismo ocurrió con los alemanes que emigraron a Estados Unidos. Según un estudio, algunos pueblos «práctica-

mente se trasplantaron de Alemania a las zonas rurales de Misuri». [5] Entre los inmigrantes alemanes que se establecieron en zonas urbanas de Estados Unidos se observaba un patrón similar. Fráncfort (Kentucky) fue fundada por alemanes de Fráncfort (Alemania), y Gran Island (Nebraska) por alemanes de Schleswig-Holstein. [6] En el caso de los emigrantes chinos que llegaron a Estados Unidos más de medio siglo antes de la Primera Guerra Mundial, el 60 por ciento procedía de Toishan, uno de los 98 condados de una provincia del sur de China. [7]

Estos patrones han sido la regla, no la excepción, entre otros inmigrantes a otros países, incluidos los libaneses que se asentaron en Colombia [8] y los judíos del este de Europa que se asentaron en determinadas zonas del barrio de chabolas del Lower East Side de Nueva York. [9]

Estos patrones de vínculos muy específicos con lugares igualmente específicos, basados en un conocimiento mundano pero relevante de personas concretas en esos lugares, se extendieron a la vida social de los inmigrantes tras su llegada y asentamiento. La mayoría de los matrimonios que se celebraban en los barrios irlandeses de Nueva York en el siglo XIX eran entre personas del mismo condado de Irlanda. [10] Una historia similar se repetía en la ciudad australiana de Griffith. Entre 1920 y 1933, el 90 por ciento de los hombres italianos que habían emigrado desde Venecia y contraído matrimonio en Australia se habían casado con mujeres italianas que también habían emigrado desde Venecia. [11] La gente se organiza basándose en información muy específica.

Estos patrones se han observado tan ampliamente que se les ha dado un nombre, «migración en cadena», por la cadena de conexiones personas que implican. Se trata de conocimiento relevante valorado por sus aplicaciones prácticas, más que por su desafío intelectual o su elegancia. Es un tipo de conocimiento muy específico sobre personas y lugares muy concretos. Es poco probable que lo conozcan los responsables de tomar decisiones, como los planificadores económicos centralizados o los expertos en política, que pueden tener muchos más conocimientos de los que se enseñan en las escuelas y universidades. Pero, por mucho que este último tipo de conocimiento se considere superior, no necesariamente abarca, y mucho menos reemplaza, al que se considera inferior.

La cantidad de conocimiento que hay en una sociedad dada, y cómo se distribuye, depende crucialmente de cómo se concibe y define el conocimiento. Cuando un defensor de la justicia social como el profesor John Rawls, de Harvard, se refería a cómo la «sociedad» debería «organizar» ciertos resultados, [12] estaba claramente haciendo referencia a las decisiones colectivas que suele tomar un gobierno, utilizando el conocimiento disponible para los decisores sustitutos, más que al tipo de conocimiento conocido y utilizado por individuos de la población en general al tomar sus propias decisiones sobre su propia vida. Como decía un viejo dicho: «Un tonto sabe ponerse su abrigo mejor que si un sabio lo hace por él». [13]

Cualquiera que sea la conveniencia de los objetivos perseguidos por los defensores de la justicia social, la viabilidad de

alcanzar esos objetivos a través de sustitutos que se encargan de tomar decisiones depende de cómo se distribuye el conocimiento relevante y significativo.

También depende de la naturaleza, el propósito y la fiabilidad del proceso político a través del cual actúan los gobiernos. La historia de muchas cruzadas fervientes del siglo XX en pos de objetivos idealistas es un doloroso testimonio de la frecuencia con que la concesión de amplios poderes a los gobiernos, en la consecución de esos objetivos, hizo surgir, en cambio, dictaduras totalitarias. El amargo tema de «la Revolución traicionada» se remonta, al menos, a la Revolución francesa del siglo XVIII.

En el polo opuesto a la posición atribuida a Benjamin Jowett, el economista del siglo XX F. A. Hayek, ganador del Premio Nobel, sostenía una concepción del conocimiento que abarcaba tanto la información del carpintero como la del físico y que iba mucho más allá de ambas. Eso lo situó en oposición directa a varios sistemas de toma de decisiones sustitutivos del siglo XX, incluyendo la perspectiva de la justicia social.

Para Hayek, el conocimiento relevante incluía no sólo la información articulada, sino también la no articulada, que se manifiesta en respuestas conductuales a realidades conocidas. Los ejemplos podrían incluir algo tan simple y significativo como abrigar a un niño antes de sacarlo a la calle cuando hace frío o apartar el coche al oír la sirena de un vehículo de emergencia que quiere pasar. Como dijo Hayek:

> En este sentido, no todo el conocimiento forma parte de nuestro intelecto ni nuestro intelecto es la totalidad de nuestro conocimiento. Nuestros hábitos

> y habilidades, nuestras actitudes emocionales, nuestras herramientas y nuestras instituciones, todos son, en este sentido, adaptaciones a experiencias pasadas que han crecido a base de eliminar de forma selectiva conductas menos adecuadas. Son una base tan indispensable para actuar con éxito como lo es nuestro conocimiento consciente. [14]

Esta amplia definición del conocimiento cambia radicalmente la forma de ver la distribución del conocimiento. El conocimiento relevante, tal como lo concibe Hayek, está mucho más extendido entre la población en general, a menudo en fragmentos individualmente poco impresionantes que tendrán que ser coordinados por las interacciones individuales entre las personas, con el fin de lograr acuerdos mutuos, como ocurre en las transacciones económicas de mercado, por ejemplo.

Otro economista, Leonard Read, señaló que ningún individuo posee todos los conocimientos que se requieren para fabricar cada uno de los componentes de un objeto tan sencillo y barato como un lápiz de mina. Las transacciones de mercado reúnen —de diferentes partes del mundo— el grafito utilizado para escribir, la goma para el borrador, la madera en la que se incrustan estos elementos y la banda metálica que sujeta la goma de borrar.

Es probable que ningún individuo sepa cómo producir todas estas cosas tan diferentes, que a menudo provienen de lugares muy distintos y emplean tecnologías muy variadas. Los lápices baratos se producen a través de cadenas de información y cooperación mediante transacciones de mercado basadas en conocimientos condensados pero trascendentales que se transmiten en forma de precios. Estos precios, a su vez, se basan en la competencia entre diversos fabricantes de

cada componente. Un productor ensambla todos estos componentes del lápiz y lo ofrece a un precio que los consumidores están dispuestos a pagar.

Las implicaciones de todo esto para la visión de justicia social dependen no sólo de lo deseables que sean los objetivos de esa visión, sino también de si es viable utilizar determinados tipos de instituciones como medio para perseguir esos objetivos. No basta con decir, como dijo el profesor Rawls, que la «sociedad» debería «arreglárselas» para alcanzar resultados específicos… [15] de alguna manera. La elección de los mecanismos institucionales es importante, no sólo desde el punto de vista de la eficiencia económica, sino aún más para preservar la libertad de millones de personas para tomar sus propias decisiones sobre su propia vida como mejor les parezca, en lugar de permitir que los sustitutos anticipen sus decisiones en nombre de palabras que parecen nobles como *justicia social*.

La conveniente vaguedad de referirse a la «sociedad» como la entidad encargada de tomar decisiones para «configurar» los resultados —como la visión de Rawls de la justicia social— [16] fue precedida por las referencias igualmente vagas del filósofo de la era progresista John Dewey al «contrato social» para sustituir las decisiones «caóticas» y estrechamente «individualistas» en las economías de mercado. [17] Ya en el siglo XVIII existía la vaga «voluntad general» de Rousseau, que tomaba decisiones en aras del «bien común». [18]

Que existan concepciones muy diferentes de los procesos de toma de decisiones refleja que existen creencias muy dife-

rentes sobre la distribución del conocimiento significativo. Es comprensible que las personas con una concepción muy distinta del conocimiento y su distribución lleguen a conclusiones muy diferentes sobre el tipo de institución que genera resultados más o menos favorables para los seres humanos.

Visiones opuestas

Aunque F. A. Hayek fue una figura emblemática en el desarrollo de la comprensión del papel crucial de la distribución del conocimiento a la hora de determinar qué tipo de políticas e instituciones tenían probabilidades de producir qué tipo de resultados, hubo otros antes que él cuyos análisis tenían implicaciones similares, y otros después de él, como Milton Friedman, que aplicaron el análisis de Hayek en su propio trabajo.

Una visión opuesta del conocimiento y su distribución ha tenido una larga historia que respalda conclusiones contrarias: a saber, que el conocimiento relevante se concentra en las personas intelectualmente más avanzadas. La cuestión de lo que constituye el conocimiento se abordó en un tratado de dos volúmenes de 1793 titulado *Enquiry Concerning Political Justicy [Investigación sobre la justicia política]*, de William Godwin. [19]

La concepción del conocimiento de Godwin era muy parecida a la que prevalece en los escritos actuales sobre justicia social. De hecho, la palabra *política* del título de su libro se empleaba con el significado común de aquella época, referido

a la estructura política o gubernamental de una sociedad. Se utilizaba con un sentido similar en ese tiempo en la expresión *política económica*, es decir, lo que hoy llamamos «economía», que se refería al análisis económico de una sociedad o un sistema político, a diferencia del análisis económico de las decisiones tomadas en un hogar, una empresa u otra institución individual perteneciente a una sociedad o un sistema político.

Según Godwin, la razón explícitamente articulada constituía la fuente del conocimiento y el entendimiento. De este modo, «las visiones justas de la sociedad» presentes en la mente de «los miembros liberalmente educados y reflexivos» de la sociedad les permitirían ser «guías e instructores del pueblo». [20] En este contexto, la suposición de un conocimiento y comprensión superiores no conducía a otorgar a una élite intelectual el papel de sustituto responsable de tomar decisiones como parte de un gobierno, sino como personas influyentes en el público, que a su vez debían ejercer influencia sobre el gobierno.

Un papel similar para la élite intelectual apareció más tarde, en los escritos del siglo XIX de John Stuart Mill. Aunque Mill sostenía que la población en general tenía más conocimiento que el gobierno, [21] también creía que la población necesitaba la orientación de los intelectuales de élite. Como dijo en su obra *Sobre la libertad*, la democracia puede superar a la mediocridad sólo cuando «la mayoría soberana se ha dejado guiar (cosa que siempre ha hecho en sus mejores tiempos) por los consejos e influencia de uno o unos pocos más dotados e instruidos». [22]

Mill describió a estas élites intelectuales, «los mejores y más sabios», [23] las «mentes pensantes», [24] «los intelectos más cultivados del país», [25] «los que están por delante de la sociedad en pensamiento y sentimiento», [26] como «la sal de la tierra; sin ellos, la vida humana se convertiría en un charco estancado». [27] Instó a las universidades a «enviar a la sociedad una sucesión de mentes, no criaturas de su época, sino capaces de mejorarla y regenerarla». [28]

Irónicamente, esta presunta indispensable presencia de los intelectuales para el progreso humano se planteó en un momento y un lugar —la Gran Bretaña del siglo XIX— en los que se estaba llevando a cabo una revolución industrial que cambiaría por completo el patrón de vida de muchas naciones del mundo entero, incluso en vida de Mill. Además, esta revolución industrial estaba liderada por personas con experiencia práctica en la industria, más que por una educación intelectual o científica. Incluso en Estados Unidos, figuras revolucionarias de la industria como Thomas Edison y Henry Ford tenían escasa educación formal, [29] y el primer avión que despegó del suelo con un ser humano a bordo fue inventado por dos mecánicos de bicicletas, los hermanos Wright, que nunca terminaron los estudios de secundaria. [30]

Sin embargo, la visión de John Stuart Mill sobre el papel indispensable de los intelectuales en el progreso humano la han compartido muchos pensadores a lo largo de los siglos. Entre ellos ha habido intelectuales que han liderado campañas por una mayor igualdad económica, basadas, irónicamente, en supuestos de su propia superioridad. En el siglo XVIII, Rousseau dijo que consideraba que «lo mejor y más na-

tural es que los más sabios gobiernen a la multitud».[31] Variaciones sobre este tema han marcado movimientos contra la desigualdad económica tales como el marxismo, el socialismo fabiano, el progresismo y el activismo social.

Rousseau, a pesar de enfatizar en que la sociedad debía guiarse por «la voluntad general», dejó la interpretación de esa voluntad en manos de las élites. Comparó a las masas populares con «un inválido estúpido y pusilánime».[32] Otros miembros de la izquierda del siglo XVIII, como William Godwin y el marqués de Condorcet, expresaron un desprecio similar por las masas.[33] En el siglo XIX, Karl Marx dijo: «La clase obrera es revolucionaria o no es nada».[34] En otras palabras, millones de seres humanos sólo importaban si cumplían con la visión marxista.

El pionero socialista fabiano George Bernard Shaw consideraba a la clase obrera como gente «detestable» que «no tiene derecho a vivir». Y añadió: «Desesperaría si no supiera que todos ellos morirán pronto y que no hay necesidad en la Tierra de que sean sustituidos por gente como ellos».[35]

En nuestros tiempos, el destacado jurista Ronald Dworkin, profesor de la Universidad de Oxford, declaró que «una sociedad más igualitaria es una sociedad mejor, aunque sus ciudadanos prefieran la desigualdad».[36] De manera similar, la pionera feminista francesa Simone de Beauvoir dijo: «Ninguna mujer debería estar autorizada a quedarse en casa para criar a sus hijos. La sociedad debería ser completamente diferente. Las mujeres no deberían tener esa opción, precisamente porque si existe esa opción, demasiadas mujeres la elegi-

rán». [37] En una línea similar, el activista de los derechos del consumidor Ralph Nader dijo que «el consumidor debe ser protegido a veces de su propia indiscreción y vanidad». [38]

Ya hemos visto cómo actitudes similares llevaron a los deterministas genéticos de principios del siglo XX a abogar con ligereza por encarcelar a personas que no habían cometido delito alguno y negarles una vida normal, basándose en creencias infundadas que estaban de moda en los círculos intelectuales de la época.

Dada la concepción del conocimiento prevalente entre muchos intelectuales de élite y la distribución de dicho conocimiento implícita en esa concepción, no es de extrañar que lleguen a las conclusiones que llegan. De hecho, suponer lo contrario, es decir, que los propios logros y competencias se circunscriben a un margen estrecho dentro del vasto espectro de preocupaciones humanas, podría ser un gran impedimento para promover cruzadas que anticipan las decisiones de los demás, que supuestamente serían los beneficiarios de tales cruzadas en la búsqueda de la justicia social.

F. A. Hayek consideraba las suposiciones de los intelectuales cruzados como *La fatal arrogancia*, título de su libro sobre el tema. Aunque fuera una figura destacada en oposición a la presunta superioridad de los intelectuales como guías o sustitutos de otras personas que se encargan de tomar decisiones, no fue el único que se opuso a la idea de una presunta concentración del conocimiento trascendental en las élites intelectuales.

El profesor Milton Friedman, otro economista galardonado con el Premio Nobel, señaló cómo ese honor puede llevar a suposiciones de omnicompetencia, tanto por parte del público como del galardonado:

> Es un homenaje a la reputación mundial de los premios Nobel que anunciar un galardón convierta instantáneamente a su destinatario en un experto en todo... Huelga decir que la atención es halagadora, pero también corruptora. [39]

Otro laureado con el Nobel, el profesor George J. Stigler, también observó: «Si existiera una colección completa de declaraciones públicas firmadas por galardonados cuyo trabajo no les ha dado ni siquiera un conocimiento profesional del problema abordado en la declaración, dicha colección sería muy amplia y algo deprimente». [40] Se refería a «los galardonados con el Nobel que emiten un ultimátum severo al público casi todos los meses, y a veces sin ninguna otra base». [41]

La presunción de omnicompetencia no se ha limitado en absoluto a los premios Nobel. El profesor Friedman descubrió que tales creencias son comunes entre personas e instituciones prominentes que promueven las cruzadas sociales que actualmente están en boga:

> Hablé y discutí con grupos del mundo académico, de los medios de comunicación, de la comunidad financiera, del mundo de las fundaciones, de cualquier cosa. Me horrorizó lo que encontré. Había un grado increíble de homogeneidad intelectual, de aceptación de un conjunto estándar de opiniones con una respuesta cliché para cada objeción, de autocomplacencia arrogante por pertenecer a un grupo cerrado. [42]

No es habitual que lo que dicen los críticos de algunas personas se parezca tanto a lo que esas personas dicen de sí mismas —en este caso, cómo las élites intelectuales se sienten tan superiores a los demás—. Este patrón se remonta al menos al siglo XVIII y es coherente con lo que John Maynard Ke-

ynes dijo en el siglo XX sobre el círculo intelectual al que había pertenecido:

> Repudiamos por completo la responsabilidad personal de obedecer las reglas generales. Reclamamos el derecho a juzgar cada caso individual por sus méritos, y la sabiduría, experiencia y el autocontrol para hacerlo con éxito... Ante el cielo, afirmamos ser nuestro propio juez en nuestro propio caso. [43]

Aunque, en sus últimos años, Keynes reconoció algunos de los problemas de ese planteamiento, aun así dijo: «Sin embargo, por lo que a mí respecta, es demasiado tarde para cambiar». [44] Un biógrafo de Keynes, un economista contemporáneo suyo, señaló otro aspecto del carácter de Keynes que durante mucho tiempo ha sido característico de algunas otras élites intelectuales:

> Se explayaba sobre una gran variedad de temas y en algunos era completamente experto, pero en otros podría haber extraído sus opiniones de las pocas páginas de un libro que había ojeado por casualidad. El aire de autoridad era el mismo en ambos casos. [45]

Las diferencias en las suposiciones sobre la distribución del conocimiento significativo son algo más que curiosidades sociales fortuitas. Las personas que persiguen un objetivo similar pueden llegar a conclusiones radicalmente diferentes sobre la manera de alcanzarlo cuando tienen creencias radicalmente distintas sobre la naturaleza y distribución del conocimiento relevante necesario. En algunos casos, los propios objetivos pueden parecer posibles o imposibles, según el tipo de distribución de conocimiento que se necesitaría para alcanzarlos.

Hechos y mitos

Las políticas basadas en la visión de la justicia social tienden a asumir no sólo una concentración del conocimiento trascendental en las élites intelectuales, sino también una concentración de las causas de las disparidades socioeconómicas en otras personas, como los responsables de una empresa, de una institución educativa y otras. En consecuencia, la agenda de la justicia social tiende a centrarse en corregir los defectos institucionales y sociales haciendo que el gobierno faculte a los sustitutos que toman decisiones a rescatar a las víctimas de diversas formas de maltrato, quitando esas decisiones de las manos de otras personas. Esto ha incluido no permitir que los propios supuestos afectados tomen decisiones y transferirlas a sustitutos de élite cuyo conocimiento supuestamente mayor podría proteger mejor sus intereses. Estas acciones preventivas de las decisiones ajenas por su propio bien han abarcado desde decisiones sobre el empleo y las finanzas personales hasta cuestiones relacionadas con la vivienda y los valores que deben enseñarles a sus hijos.

La defensa de estas acciones preventivas fue una característica destacada de la era progresista en Estados Unidos a principios del siglo xx y ha continuado hasta el presente.

Empleo

Walter E. Weyl fue uno de los primeros destacados progresistas que abogó por que las élites se apoderaran de las decisiones de los demás. Se graduó en la universidad a los diecinueve años, obtuvo un doctorado y desarrolló una ca-

rrera como académico y periodista. Pertenecía claramente a las élites intelectuales y dedicó su talento a luchar por una «democracia socializada» en la que los empleados estuvieran protegidos de las «grandes corporaciones interestatales», [46] entre otros peligros y restricciones. Por ejemplo:

> Una ley que prohíbe que una mujer trabaje por la noche en las fábricas textiles es una ley que aumenta su libertad en lugar de restringirla, simplemente porque le quita al empresario su antiguo derecho a obligarla por pura presión económica a trabajar de noche cuando ella preferiría hacerlo de día. [47]

Está claro que Walter E. Weyl consideraba que el empresario le arrebataba la libertad a esta mujer y que personas como él querían devolvérsela, aunque fuera el empresario quien le ofreciera una opción y un sustituto como Weyl quien quisiera quitársela. Para las élites intelectuales que ven el conocimiento relevante de la sociedad concentrado en gente como ellos, esto podría tener sentido, pero las personas que ven el conocimiento significativo ampliamente difundido entre la población en general podrían llegar a la conclusión opuesta, ya mencionada, de que «Un tonto sabe ponerse su abrigo mejor que si un sabio lo hace por él». O por ella.

Las leyes que establecen un salario mínimo son otro ejemplo de cómo las élites intelectuales y los defensores de la justicia social se encargan de tomar decisiones, anticipándose a las de los empresarios y a las de los trabajadores. Como se señala en el capítulo 3, la tasa de desempleo entre los jóvenes negros de dieciséis y diecisiete años era inferior al 10 por ciento en 1948, cuando la inflación había dejado sin efecto la ley del salario mínimo. Sin embargo, después de una serie de

aumentos del salario mínimo, a partir de 1950, que restablecieron la eficacia de la ley, la tasa de desempleo de los varones negros en este grupo de edad aumentó y nunca bajó del 20 por ciento durante más de tres décadas consecutivas, en los años comprendidos entre 1958 y 1994. [48]

Algunos de esos años, la tasa de desempleo superó el 40 por ciento. Además, durante esos años, las tasas de desempleo prácticamente idénticas para los jóvenes negros y blancos que existían cuando la ley del salario mínimo era inefectiva en 1948, ahora presentaban una brecha racial. La tasa de desempleo de los jóvenes negros duplicaba ahora a la de los jóvenes blancos. [49] En 2009 —irónicamente, el primer año de la Administración Obama—, la tasa de desempleo anual de los jóvenes negros en general era del 52 por ciento. [50]

En otras palabras, la mitad de los jóvenes negros que buscaban trabajo no lo encontraban porque quienes suplantaban a quienes toman las decisiones hicieron ilegal que trabajaran por un salario que los empresarios estaban dispuestos a pagar, pero que a los sustitutos no les gustaba. Al impedirles elegir, los jóvenes negros tenían la opción de trabajar sin remuneración en ocupaciones legales o ganar dinero con actividades ilegales, como vender drogas, una actividad con peligros tanto legales como por las bandas rivales. Pero incluso si los jóvenes negros desempleados se limitaran a vagar por las calles, ninguna comunidad de ninguna raza mejoraría con muchos varones jóvenes merodeando sin nada útil que hacer.

Ninguno de estos hechos ha impresionado lo más mínimo a muchas personas que defienden un salario mínimo más alto. Éste es otro ejemplo de las situaciones en las que los «amigos» y los «defensores» de los menos afortunados son inconscientes del daño que causan. Por ejemplo, Nicholas Kristof, columnista del *The New York Times*, describió a las personas que se oponen a las leyes por un salario mínimo como «hostiles» con respecto «al aumento del salario mínimo para mantenerlo al ritmo de la inflación» debido a su «mezquindad» o, «en el mejor de los casos, una falta de empatía hacia los que tienen dificultades». [51]

No hace falta que pensemos que las intenciones de Nicholas Kristof eran malas. Moralizar careciendo de hechos es un patrón común entre los defensores de la justicia social. Pero el problema fundamental es institucional, porque las leyes permiten que haya sustitutos que se anticipen a las decisiones de otras personas y no paguen un precio por equivocarse, por muy alto que sea el que paguen aquellos a quienes supuestamente están ayudando.

Cualquiera que esté interesado de verdad en los datos sobre los efectos de las leyes a favor del salario mínimo en el empleo puede encontrar dichos datos en innumerables ejemplos de países de todo el mundo y en diferentes períodos de la historia. [52] La mayoría de los modernos países desarrollados tienen una ley de salario mínimo, pero algunos no, por lo que su tasa de desempleo puede compararse con la de otros países.

Fue noticia en 2003 cuando la revista *The Economist* informó de que la tasa de desempleo de Suiza «se acercó en febrero a su nivel más alto en cinco años, el 3,9 por ciento». [53] Suiza no tenía una ley de salario mínimo. La ciudad-Estado de Singapur tampoco, y su tasa de desempleo no subió del 2,1 por ciento en 2013. [54] En 1991, Hong Kong todavía era una colonia británica, tampoco tenía una ley de salario mínimo, y su tasa de desempleo era inferior al 2 por ciento. [55] La última administración estadounidense sin una ley nacional de salario mínimo fue la de Coolidge, en la década de 1920. En los últimos cuatro años de mandato del presidente Coolidge, la tasa de desempleo anual osciló entre un máximo del 4,2 por ciento y un mínimo del 1,8 por ciento. [56]

Aunque algunos defensores de la justicia social pueden considerar las leyes de salario mínimo como una forma de ayudar a las personas con ingresos bajos, muchos grupos de presión en países de todo el mundo —quizá más experimentados e informados sobre sus propios intereses económicos— han abogado deliberadamente por una ley de salario mínimo con el propósito expreso de excluir del mercado laboral a personas de bajos ingresos. En algún momento, los grupos a los que se pretendía excluir incluyeron a los trabajadores inmigrantes japoneses en Canadá [57] y a los trabajadores africanos en Sudáfrica durante el *apartheid*, [58] entre otros. [59]

Préstamos de día de pago

Presunciones similares han conducido a muchas cruzadas locales por la justicia social a prohibir los llamados «présta-

mos de día de pago» en los barrios con ingresos bajos. Suelen ser préstamos a corto plazo de pequeñas cantidades de dinero; se cobran unos 15 dólares por cada cien dólares prestados durante unas pocas semanas. [60] Las personas que tienen pocos ingresos y han de afrontar alguna emergencia financiera inesperada suelen recurrir a este tipo de préstamo porque es poco probable que los bancos les concedan uno, y la cantidad que necesitan para hacer frente a esa emergencia debe devolverse antes de que venza su próximo pago, ya sea el sueldo de algún trabajo o un cheque de la asistencia social o alguna otra fuente.

Puede que un coche viejo se haya averiado y haya que repararlo enseguida si es la única manera de llegar al trabajo desde casa. O puede que un familiar haya enfermado de repente y necesite medicamentos caros de inmediato. En cualquier caso, los prestatarios necesitan un dinero que no tienen y lo necesitan ya. Pagar 15 dólares por pedir prestados 100 dólares hasta fin de mes puede ser una de las pocas opciones disponibles. Pero eso puede suponer una tasa de interés anual de varios cientos por ciento desde el punto de vista matemático, y los defensores de la justicia social lo consideran «explotación». En consecuencia, los préstamos de día de pago han sido denunciados desde las páginas editoriales de *The New York Times* [61] hasta muchos otros lugares de activismo por la justicia social. [62]

Siguiendo la lógica de quien denuncia que los tipos de interés de los préstamos de día de pago son de varios cientos por ciento sobre una base anual, alquilar una habitación de hotel por 100 dólares la noche supone pagar 36.500 dóla-

res de alquiler al año, lo que parece desorbitado por alquilar una habitación. Pero, por supuesto, es muy poco probable que la mayoría de la gente alquile una habitación de hotel durante un año a ese precio. Tampoco existe ninguna garantía para la dirección del hotel de que todas las habitaciones se alquilen todas las noches, aunque los empleados del hotel tienen que cobrar todos los meses, al margen de cuántas habitaciones se alquilen o no.

No obstante, basándose en razonamientos sobre las tasas de interés anuales, algunos estados han impuesto un tope a esas tasas y a menudo eso ha bastado para cerrar la mayoría de los negocios que conceden un préstamo de día de pago. Entre los demás fallos en el razonamiento de los cruzados por la justicia social está que los 15 dólares no son todo intereses tal como los definen los economistas. Esa suma cubre también el coste de tramitar el préstamo y los riesgos inevitables de pérdidas de cualquier tipo de préstamo, además de los gastos empresariales comunes como los salarios de los empleados, el alquiler, etcétera, que tienen otros negocios.

Estos costes representan un porcentaje más alto de todos los costes cuando se pide prestada una pequeña cantidad de dinero. A un banco no le cuesta cien veces más tramitar un préstamo de 10.000 dólares que a una empresa de préstamos de día de pago tramitar un préstamo de 100 dólares.

En resumen, es poco probable que el tipo de interés real, descontando otros costes, se asemeje a las alarmantes cifras de tasas de interés que se lanzan de manera irresponsable para justificar anticiparse a las decisiones de las personas

con ingresos bajos que se enfrentan a una emergencia económica. Sin embargo, las élites intelectuales y los cruzados por la justicia social pueden ir sintiéndose bien consigo mismos después de privar a los pobres de una de sus muy pocas opciones para hacer frente a una necesidad económica urgente.

Para la persona afectada, puede valer mucho más que 15 dólares evitar perder un día de sueldo o ahorrarle un sufrimiento innecesario a un familiar enfermo. Pero puede que las élites intelectuales no caigan en la cuenta de que la gente corriente puede conocer mucho mejor sus propias circunstancias que los distantes sustitutos.

En cuanto a la «explotación», no siempre es fácil saber a qué se refieren en concreto algunas personas cuando utilizan esa palabra, aparte de expresar su desaprobación. Pero si *explotación* en este contexto significa que las personas que poseen un negocio de préstamos de día de pago reciben una tasa de retorno de su inversión empresarial superior a la necesaria para compensarlos por dedicarse a este negocio en particular, entonces el cierre de muchos negocios de préstamos de día de pago, a raíz de la legislación que reduce sus tasas de «interés», sugiere lo contrario. ¿Por qué querría alguien renunciar a un negocio que les reporta la misma rentabilidad que a otros?

En los casos concretos en los que los límites legislativos sobre lo que se denomina «interés» obligan a las empresas de préstamos de día de pago a cerrar, los reformadores de la justicia social pueden ir sintiéndose bien por haber acabado

con la «explotación» de los pobres, cuando en realidad simplemente les han negado una de sus escasísimas opciones en caso de emergencia al evitar que las empresas que las ofrecen obtengan una tasa de rentabilidad que es común en otros negocios.

Decisiones sobre vivienda

Incluso decisiones individuales tan básicas como dónde vivir, en qué tipo de vivienda y en qué tipo de barrio las toman los decisores sustitutos.

Durante más de un siglo, los reformistas sociales se han valido del poder del gobierno para obligar a las personas con bajos ingresos a abandonar el hogar en el que han elegido vivir y trasladarse a lugares que esos reformistas consideran mejores. Estas políticas han recibido diversos nombres, como «limpieza de barrios marginales», «renovación urbana» o cualquier otra denominación que estuviera de moda políticamente en cada momento.

Algunas de las viviendas en las que vivían los más pobres, especialmente a principios del siglo XX, eran realmente horribles. Una encuesta realizada en 1908 mostraba que en aproximadamente la mitad de las familias que vivían en el Lower East Side de Nueva York había tres o cuatro personas durmiendo por habitación, y en casi el 25 por ciento de estas familias había cinco o más personas durmiendo por habitación. [63] Las bañeras individuales en el hogar eran muy raras en esos lugares en aquella época. Un grifo o inodoro en el in-

terior, compartido por muchos inquilinos, era un invento reciente y no eran ni mucho menos universales. Todavía había miles de retretes al aire libre en los patios traseros, lo que podía ser todo un reto en invierno.

Los sustitutos que se encargaban de tomar decisiones no se limitaban a aconsejarles a los inquilinos que se marcharan ni el gobierno les proporcionaba un lugar al que mudarse. En lugar de eso, los funcionarios ordenaron la demolición de los barrios marginales y utilizaron a la policía para desalojar a los inquilinos que no querían marcharse. En esos momentos y en otros posteriores, los decisores sustitutos simplemente asumieron que su propio conocimiento y comprensión eran superiores a los de las personas de bajos ingresos a las que habían obligado a abandonar su vivienda. Más tarde, cuando se construyeran mejores viviendas para reemplazarlas, los sustitutos podrían sentirse legitimados.

Aunque tanto las viviendas a las que se mudaron de inmediato los inquilinos desalojados como las nuevas que se construyeron para sustituir los barrios marginales eran mejores, los inquilinos de esos barrios ya disponían de la primera opción antes de ser desalojados, y su elección, cuando la tenían, era quedarse donde estaban para ahorrar un dinero muy necesario, en lugar de pagar un alquiler más alto. A menudo, las viviendas mejor construidas que sustituían a las anteriores eran también más caras.

Entre los inmigrantes europeos más pobres de la época se encontraban los judíos del este de Europa. Los hombres solían empezar a trabajar como vendedores ambulantes por las

calles, mientras que las mujeres y los niños trabajaban en casa, durante largas horas, a destajo y con una remuneración escasa, en las partidas de producción de ropa de los pisos de los barrios marginales donde vivían. A menudo intentaban ahorrar lo suficiente para ver si podían abrir un pequeño comercio o una tienda de alimentación, con la esperanza de ganarse mejor la vida, o al menos de que sus hombres dejaran la venta ambulante a la intemperie con todo tipo de condiciones meteorológicas.

Muchos de estos inmigrantes judíos tenían familia en el este de Europa, donde estaban siendo atacados por turbas antisemitas. El dinero que se ahorraba se utilizaba también para pagar los pasajes de los familiares que necesitaban desesperadamente escapar. Durante esos años, la mayoría de los inmigrantes judíos del este de Europa que llegaban a Estados Unidos iban con el pasaje pagado por los familiares que ya vivían allí, [64] a pesar de que muchos judíos de la época fueran todavía pobres y vivieran en barrios marginales.

Otros grupos de inmigrantes que vivían en los barrios marginales de Estados Unidos en el siglo XIX y principios del XX tenían que hacer frente a situaciones igual de urgentes. Los inmigrantes italianos, en su inmensa mayoría hombres, solían tener familia en las regiones más pobres del sur de Italia, a la que enviaban el dinero que ganaban en Estados Unidos. Estos inmigrantes solían compartir habitación con muchos hombres para ahorrar dinero. Los observadores que se daban cuenta de que parecían ser físicamente más pequeños que otros hombres —algo que no se decía de los hombres italianos en Estados Unidos en generaciones posteriores— quizá

no sabían que estas personas escatimaban incluso en comida con tal de ahorrar dinero con el que regresar a Italia en unos años para reunirse con su familia o para enviarles dinero a sus familias para que se reunieran con ellos en Estados Unidos.

La generación anterior de inmigrantes irlandeses vivía en algunos de los peores barrios marginales de Estados Unidos, normalmente en familias, pero también con otros familiares que permanecían en Irlanda, donde una mala cosecha provocó una hambruna devastadora que asoló el país en la década de 1840. Al igual que los inmigrantes judíos del este de Europa en años posteriores, los irlandeses que vivían en Estados Unidos enviaban dinero a sus familiares en Irlanda para que pudieran emigrar a Estados Unidos con los billetes pagados por adelantado. [65]

Éstas y otras razones urgentes por las que era necesario ahorrar dinero formaban parte del conocimiento relevante que sentían profundamente los miembros de las familias que vivían en los barrios marginales, pero era menos probable que las conocieran los decisores sustitutos, que tanto confiaban en su propio conocimiento y comprensión, supuestamente superiores. Walter E. Weyl afirmó que «una ley de inquilinato aumenta la libertad de los inquilinos». [66] La resistencia de los vecinos de los suburbios que tuvieron que ser obligados a abandonarlos por la policía da a entender que veían las cosas de otra manera.

Los hijos

La intrusión en la vida de otras personas es peor aún cuando se suplanta el papel de los padres en la crianza de sus propios hijos.

La decisión sobre cuándo y cómo quieren los padres que se informe y asesore a sus hijos sobre el sexo fue sencillamente asumida por los sustitutos que introdujeron la «educación sexual» en las escuelas públicas en la década de 1960. Como tantas otras cruzadas sociales lideradas por las élites intelectuales, la agenda de la «educación sexual» se presentó políticamente como una respuesta urgente a una «crisis» existente. En este caso, se decía que los problemas que había que resolver incluían los embarazos no deseados entre las adolescentes y las enfermedades venéreas en ambos sexos.

Un representante de Planned Parenthood ['Planificación Familiar'], por ejemplo, testificó ante un subcomité del Congreso sobre la necesidad de dichos programas «para ayudar a nuestros jóvenes a reducir la incidencia de los nacimientos fuera del matrimonio y los matrimonios precoces provocados por un embarazo». [67] Muchos círculos intelectuales de élite se hicieron eco de opiniones similares, tanto en lo que respecta a las enfermedades venéreas como a los embarazos no deseados, y los que cuestionaban o criticaban eran tachados de ignorantes o cosas peores. [68]

¿Cuáles eran los hechos reales en el momento de esta «crisis», supuestamente necesitada de una «solución» urgente al suplantar el papel de los padres? *Las enfermedades venéreas llevaban años disminuyendo.* La tasa de infección por gonorrea descendió todos los años entre 1950 y 1958 y la tasa de

infección por sífilis era, en 1960, menos de la mitad de lo que había sido en 1950. [69] La tasa de embarazo entre las adolescentes había descendido durante más de una década. [70]

En cuanto a los hechos sobre qué ocurrió *después* de que la «educación sexual» se introdujera ampliamente en las escuelas públicas, la tasa de gonorrea entre los adolescentes se triplicó entre 1956 y 1975. [71] La tasa de infección por sífilis siguió disminuyendo, pero su ritmo de descenso a partir de 1961 no fue ni por asomo tan pronunciado como el de los años anteriores. [72]

Durante la década de 1970, la tasa de embarazo entre las jóvenes de quince a diecinueve años aumentó de aproximadamente el 68 por mil en 1970 a aproximadamente el 96 por mil en 1980. [73] Los datos para las tasas de natalidad por mil mujeres en este mismo grupo de edad difieren numéricamente a causa de los abortos tanto provocados como por causas naturales, pero el patrón a lo largo de los años fue similar.

A partir de los años previos a la introducción a gran escala de la educación sexual en las escuelas públicas en la década de 1960, la tasa de natalidad entre las mujeres solteras de quince a diecinueve años era del 12,6 por mil en 1950, del 15,3 por mil en 1960, del 22,4 en 1970 y del 27,6 en 1980. A finales de siglo, en 1999, era del 40,4 por mil. [74] Como porcentaje de todos los partos de mujeres en el mismo grupo de edad, tanto casadas como solteras, los partos de mujeres solteras en este grupo de edad fueron el 13,4 por ciento de todos los partos de mujeres de estas edades en 1950, el 14,8 por ciento en 1960, el 29,5 por ciento en 1970 y el

47,6 por ciento en 1980. Desde el año 2000, más de tres cuartas partes de todos los partos de mujeres de ese tramo de edad, el 78,7 por ciento, fueron de mujeres solteras. [75]

La razón no es difícil de encontrar: en 1976, el porcentaje de mujeres adolescentes solteras que habían mantenido relaciones sexuales era mayor en todas las edades, de los quince a los diecinueve años, que sólo cinco años antes. [76] Tampoco es difícil entender por qué, cuando los detalles de lo que se llamaba «educación sexual» incluían cosas como ésta:

> Un popular programa educativo sobre sexo para estudiantes de secundaria de trece y catorce años se vale de fragmentos de películas de cuatro parejas desnudas, dos homosexuales y dos heterosexuales, realizando una variedad de actos sexuales explícitos, y los educadores sexuales advierten a los profesores con una nota que no muestren el material a padres o amigos: «Muchos de los materiales de este programa pueden provocar malentendidos y dificultades si se muestran a personas ajenas al contexto del propio programa». [77]

Cuando algunos padres de Connecticut se enteraron de los detalles de esos programas de «educación sexual» y protestaron, fueron tachados de «fundamentalistas» y «extremistas de derechas». Resulta que su religión es conocida, aunque no lo sean sus opiniones políticas. Eran episcopales acomodados. [78] Pero aquí, como en muchos otros asuntos relacionados con las cruzadas sociales de las élites intelectuales, los argumentos en contra de su postura se responden con demasiada frecuencia con ataques *ad hominem*, en lugar de contraargumentar con hechos. Entre los comentarios de los «expertos» figuraba que «el sexo y la sexualidad se han vuelto demasiados complejos y técnicos como para dejárselos al padre típico, que o bien no está informado o bien es demasiado tímido para compartir información sexual útil con su hijo». [79]

En un amplio espectro de cuestiones, las personas que creen poseer un conocimiento relevante superior del que carecen otras no ven ningún problema en suplantar las decisiones de otras personas. Tampoco las consecuencias opuestas a lo previsto son necesariamente amonestadoras. Muchos defensores de la «educación sexual» en las escuelas públicas utilizaron estas nefastas consecuencias como muestra de una necesidad aún más urgente de una «educación social» adicional. [80]

Sin embargo, como en el caso de los deterministas genéticos de la primera ola progresista, hubo un destacado defensor de la «educación sexual» en las escuelas públicas que se enfrentó francamente a los hechos. Se trataba de Sargent Shriver, antiguo director de la Oficina de Oportunidades Económicas, que había liderado las primeras campañas a favor de la «educación sexual» en las escuelas públicas. Dijo en un testimonio ante un comité del Congreso en 1978:

> Así como las enfermedades venéreas se han disparado un 350 por ciento en los últimos quince años, a pesar de contar con más clínicas, más píldoras y más educación sexual que nunca en la historia, los embarazos en la adolescencia han aumentado. [81]

Como ocurrió cuando Carl Brigham se retractó de sus conclusiones sobre el determinismo genético en una generación anterior, parece difícil encontrar a otros dispuestos a ser igual de francos.

Patrones y consecuencias

En política, ya sea electoral o ideológica, la palabra *crisis* suele significar cualquier situación que alguien quiera cam-

biar. Lejos de indicar automáticamente una situación grave que amenace a la población, a menudo representa simplemente una oportunidad de oro para que los sustitutos utilicen el dinero de los contribuyentes y el poder del gobierno para promover sus intereses, ya sean políticos, ideológicos o financieros.

Durante siglos, las élites intelectuales que luchan por sus objetivos ideológicos han visto en los niños un blanco especial para sus mensajes. Ya en el siglo XVIII, William Godwin dijo que los niños —los hijos de los demás— «son una especie de materia primera que ponemos en nuestras manos». [82] Sus mentes «son como una hoja de papel en blanco». [83] Esta perspectiva de enseñar a los hijos de otras personas como una oportunidad de oro para que los intelectuales moldeen la sociedad, controlando lo que se inscribe en estas mentes jóvenes y presuntamente en blanco, ha sido un rasgo clave de las cruzadas sociales para remodelar el mundo según las ideas preconcebidas de las élites intelectuales, que se ven a sí mismas como poseedoras clave del conocimiento relevante.

Esta concepción del papel educativo de las élites intelectuales también caracterizó a la era progresista, tanto a principios como a finales del siglo XX, y continúa en la actualidad. Antes de que Woodrow Wilson, icono de la era progresista, llegara a la presidencia de Estados Unidos, fue el rector de la Universidad de Princeton. Consideraba que su papel como educador consistía en «hacer que los jóvenes caballeros de la nueva generación fueran lo menos parecidos posible a sus padres». [84] No se sabe quién le dio semejante mandato, ni si-

quiera si los padres tolerarían, y mucho menos pagarían, semejante usurpación de su papel si lo supieran.

Otra figura relevante de la primera ola progresista, el profesor John Dewey, de la Universidad de Columbia, también veía la escuela como un lugar para ayudar a «eliminar males sociales obvios» a través del «desarrollo de los niños y los jóvenes, pero también de la sociedad futura de la que formarán parte». [85] Las escuelas «forman al Estado de mañana», según Dewey, y podrían ser decisivas para «superar los defectos actuales de nuestro sistema». [86] En resumen, «es responsabilidad del entorno escolar eliminar, en la medida de lo posible, los aspectos indignos del entorno existente» y «eliminar» la «madera muerta indeseable del pasado». [87] John Dewey ha sido reconocido durante mucho tiempo como una influencia importante y duradera en el papel de las escuelas públicas estadounidenses. Los numerosos escritos de Dewey sobre educación rara vez se centraban en preocupaciones tan prosaicas como cómo conseguir que los alumnos comprendan mejor las matemáticas, las ciencias o el lenguaje. Buscaba claramente un papel más amplio para los educadores como promotores de una visión progresista de la sociedad... y lo hacía a espaldas de los padres.

Cuando Dewey creó la Escuela Laboratorio en la Universidad de Chicago, sus objetivos eran ideológicos: reflejaban los apasionados sentimientos de Dewey por las cuestiones políticas de la época y, sobre todo, la necesidad de cambiar las instituciones económicas y de otro tipo de la sociedad estadounidense. [88]

Resulta curioso que muchas élites intelectuales, tanto en aquel entonces como ahora, parezcan creer que promueven una sociedad más democrática cuando se entrometen en las decisiones de otras personas. Su concepción de la democracia parece ser la igualación de los resultados, a cargo de las élites intelectuales. Esto otorgaría beneficios a los menos afortunados a expensas de quienes estos sustitutos consideran menos merecedores. Esto difiere mucho de la democracia como sistema político, basado en elecciones libres por parte de los votantes para decidir qué leyes y políticas quieren que los gobiernen y qué individuos quieren poner al frente del gobierno para administrar esas leyes y políticas.

Ningún estadounidense prominente rechazó más abiertamente la democracia como control político por parte de los electores que el presidente Woodrow Wilson. Rechazó la «soberanía popular» como base para el gobierno porque la veía como un obstáculo que impedía lo que él denominaba «pericia ejecutiva». [89] Claramente, veía el conocimiento relevante concentrado en los «expertos» de élite. Consideraba que «la multitud, el pueblo» era «egoísta, ignorante, tímido, testarudo o necio». [90] Lamentaba lo que llamaba «ese error nuestro, el error de intentar hacer demasiado con el voto». [91] Era partidario de que el gobierno estuviera en manos de sustitutos que tomaran las decisiones, dotados de un conocimiento y una comprensión superiores, es decir, la «pericia ejecutiva», y sin trabas por parte de los votantes.

La respuesta de Woodrow Wilson a las objeciones de que esto privaría a la gente en general de la libertad de vivir su propia vida como quisiera fue redefinir la palabra *libertad*.

Utilizó la expresión *la nueva libertad*[92] cuando se presentó a las elecciones presidenciales de 1912 y publicó un libro con ese título.[93] Al describir simplemente las prestaciones proporcionadas por el gobierno —administradas por decisores sustitutos— como una libertad adicional para los beneficiarios, el presidente Wilson hizo desaparecer la cuestión de la pérdida de libertad de las personas como si se tratara de un juego de prestidigitación verbal.

Que los supuestos beneficiarios de estas políticas consideraran si merecía la pena intercambiar la libertad personal por beneficios gubernamentales era una cuestión que esta redefinición de la palabra *libertad* dejaba fuera del orden del día. El libro de Woodrow Wilson se subtitulaba *Un llamamiento a la emancipación de las generosas energías de un pueblo* y estaba dedicado, «con todo mi corazón», a las personas que se dedicaran al «servicio público desinteresado».[94] Retóricamente, al menos, las personas se estaban emancipando, en lugar de perder la libertad.

Otros se harían eco de temas similares una y otra vez a lo largo de los años hasta el siglo XXI. Durante la considerable expansión del estado de bienestar estadounidense llevada a cabo por la administración de Lyndon Johnson en la década de 1960, por ejemplo, un miembro del gabinete de esa administración utilizó la redefinición de la libertad como un aumento en el tipo de cosas que los gobiernos podrían proporcionar, en lugar de entenderla como autonomía personal en las propias decisiones y comportamiento:

> Sólo cuando puede mantenerse a sí mismo y a su familia, elegir su trabajo y ganar un salario digno, un individuo y su familia pueden ejercer la verda-

dera libertad. De lo contrario, se convierte en un siervo de la supervivencia sin medios para hacer lo que quiere. [95]

Unos años después, un libro escrito por dos profesores de Yale, *Politics, economics and welfare*, definía también la libertad en términos de cosas recibidas, más que de autonomía preservada. Tal como lo expresaron, «intentaremos desentrañar algunas complejidades en la teoría y la práctica de la libertad». [96] Su concepción de la libertad era «la ausencia de obstáculos para la realización de los deseos». [97] Las «complejidades» de esta definición wilsoniana de la libertad son comprensibles, ya que eludir lo obvio puede llegar a ser muy complejo. Cuando Espartaco lideró una rebelión de esclavos, allá por los tiempos del Imperio romano, no lo hizo para obtener beneficios del estado de bienestar.

La redefinición más sofisticada o «compleja» de la libertad ha continuado hasta el siglo XXI. El autor de un libro titulado *El gran escape: salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad* dijo:

> En este libro, cuando hablo de libertad, me refiero a la libertad de vivir una buena vida y de hacer las cosas que hacen que la vida merezca la pena. La ausencia de libertad significa pobreza, privación y mala salud, que ha sido durante mucho tiempo el destino de gran parte de la humanidad y sigue siendo el de una proporción escandalosamente alta del mundo actual. [98]

En los días del movimiento progresista de principios del siglo XX, John Dewey cuestionó si a la mayoría de las personas les importaba la libertad en el sentido que la palabra tuvo durante siglos, antes de que Woodrow Wilson la redefiniera. Dewey dijo:

> ¿Parecen la libertad en sí misma y las cosas que trae consigo tan importantes como la seguridad del sustento, la comida, el refugio, la vestimenta o incluso divertirse? [99]

Dewey se preguntaba: «¿Cómo se compara la intensidad del deseo de libertad con el deseo de sentirse igual que los demás, especialmente que los que antes se llamaban superiores?». [100] Y afirmaba: «Cuando miramos el mundo, vemos instituciones supuestamente libres en muchos países, no tanto derrocadas como abandonadas de buen grado, al parecer con entusiasmo». [101]

Aunque Dewey era profesor de filosofía, consciente de que las teorías «deben considerarse como hipótesis» para someterlas a «acciones que las pongan a prueba» de modo que no se acepten como «dogmas rígidos», [102] sus propias declaraciones radicales sobre cosas como los «evidentes males sociales» de la sociedad estadounidense contemporánea no iban acompañadas de ninguna prueba o evidencia de ese tipo. [103] Tampoco se aplicaron tales pruebas a otras declaraciones radicales del profesor Dewey sobre «nuestro defectuoso régimen industrial», [104] su afirmación de que «los empresarios industriales han cosechado desproporcionadamente lo que sembraron» [105] o que las escuelas necesitaban contrarrestar «la grosería, los errores y los prejuicios de sus mayores» que los niños ven en casa. [106]

Este menosprecio ocasional por la gente común y su libertad no se limitó en absoluto a John Dewey ni a los educadores. También en el derecho ha existido el mismo desprecio por los derechos y valores de otras personas por parte de las élites intelectuales. Una de las principales autoridades legales de la era progresista fue Roscoe Pound, que fue durante veinte años —desde 1916 hasta 1936— decano de la Facultad de Derecho de Harvard, de la que salieron muchos destaca-

dos juristas que promovían un papel expansivo para los jueces en la «interpretación» de la Constitución para flexibilizar sus restricciones sobre el poder gubernamental, en aras de lo que Roscoe Pound llamó «justicia social» ya en 1907. [107]

Pound invocaba las palabras *ciencia* y *científico* repetidamente en sus debates, [108] que no tenían ni los procedimientos ni la precisión de la ciencia. Debía haber una «ciencia de la política» [109] y una «ciencia del derecho». [110] Del mismo modo, Pound abogó repetidamente por la «ingeniería social» [111] como si los demás seres humanos fueran componentes inertes de la maquinaria social, para ser construida por las élites en una sociedad con «justicia social».

Con Pound, como con Woodrow Wilson, lo que quería el público en general pasó a un segundo plano. Pound se lamentaba de que «todavía insistimos en el carácter sagrado de la propiedad ante la ley» y citaba con aprobación el «progreso de la ley alejándose del antiguo individualismo» que «no se limita a los derechos de propiedad». [112]

Así, en 1907 y 1908, Roscoe Pound estableció los principios del activismo judicial, yendo más allá de interpretar la ley para hacer política social, que seguirían siendo dominantes más de cien años después y hasta el presente. Una forma de justificar este papel ampliado de los jueces ha sido afirmar que la Constitución es demasiado difícil de enmendar, por lo que los jueces deben modificarla «interpretándola» para adaptarla a los tiempos cambiantes.

Como tantas cosas que han dicho y repetido sin cesar las élites que creen en la justicia social, este razonamiento se

contradice con hechos disponibles fácilmente. La Constitución de Estados Unidos fue enmendada cuatro veces en ocho años (de 1913 a 1920) [113] durante el apogeo de los progresistas, que afirmaban que era casi imposible modificar la Constitución. [114] Cuando el pueblo quería enmendar la Constitución, se enmendaba. Cuando las élites querían que se enmendara, pero el pueblo no, ése no era un «problema» que hubiera que «resolver». Eso era la democracia, aunque frustrara a unas élites convencidas de que su sabiduría y virtud superiores debían imponerse a los demás.

El decano Pound simplemente descartó como «dogma» la separación de poderes de la Constitución, ya que dicha separación «limitaría a los tribunales a la interpretación y aplicación» de la ley. [115] La propia concepción de Pound del papel de los jueces era mucho más amplia.

Ya en 1908, Pound se refirió a la conveniencia de «una constitución viva mediante la interpretación judicial». [116] Abogó por «un despertar de la actividad jurídica», para «el jurista sociológico» y declaró que la ley «debe ser juzgada por los resultados que consigue». [117] Lo que denominó jurisprudencia «mecánica» [118] fue condenada por «su incapacidad para responder a las necesidades vitales de la vida actual». Cuando la ley «se convierte en un cuerpo de normas», ésa «es la condición contra la que protestan ahora los sociólogos, y protestan con razón», [119] afirmó. No se explicaba por qué los jueces y los sociólogos deberían hacer política social, en lugar de las personas elegidas como legisladores o ejecutivos.

Ya sea en el ámbito legal o en otras áreas, una de las características distintivas de los intelectuales de élite que tratan de imponerse a las decisiones de los demás, ya sea en política pública o en su vida privada, es la dependencia de afirmaciones sin fundamento basadas en el consenso de las élites, tratadas como si eso equivaliera a hechos documentados. Muestra de ello es la frecuencia con la que los argumentos de quienes tienen un punto de vista distinto no se contraargumentan, sino que se atacan *ad hominem*. Este patrón ha persistido durante más de un siglo no sólo en los debates sobre cuestiones de justicia social, sino también en otros temas, y no sólo en Estados Unidos, sino también entre otras élites intelectuales de países del otro lado del Atlántico.

Desde el comienzo de la era progresista en Estados Unidos, uno de los rasgos del pensamiento social avanzado de los progresistas era que el castigo automático de los delincuentes debía sustituirse o al menos complementarse tratando al delincuente, como si el delito fuera una enfermedad, y una enfermedad cuyas «raíces» o causas fundamentales pudieran atribuirse tanto a la sociedad como al delincuente. Estas ideas se remontan al menos a escritores del siglo XVIII como William Godwin en Inglaterra y el marqués de Condorcet en Francia. [120] Sin embargo, a menudo, los progresistas del siglo XX presentaban estas ideas como nuevas revelaciones de la «ciencia social» moderna y eran muy celebradas entre las élites intelectuales. [121]

En este ambiente, el Tribunal Supremo de Estados Unidos, en una serie de casos de principios de la década de 1960, empezó a «interpretar» la Constitución en el sentido de que

otorgaba «derechos» recién descubiertos a los delincuentes que aparentemente habían pasado inadvertidos con anterioridad. Entre estos casos se incluyen Mapp contra Ohio (1961), Escobedo contra Illinois (1964) y Miranda contra Arizona (1966). La mayoría del Tribunal Supremo, liderado por el presidente Earl Warren, no se dejó intimidar por las amargas opiniones discrepantes de otros jueces, que se oponían tanto a los peligros que se estaban creando como a la falta de fundamento jurídico para las decisiones. [122]

En un congreso de jueces y juristas celebrado en 1965, cuando un excomisario de policía se quejó de la tendencia de las recientes decisiones del Tribunal Supremo en materia de derecho penal, el juez William J. Brennan y el presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren, permanecieron sentados e «imperturbables» durante su presentación, según informó *The New York Times*. Sin embargo, después de que un profesor de derecho respondiera con desprecio y burla a lo que había dicho el comisario, Warren y Brennan «soltaron frecuentes carcajadas». [123]

La mera oposición de un oficial de policía a doctos olímpicos del derecho pudo haberle parecido gracioso a las élites reunidas en este evento, pero algunas estadísticas delictivas podrían presentar una perspectiva ligeramente distinta. Antes de que el Tribunal Supremo rehiciera el derecho penal, a partir de la década de 1960, la tasa de homicidios en Estados Unidos había ido disminuyendo durante tres décadas consecutivas, y esa tasa, en proporción a la población, en 1960 era apenas la mitad de lo que había sido en 1934, [124] pero casi inmediatamente después de que el Tribunal Supremo creara

nuevos y amplios «derechos» para los delincuentes, la tasa de homicidios se invirtió. Se duplicó de 1963 a 1973. [125]

A nadie le parecía gracioso, y menos aún a las madres, viudas y huérfanos de las víctimas de asesinato. Aunque se trataba de una tendencia nacional, fue especialmente severa en las comunidades negras, lugares a los que se suponía que ayudaban los defensores de la justicia social, que a menudo eran también partidarios de minimizar la aplicación de la ley y el castigo y buscaban, en su lugar, tratar las «raíces» o causas fundamentales de la delincuencia.

Tanto antes como después del repentino aumento de los homicidios en la década de 1960, la tasa de homicidios entre los negros fue sistemáticamente varias veces mayor que la tasa de homicidios entre los blancos. Algunos años hubo más víctimas de homicidio negras que blancas, en cifras absolutas, [126] a pesar de que el tamaño de la población negra fuera sólo una fracción del de la población blanca. Esto significa que el repentino aumento de los homicidios afectó especialmente a las comunidades negras.

Los jueces del Tribunal Supremo con mandato vitalicio son ejemplos clásicos de élites que institucionalmente no pagan ningún precio por equivocarse, sin importar cuán equivocados estén y por muy alto que sea el precio que paguen los demás. El juez presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren, ni siquiera pagó el precio de admitir un error. En sus memorias, rechazó las críticas a las decisiones del Tribunal Supremo en materia de derecho penal. Atribuyó la delincuencia «en nuestra sociedad perturbada» a «las raíces» de

la delincuencia citando ejemplos como «la pobreza», «el desempleo» y «la degradación de la vida en los barrios marginales». [127] Sin embargo, no ofreció ninguna prueba objetiva de que cualquiera de estas cosas hubiera empeorado repentinamente en la década de 1960 en comparación con las tres décadas anteriores, cuando la tasa de homicidios estaba bajando.

Implicaciones

La manera en la que percibimos la distribución del conocimiento significativo es crucial para decidir qué tipo de decisiones tienen sentido y a través de qué tipo de políticas e instituciones. Cada uno de nosotros tiene su propia isla de conocimiento en un mar de ignorancia. Algunas islas son más grandes que otras, pero ninguna es tan grande como el mar. Tal y como lo concibió Hayek, la enorme cantidad de conocimiento relevante disperso entre la población de toda una sociedad hace que las diferencias en la cantidad de dicho conocimiento entre unas personas y otras sean «comparativamente insignificantes». [128]

Esta conclusión no justifica que las élites intelectuales se impongan de manera generalizada a las decisiones de los demás, ya sean decisiones sobre cómo viven su propia vida o sobre el tipo de leyes bajo las que quieren vivir los votantes y las personas que quieren que se encarguen de aplicarlas. Las élites intelectuales con logros sobresalientes en sus respectivas especialidades podrían prestar poca atención a lo ig-

norantes que pueden ser en un amplio espectro de otras cuestiones.

Incluso aún más peligrosa que la ignorancia es la certeza falaz, que puede afectar a personas de todos los niveles educativos y de todos los coeficientes intelectuales. Aunque no veamos nuestras propias falacias, lo que salva esta situación es que a menudo vemos las falacias de los demás con mucha más claridad (y ellos pueden ver las nuestras). En un mundo de seres humanos inevitablemente falibles, con puntos de vista inevitablemente distintos y fragmentos diferentes de conocimiento significativo, nuestra capacidad para corregirnos mutuamente puede ser esencial para evitar que cometamos errores fatalmente peligrosos, ya sea como individuos o como sociedad.

El peligro funesto de nuestro tiempo es la creciente intolerancia y supresión tanto de las opiniones como de las pruebas que difieren de las ideologías que predominan en las instituciones, desde el ámbito académico hasta el empresarial, los medios de comunicación y las instituciones gubernamentales.

Muchos intelectuales que han conseguido grandes logros parecen asumir que dichos logros confieren validez a sus ideas sobre una amplia gama de cuestiones que van mucho más allá del alcance de sus logros, pero salirse del ámbito de la propia experiencia puede ser como saltar al vacío.

Tener un coeficiente intelectual alto y poca información puede ser una combinación muy peligrosa como base para imponerse a las decisiones de otras personas, sobre todo

cuando esta imposición tiene lugar en circunstancias en las que el decisor sustituto no tiene que pagar un precio por equivocarse.

La gente estúpida puede causar problemas, pero a menudo es necesaria la brillantez de algunos individuos para generar una verdadera catástrofe. Ya lo han hecho suficientes veces, y de diversas maneras, como para que nos lo replanteemos antes de apuntarnos a sus últimas estampidas, lideradas por élites autocomplacientes, sordas a los argumentos e inmunes a lo evidente.

5

Palabras, hechos y peligros

> ... debemos ser conscientes de los peligros que encierran nuestros deseos más generosos.
>
> LIONEL TRILLING [1]

Las personas que pueden compartir muchas de las preocupaciones fundamentales de los defensores de la justicia social no comparten necesariamente la misma visión o agenda, ya que no parten de los mismos supuestos sobre las opciones, la causalidad o las consecuencias. El icónico economista defensor del libre mercado Milton Friedman, por ejemplo, dijo:

> En todo el mundo hay grandes desigualdades de ingresos y riqueza. Nos ofenden a la mayoría. Pocos pueden dejar de conmoverse ante el contraste entre el lujo del que disfrutan algunos y la miseria absoluta que sufren otros. [2]

De manera similar, F. A. Hayek, otro emblemático economista del libre mercado, dijo:

> Por supuesto, hay que admitir que la forma en que el mecanismo de mercado distribuye los beneficios y las cargas tendría que considerarse muy injusta en muchos casos si fuera el resultado de una asignación deliberada a personas específicas. [3]

Está claro que Hayek también consideraba injusta la vida en general, incluso con los mercados libres que él defendía, pero eso no es lo mismo que decir que consideraba injusta a la sociedad. Para Hayek, la sociedad era «una estructura ordenada», pero no una unidad de toma de decisiones, ni una

institución que actuara.[4] Eso es lo que hacen los gobiernos.[5] Sin embargo, ni la sociedad ni el gobierno comprenden ni controlan todas las circunstancias —que son muchas y variadas e incluyen una gran dosis de suerte—, que pueden influir en el destino de los individuos, las clases, razas o naciones.

Incluso dentro de una misma familia, como hemos visto, es relevante si eres el hijo mayor o el menor. Cuando el primogénito de una familia con cinco hijos representa el 52 por ciento de los hijos de esas familias que llegan a finalistas para la Beca Nacional al Mérito, mientras que el quinto hijo sólo llega a ser finalista el 6 por ciento de las veces,[6] estamos hablando de una disparidad más pronunciada que la mayoría de las disparidades entre sexos o razas.

En una economía en crecimiento, también importa en qué generación de la familia has nacido.[7] Un titular jocoso de la revista *The Economist*, «Elige sabiamente a tus padres»,[8] ponía de relieve otra verdad importante sobre las desigualdades, ilustrada con este consejo imposible. Las circunstancias que escapan a nuestro control son factores importantes en las desigualdades económicas y de otro tipo. Tratar de entender la causalidad no es necesariamente lo mismo que buscar culpables.

Hayek denominó «cosmos»[9] o universo al conjunto de circunstancias que nos rodean. En este contexto, lo que otros llaman «justicia social» podría llamarse más bien «justicia cósmica»,[10] ya que eso es lo que se necesitaría para lograr

los resultados que buscan muchos defensores de la justicia social.

No se trata de una cuestión de diferentes nombres, sin más. Es una cuestión más fundamental sobre lo que podemos y no podemos hacer y a qué costes y riesgos. Cuando hay «diferencias en los destinos humanos de las que claramente ningún agente humano es responsable», [11] como dijo Hayek, no podemos exigirle justicia al cosmos. Ningún ser humano, ni individual ni colectivamente, puede controlar el cosmos, es decir, el universo completo de circunstancias que nos rodea y afecta a las oportunidades de cada uno en la vida. La gran dosis de suerte en todas nuestras vidas significa que ni la sociedad ni el gobierno tienen un control causal o una responsabilidad moral que se extienda a todo lo que ha salido bien o mal en la vida de cada persona.

Algunos de nosotros podemos pensar en algún individuo en concreto cuya aparición en nuestra vida en un momento específico alteró la trayectoria de nuestra existencia. Puede haber más de una persona así, en distintas etapas de nuestra vida, que haya cambiado nuestras perspectivas en diferentes ámbitos, para bien o para mal. Ni nosotros ni los decisores sustitutos controlamos esas cosas. Los que creen que pueden, que son «personas hechas a sí mismas» o los salvadores de otras personas o del planeta, se mueven en un terreno peligroso, plagado de tragedias humanas y catástrofes nacionales.

Si el mundo que nos rodea ofreciera las mismas oportunidades a todas las personas en todos los ámbitos, ya sea como

individuos o como clases, razas o naciones, podría considerarse un mundo muy superior al que vemos hoy en día. Ya se llame justicia social o justicia cósmica, muchas personas que no coinciden en casi nada más podrían considerarlo un ideal. Pero nuestros ideales no nos dicen nada de nuestras capacidades y sus límites ni sobre los peligros de intentar sobrepasar esos límites.

Por poner sólo un ejemplo, desde los primeros progresistas estadounidenses en adelante, ha existido el ideal de aplicar las leyes penales de forma individualizada al delincuente, en lugar de generalizar a partir del delito. [12] Antes incluso de considerar si esto es deseable, surge la cuestión de si los seres humanos son capaces siquiera de hacer algo así. ¿De dónde sacarían los funcionarios un conocimiento tan amplio, íntimo y preciso sobre un desconocido, y mucho menos la sabiduría sobrehumana para aplicarlo en las innumerables complicaciones de la vida?

Un asesino puede haber tenido una infancia infeliz, pero ¿justifica eso que se arriesgue la vida de otras personas al liberarlo entre ellas, tras un proceso al que se le ha dado el nombre de «rehabilitación»? ¿Son las ideas altisonantes y los eslóganes de moda tan importantes como para arriesgar la vida de hombres, mujeres y niños inocentes?

La idea clave de F. A. Hayek era que todo el conocimiento significativo esencial para el funcionamiento de una gran sociedad no existe por completo en ningún individuo, clase o institución. Por lo tanto, el funcionamiento y la supervivencia de una gran sociedad requieren que se coordinen innu-

merables personas con innumerables fragmentos de conocimiento relevante. Esto colocó a Hayek en oposición a varios sistemas de control centralizado, ya sea una economía planificada centralmente, sistemas de toma de decisiones sustitutas globales en interés de la justicia social o presunciones de que la «sociedad» es moralmente responsable del destino de todos sus habitantes, sea bueno o malo, cuando nadie posee los conocimientos necesarios para tal responsabilidad.

El hecho de que no podamos hacerlo todo no significa que no debamos hacer nada, pero da a entender que debemos asegurarnos de que los hechos son ciertos para no empeorar las cosas mientras intentamos mejorarlas. En un mundo de hechos siempre cambiantes y seres humanos intrínsicamente falibles, esto significa permitir que todo lo que decimos o hacemos esté abierto a la crítica. Las certezas dogmáticas y la intolerancia a la disidencia han conducido a menudo a grandes catástrofes, y nunca tanto como en el siglo XX. La continuación y escalada de tales prácticas en el siglo XXI no es en absoluto un signo esperanzador.

Ya en el siglo XVIII, Edmund Burke estableció una distinción fundamental entre sus ideales y su defensa de la política. «Manteniendo inquebrantables mis principios —dijo—, reservo mi actividad para los esfuerzos racionales.» [13] En otras palabras, tener ideales elevados no implica llevar el idealismo al extremo de intentar imponerlos a toda costa y sin tener en cuenta los peligros.

La búsqueda de ideales elevados a toda costa ya se ha intentado, especialmente en las creaciones de las dictaduras to-

talitarias del siglo XX, generalmente basadas en objetivos igualitarios con los más altos principios morales. Pero los poderes conferidos por las razones más nobles pueden utilizarse para los peores propósitos y, a partir de cierto punto, los poderes conferidos no pueden recuperarse. Milton Friedman lo entendió claramente:

> Una sociedad que antepone la igualdad, en el sentido de igualdad de resultados, a la libertad acabará por no tener ni igualdad ni libertad. El uso de la fuerza para lograr la igualdad destruirá la libertad, y la fuerza, introducida con buenos propósitos, acabará en manos de personas que la utilizarán para promover sus propios intereses. [14]

F. A. Hayek, que vivió la época del surgimiento de las dictaduras totalitarias en la Europa del siglo XX y fue testigo de cómo sucedió, llegó básicamente a las mismas conclusiones. Sin embargo, no consideraba que los defensores de la justicia social fueran personas malvadas que conspiraban para crear dictaduras totalitarias. Hayek decía que entre los principales defensores de la justicia social había personas cuyo altruismo era «incuestionable». [15]

El argumento de Hayek era que el tipo de mundo idealizado por los defensores de la justicia social, un mundo en el que todos tuvieran las mismas oportunidades de éxito en todos los ámbitos, no sólo es inalcanzable, sino que su búsqueda ferviente pero inútil puede conducir a lo contrario de lo que buscan sus defensores. No es que los defensores de la justicia social vayan a crear dictaduras, sino que sus ataques apasionados a las democracias existentes podrían debilitarlas hasta el punto de que otros pudieran arrogarse el poder dictatorial.

Obviamente, los propios defensores de la justicia social no comparten las conclusiones de sus críticos, como Friedman y Hayek. Sin embargo, los valores morales fundamentales de sus diferentes conclusiones no son necesariamente divergentes. Estas diferencias tienden más bien a estar en el nivel caracterizado por creencias fundamentalmente diferentes sobre las circunstancias y suposiciones sobre la causalidad que pueden llevar a conclusiones muy dispares. Conciben mundos distintos, regidos por principios diferentes, y describen esos mundos utilizando términos que tienen significados diferentes dentro del marco de sus respectivas visiones.

Cuando la visión y el vocabulario difieren de manera tan fundamental, el análisis de los hechos ofrece al menos una esperanza de lograr claridad.

Visiones y vocabularios

En cierto sentido, las palabras no son más que recipientes para transmitir significados de unas personas a otras. Pero, al igual que otros recipientes, las palabras a veces pueden contaminar su contenido. Una palabra como *mérito*, por ejemplo, varía en sus significados. Como resultado, esta palabra ha contaminado muchos debates sobre políticas sociales, tanto si ha sido utilizada por defensores como por detractores de la visión de la justicia social.

Mérito

Quienes se oponen a las preferencias grupales, como la discriminación positiva para contratar a alguien o para admitirlo en la universidad, suelen afirmar que cada individuo debería ser juzgado según sus propios méritos. En la mayoría de los casos, *mérito* en este contexto parece referirse a las capacidades individuales que son relevantes para ese ámbito en particular. En este sentido, el mérito es una simple cuestión de hechos, y la validez de la respuesta depende de la validez predictiva de los criterios utilizados para comparar las capacidades de los diversos candidatos.

Otros, sin embargo, incluidos los defensores de la justicia social, ven en el concepto de mérito no sólo una cuestión factual, sino también moral. Ya en el siglo XVIII, al defensor de la justicia social William Godwin le preocupaban no sólo los resultados desiguales, sino, sobre todo, las «ventajas inmerecidas». [16] En el siglo XX, el pionero socialista fabiano George Bernard Shaw afirmaba también que «se hacen enormes fortunas sin el menor mérito». [17] Señaló que no sólo los pobres, sino también muchas personas bien educadas, «ven que hombres de negocios que han triunfado, con menores conocimientos, talento, carácter y espíritu público que ellos, obtienen ingresos mucho mayores». [18]

En este caso, el mérito ya no es simplemente una cuestión factual sobre quién tiene las capacidades específicas relevantes para triunfar en una determinada actividad. Ahora hay también una cuestión moral sobre cómo se adquirieron esas capacidades, si fueron el resultado de algún esfuerzo personal especial o simplemente una «ventaja inmerecida», quizá

por haber nacido en circunstancias más favorables que las de la mayoría de las personas.

El mérito en este sentido, con una dimensión moral, plantea preguntas muy diferentes que pueden tener respuestas muy distintas. ¿Merecen las personas nacidas en determinadas familias o comunidades alemanas heredar los beneficios del conocimiento, experiencia y perspicacia derivados de más de mil años de alemanes fabricando cerveza? Está claro que no. Es una ganancia caída del cielo. Pero, con la misma claridad, poseer este valioso conocimiento es un hecho de vida actual, nos guste o no. Y esta situación no es exclusiva de los alemanes ni de la cerveza.

Se da la circunstancia de que el primer negro que llegó a general de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, el general Benjamin O. Davis, Jr., era hijo del primer negro que llegó a general del Ejército de Estados Unidos, el general Benjamin O. Davis, Sr. ¿Tuvieron otros negros, o incluso estadounidenses blancos, la misma ventaja de crecer en una familia militar, aprendiendo automáticamente, desde la infancia, los diversos aspectos de una carrera como la de oficial militar de alto rango?

Esta situación tampoco fue única. Uno de los generales estadounidenses más famosos de la Segunda Guerra Mundial, y uno de los más famosos de la historia militar de Estados Unidos, fue el general Douglas MacArthur. Su padre fue un joven oficial al mando en la Guerra Civil, donde su actuación en el campo de batalla le valió la medalla de honor del Congreso. Terminó su larga carrera militar como general.

Nada de esto es exclusivo del ámbito militar. En la Liga Nacional de Fútbol Americano (NFL, por sus siglas en inglés), el *quarterback* Archie Manning tuvo una carrera larga y distinguida en la que lanzó más de cien pases de *touchdown.* [19] Sus hijos, Peyton Manning y Eli Manning, también tuvieron una carrera larga y destacada como *quarterbacks* de la NFL, que en su caso incluyó la victoria en la Super Bowl. ¿Tuvieron las mismas oportunidades otros *quarterbacks* que no tenían un padre que hubiera sido *quarterback* de la NFL antes que ellos? No es muy probable. Pero ¿preferirían los aficionados al fútbol americano ver a otros *quarterbacks* que no fueran tan buenos, pero que habían sido elegidos para igualar la justicia social?

Las ventajas que tienen algunas personas en un determinado ámbito no son sólo desventajas para los demás. Estas ventajas también benefician a todas las personas que pagan por el producto o servicio proporcionado por ese esfuerzo. No es una situación de suma cero. El beneficio mutuo es la única manera de que el esfuerzo pueda continuar en un mercado competitivo, con un gran número de personas libres para decidir lo que están dispuestas a pagar. Los perdedores son el número mucho menor de personas que querían suministrar el mismo producto o servicio. Pero los perdedores no pudieron igualar lo que ofrecían los productores de éxito, al margen de que el éxito de los ganadores se debiera a habilidades desarrolladas con gran sacrificio o a habilidades que les llegaron por el mero hecho de estar en el lugar correcto en el momento adecuado.

Cuando los productos informáticos se extendieron por todo el mundo, tanto sus fabricantes como sus consumidores salieron beneficiados. Fue una mala noticia para los fabricantes de productos competidores, como las máquinas de escribir o las reglas de cálculo que en su día utilizaban los ingenieros para hacer cálculos matemáticos. Los pequeños dispositivos informatizados podían realizar esos cálculos de forma más rápida y sencilla y con un abanico de aplicaciones mucho mayor. Pero, en una economía de libre mercado, el progreso basado en nuevos avances implica inevitablemente malas noticias para aquellos cuyos bienes o servicios ya no son los mejores. La «inclusión» demográfica requiere unos decisores sustitutos que tengan la facultad de anular lo que desean los consumidores.

En el mundo militar se da una situación similar. Un país que lucha por su vida en el campo de batalla no puede permitirse el lujo de elegir a sus generales en función de la representación demográfica —«parecerse a Estados Unidos»— y no en función de las aptitudes militares, a pesar de cómo se hayan adquirido esas aptitudes. No si el país quiere ganar y sobrevivir. Sobre todo si el país quiere alcanzar sus victorias militares sin perder las vidas de más soldados de las necesarias. En este caso, no puede poner generales a cargo de esos soldados si no son los mejores generales disponibles.

En la literatura sobre la justicia social, las ventajas inmerecidas tienden a tratarse como si le restaran bienestar al resto de la población, pero no existe una cantidad fija o predestinada de bienestar, ya se mida en términos financieros o de espectadores que disfrutan de un deporte o del número de

soldados que sobreviven a una batalla. Cuando el presidente Barack Obama dijo: «El 10 por ciento más rico ya no se lleva un tercio de nuestros ingresos, ahora se lleva la mitad», [20] eso sería claramente una reducción de los ingresos de otras personas si hubiera una cantidad fija o predestinada de ingresos totales.

No se trata de una sutileza fortuita. Es muy importante saber si las personas con ingresos elevados aumentan o disminuyen los ingresos del resto de la población. Las insinuaciones carecen de peso para tomar decisiones sobre una cuestión seria. Es demasiado importante para que este problema se decida —o se complique— con palabras ingeniosas. Hablando claro: ¿el ingreso promedio de un estadounidense es más alto o más bajo a causa de los productos creados y vendidos por algún milmillonario?

Una vez más, no existe una cantidad total fija o predestinada de ingresos o riqueza que deba compartirse. Si algunas personas generan más riqueza de la que reciben como ingresos, entonces no están empobreciendo a otras personas, pero si generan productos o servicios que valen menos que los ingresos que perciben, es igualmente evidente que están empobreciendo a otras personas. Sin embargo, aunque cualquiera puede cobrar el precio que desee por lo que vende, es poco probable que encuentre a personas dispuestas a pagar más de lo que el producto o servicio vale para ellos.

Argumentar como si los ingresos altos de algunas personas se dedujeran de unos ingresos totales fijos o predestinados, dejando menos para los demás, puede ser inteligente.

Pero la astucia no es sabiduría, y una insinuación ingeniosa no sustituye a las pruebas objetivas si tu objetivo es conocer los hechos. En cambio, si tus objetivos son políticos o ideológicos, no cabe duda de que uno de los mensajes políticos que más ha triunfado en el siglo XX ha sido que los ricos se han enriquecido a costa de los pobres.

El mensaje marxista de «explotación» ayudó a los comunistas a llegar al poder en países de todo el mundo en el siglo XX a un ritmo y en una escala pocas veces vistos en la historia. Está claro que existe un mercado político para ese mensaje y que los comunistas son sólo uno de los grupos ideológicos que lo han utilizado con éxito para sus propios fines, a pesar de lo desastroso que resultó ser para millones de seres humanos que vivían bajo dictaduras comunistas.

La mera posibilidad de que los estadounidenses pobres, por ejemplo, estén experimentando un nivel de vida creciente debido al progreso generado por personas que se están enriqueciendo, como sugiere Herman Kahn,[21] sería anatema para los defensores de la justicia social. Pero no es en absoluto obvio que las pruebas empíricas de esa hipótesis reivindiquen a quienes abogan por la justicia social. Parece aún menos probable que los defensores de la justicia social sometan esa hipótesis a una prueba empírica.

Para las personas que buscan hechos, en lugar de objetivos políticos o ideológicos, hay muchas pruebas objetivas que podrían aplicarse para ver si la riqueza de los ricos se deriva de la pobreza de los pobres. Una forma podría ser comprobar si los países con muchos milmillonarios, ya sea en términos

absolutos o en relación con el tamaño de la población, tienen un nivel de vida más alto o más bajo entre el resto de su población. Estados Unidos, por ejemplo, tiene más milmillonarios que todo el continente africano más Oriente Medio, [22] pero incluso los estadounidenses que viven en condiciones definidas oficialmente como de pobreza suelen tener un nivel de vida más alto que el de la mayoría de los habitantes de África y Oriente Medio.

Otras pruebas objetivas podrían incluir evaluar la historia de las minorías étnicas prósperas, que a menudo han sido descritas como «explotadoras» en diversas épocas y lugares. En muchos casos, a lo largo de los años, estas minorías han sido expulsadas por los gobiernos o expulsadas de determinadas ciudades o países por la violencia de las masas o por ambas cosas. Esto les ha sucedido a los judíos varias veces a lo largo de los siglos en varias partes de Europa. [23] Los chinos de ultramar han tenido experiencias similares en varios países del sudeste asiático. [24] También los indios y pakistaníes expulsados de Uganda, en el África oriental. [25] También los prestamistas Chettiar en Birmania, después de que las leyes de ese país confiscaran gran parte de sus propiedades en 1948 y expulsaran a muchos de ellos de Birmania. [26]

La economía de Uganda se hundió en la década de 1970, después de que el gobierno expulsara a los empresarios asiáticos, [27] que supuestamente habían empeorado la situación económica de los africanos. En Birmania, los tipos de interés subieron, no bajaron, tras la desaparición de los Chettiars. [28] Ocurrió algo parecido en Filipinas, donde 23.000 chinos de

ultramar fueron masacrados en el siglo XVII, después de lo cual hubo escasez de los bienes producidos por los chinos. [29]

En siglos pasados, no era infrecuente que los judíos de Europa fueran expulsados, tachados de «explotadores» y «chupasangres», de diversas ciudades y países, ya fuera por edicto gubernamental, por violencia de masas o por ambas cosas. Lo sorprendente es la frecuencia con la que, en años posteriores, se invitaba a los judíos a regresar a algunos lugares de los que habían sido expulsados. [30]

Al parecer, algunos de los que los expulsaron descubrieron que el país estaba peor económicamente después de que los judíos se hubieran ido.

Aunque Catalina la Grande prohibió a los judíos inmigrar a Rusia, en sus esfuerzos posteriores por atraer las tan necesitadas habilidades extranjeras de Europa occidental, incluidos «algunos mercaderes», escribió a uno de sus funcionarios que a las personas con las ocupaciones que buscaban se les debía otorgar un pasaporte para ir a Rusia, «sin mencionar su nacionalidad ni indagar en su confesión». Al texto ruso formal de este mensaje añadió una nota en alemán que decía: «Si no me entienden, no será culpa mía» y «mantengan todo esto en secreto». [31]

A raíz de este mensaje, los judíos empezaron a ser reclutados como inmigrantes en Rusia a pesar de que, como ha señalado un historiador, «a lo largo de toda la operación se evitó escrupulosamente hacer cualquier referencia al judaísmo». [32] En resumen, incluso los gobernantes despóticos pue-

den tratar de eludir sus propias políticas cuando resulta inconveniente derogarlas y contraproducente seguirlas.

Estos acontecimientos históricos no son, ni mucho menos, las únicas pruebas objetivas que podrían utilizarse para determinar si las personas más acomodadas están empobreciendo a otras personas. Tampoco son necesariamente las mejores pruebas fácticas. Pero la cuestión importante es que una visión social predominante no tiene por qué producir ninguna prueba objetiva cuando la retórica y la repetición pueden ser suficientes para lograr sus objetivos, sobre todo cuando se pueden ignorar o suprimir puntos de vista alternativos. Es esa supresión la que es un factor clave, y en nuestros tiempos ya es un factor importante y creciente en instituciones académicas, políticas y de otro tipo.

Hoy en día es posible, incluso en nuestras instituciones educativas más prestigiosas, pasar literalmente del jardín de infancia al doctorado sin haber leído nunca un solo artículo, y mucho menos un libro, de alguien que defienda las economías de libre mercado o se oponga a las leyes de control de armas. Que estemos o no de acuerdo con ellos, si leemos lo que dicen, no es la cuestión. La cuestión es por qué la educación se ha convertido con frecuencia en adoctrinamiento y en beneficio de quién.

La cuestión ni siquiera es si lo que se adoctrina es verdad o mentira. Incluso si asumiéramos, en gracia de discusión, que todo aquello con lo que se está adoctrinando a los estudiantes hoy en día es cierto, estas cuestiones de hoy no tienen por qué ser las mismas que las que probablemente se

plantearán durante el medio siglo o más de vida que la mayoría de los estudiantes tienen por delante después de haber terminado su educación. ¿De qué les servirá entonces tener las respuestas correctas a las preguntas de ayer?

Lo que necesitarán entonces, para resolver las nuevas cuestiones controvertidas, será una educación que los haya dotado de las capacidades intelectuales, los conocimientos y la experiencia necesarios para enfrentarse a opiniones contrarias, analizarlas y someterlas a un escrutinio y análisis sistemático. Eso es precisamente lo que no obtienen cuando se les adoctrina con lo que está de moda hoy en día.

Esta «educación» prepara a generaciones enteras para que se conviertan en presa fácil de cualquier demagogo astuto que aparezca con una retórica embriagadora capaz de manipular las emociones de la gente. Tal y como John Stuart Mill planteó, hace mucho tiempo:

> Aquel que sólo conoce su propia versión del caso, poco sabe de eso… Tampoco es suficiente que oiga los argumentos de los adversarios de boca de sus propios maestros, presentados tal como ellos los exponen y acompañados de lo que ofrecen como refutaciones. Ésa no es la manera de hacer justicia a los argumentos ni de ponerlos en contacto real con su propia mente. Debe poder oírlos de personas que realmente los crean, que los defiendan en serio y hagan todo lo posible por ellos. Debe conocerlos en su forma más plausible y persuasiva… [33]

Lo que Mill describió es precisamente lo que la mayoría de los estudiantes de hoy en día no reciben, ni siquiera en nuestras instituciones educativas más prestigiosas. Lo que más reciben son conclusiones empaquetadas, envueltas de forma segura contra la intrusión de otras ideas o hechos incompatibles con el discurso predominante.

En los discursos predominantes de nuestro tiempo, la buena suerte de los demás implica mala suerte para ti y es un «problema» que hay que «resolver». Pero cuando alguien ha adquirido, aunque sea inmerecidamente, unos conocimientos y una perspicacia que pueden utilizarse para diseñar un producto que permite a miles de millones de personas de todo el mundo utilizar un ordenador sin conocer los entresijos de la informática, se trata de un producto que puede, con el tiempo, aportar billones de dólares de riqueza a la oferta existente de riqueza mundial. Si el fabricante de ese producto se hace milmillonario vendiéndoselo a esos miles de millones de personas, eso no hace a esas personas más pobres.

Las personas como el socialista británico George Bernard Shaw podrían lamentar que el fabricante de ese producto no tenga ni las credenciales académicas ni las virtudes personales que Shaw parece atribuirse a sí mismo y a otros como él. Pero eso no es lo que los compradores del producto informático están pagando con su propio dinero ni es obvio por qué los lamentos de un tercero deberían afectar a transacciones que no perjudican a ese tercero. Tampoco resulta alentador el historial general de intervenciones de terceros.

Nada de eso quiere decir que las empresas nunca hayan hecho nada malo. La santidad no es la norma en los negocios, como tampoco lo es en política, en los medios de comunicación ni en los campus universitarios. Por eso existen las leyes, aunque no es una razón para sacar leyes cada vez más numerosas y de más impacto que otorgan cada vez más poder a personas que no pagan ningún precio por equivocarse,

independientemente del alto precio que paguen los demás que están sometidos a su poder.

Utilizar palabras ambiguas como *mérito*, con significados múltiples y contradictorios, puede dificultar la comprensión de los problemas, y aún más la forma de resolverlos.

Racismo

Puede que la palabra *racismo* sea la más impactante dentro del vocabulario de la justicia social. No hay duda de que el racismo ha infligido una enorme cantidad de sufrimiento innecesario a personas inocentes, marcado por horrores indescriptibles, como el Holocausto.

El racismo podría compararse con alguna enfermedad pandémica mortal. Si es así, quizá merezca la pena considerar las consecuencias de responder a las pandemias de diferentes maneras. No podemos simplemente ignorar la enfermedad y esperar lo mejor, pero tampoco podemos irnos al extremo opuesto y sacrificar cualquier otra preocupación, incluidas otras enfermedades mortales, con la esperanza de reducir el número de víctimas mortales de la pandemia. Durante la pandemia de la COVID-19, por ejemplo, la tasa de mortalidad por otras enfermedades aumentó [34] porque muchas personas temían acudir a un centro médico, donde podían contagiarse del coronavirus.

Incluso las pandemias más terribles pueden disminuir o remitir. En algún momento, la continua preocupación por la enfermedad pandémica puede provocar más peligros y

muertes por otras enfermedades y por otros factores estresantes derivados de las continuas restricciones que pueden haber tenido sentido cuando la pandemia estaba en pleno apogeo, pero que son contraproducentes en el balance general posterior.

Todo depende de cuáles sean los hechos concretos en un momento y lugar determinados, y no siempre es fácil saberlo. Puede ser especialmente difícil de saber cuando los grupos de presión se han beneficiado política o económicamente de las restricciones pandémicas y, por lo tanto, tienen todos los incentivos para promover la creencia de que esas restricciones siguen siendo necesarias con urgencia.

Del mismo modo, puede ser particularmente difícil conocer la incidencia y las consecuencias actuales del racismo cuando los racistas no se identifican públicamente. Además, las personas que tienen incentivos para maximizar los temores al racismo incluyen a políticos que buscan ganar votos afirmando que ofrecen protección frente a los racistas, o a líderes de movimientos de protesta étnica que pueden valerse del miedo a los racistas para atraer a más seguidores, obtener más donaciones y aumentar su poder.

Ninguna persona en su sano juicio cree que no existe el racismo en Estados Unidos o en cualquier otra sociedad. En este punto, quizá merezca la pena recordar lo que dijo Edmund Burke en el siglo XVIII: «Manteniendo inquebrantables mis principios, reservo mi actividad para los esfuerzos racionales». [35] Nuestros principios pueden rechazar el racismo por completo, pero ni una minoría racial ni nadie más dispo-

ne de tiempo, energía y recursos ilimitados para dedicarse a buscar todo posible rastro de racismo o para invertir en la aún menos prometedora actividad de intentar ilustrar moralmente a los racistas.

Incluso si, por obra de algún milagro, pudiéramos erradicar el racismo, ya sabemos, por la historia de los *hillbilly* estadounidenses, que son físicamente indistinguibles de los demás blancos y, por tanto, no conocen el racismo, que ni siquiera eso bastaría para evitar la pobreza. Mientras tanto, las familias de parejas casadas negras, que no están a salvo del racismo, han tenido, sin embargo, tasas de pobreza de un solo dígito, todos los años, durante más de un cuarto de siglo. [36] También sabemos que los racistas no pueden impedir hoy que los jóvenes negros acaben siendo pilotos o incluso generales de las Fuerzas Aéreas ni que se conviertan en millonarios o milmillonarios o que lleguen a la presidencia de Estados Unidos.

Así como necesitamos reconocer cuándo al menos ha disminuido el poder de una pandemia para poder dedicar más nuestro tiempo, energía y recursos limitados a otros peligros, también necesitamos prestar más atención a otros peligros, además del racismo. Esto es especialmente cierto en el caso de las generaciones más jóvenes, que necesitan ocuparse de los problemas y peligros a los que se enfrentan en la actualidad, en lugar de seguir obsesionados con los problemas y peligros de las generaciones anteriores. Si los racistas no pueden impedir que los jóvenes de las minorías de hoy se conviertan en pilotos, los sindicatos de profesores pueden hacerlo negándoles una educación decente en escuelas cuya prin-

cipal prioridad es la férrea seguridad laboral de los profesores y los miles de millones de dólares en cuotas sindicales para los sindicatos de profesores. [37]

No está claro en absoluto que los enemigos de las minorías estadounidenses sean capaces de hacerles tanto taño como sus supuestos «amigos» y «benefactores». Ya hemos visto algunos de los perjuicios que han causado las leyes de salario mínimo, al negar a los jóvenes negros la opción de aceptar un trabajo que los empresarios están dispuestos a ofrecer con un salario que los jóvenes están dispuestos a aceptar, simplemente porque haya terceros no afectados que eligen creer que comprenden la situación mejor que todas las personas directamente implicadas.

Otro «beneficio» para las minorías, según la visión y agenda de la justicia social, es la «discriminación positiva». Se trata de una cuestión que se discute a menudo en términos del daño causado a personas que habrían obtenido puestos de trabajo específicos, admisiones universitarias u otros beneficios si se hubieran otorgado en función de las cualificaciones y no de la representación demográfica. Pero también hay que tener en cuenta el perjuicio causado a los supuestos beneficiarios, que puede ser incluso peor.

Esta posibilidad requiere examinarse en particular, ya que contradice por completo la agenda predominante de la justicia social y su discurso sobre las fuentes del progreso de los negros. Según ese discurso, la salida de la pobreza de los negros se atribuye a las leyes de derechos civiles y a las políticas de bienestar social de la década de 1960, que incluyen la

discriminación positiva. Hace tiempo que este discurso debería haberse evaluado empíricamente.

Discriminación positiva

En el discurso predominante sobre el progreso socioeconómico de los negros se han citado datos estadísticos que muestran una disminución de la proporción de población negra que vive en la pobreza después de la década de 1960 y un aumento de la proporción de población negra empleada en ocupaciones profesionales, así como un aumento de sus ingresos. Sin embargo, como ocurre con muchas otras afirmaciones sobre tendencias estadísticas a lo largo del tiempo, la elección arbitraria del año que se selecciona como inicio de la evaluación estadística puede ser crucial para determinar la validez de las conclusiones.

Si se presentaran los datos estadísticos sobre la tasa anual de pobreza entre los negros a partir de 1940 —es decir, veinte años antes de las leyes de derechos civiles y de la expansión de las políticas del estado de bienestar de la década de 1960 —, las conclusiones serían muy diferentes.

Estos datos muestran que la tasa de pobreza entre los negros descendió del 87 por ciento en 1940 al 47 por ciento en las dos décadas siguientes, [38] es decir, antes de las principales leyes de derechos civiles y las políticas de bienestar de los años sesenta. Esta tendencia continuó después de la década de 1960, pero no se originó ni aceleró entonces. La tasa de pobreza entre los negros descendió 17 puntos más y alcanzó

el 30 por ciento en 1970, una tasa sólo ligeramente inferior a la de las dos décadas anteriores, pero desde luego no superior. La tasa de pobreza de la población negra disminuyó de nuevo durante la década de 1970 y pasó del 30 por ciento en 1970 al 29 por ciento en 1980. [39] Este descenso de la pobreza de un punto porcentual fue claramente mucho menor que en las tres décadas anteriores.

¿Qué lugar ocupa la discriminación positiva en esta historia? La primera vez que se utilizó la expresión «discriminación positiva» en una Orden Ejecutiva Presidencial lo hizo el presidente John F. Kennedy en 1961. Dicha orden establecía que los contratistas federales debían «adoptar medidas de discriminación positiva para garantizar que los solicitantes sean contratados y que los empleados sean tratados durante el empleo sin tener en cuenta su raza, credo, color o nación de origen». [40] En otras palabras, en aquel momento la discriminación positiva significaba igualdad de oportunidades para los individuos, no igualdad de resultados para los grupos. Las posteriores órdenes ejecutivas de los presidentes Lyndon B. Johnson y Richard Nixon convirtieron los resultados numéricos de los grupos en la prueba de la discriminación positiva en la década de 1970.

Ahora que la discriminación positiva ha pasado de la igualdad de oportunidades individuales a la igualdad de resultados colectivos, mucha gente la considera una política más beneficiosa para los negros y otros grupos raciales o étnicos con ingresos bajos a los que se aplica este principio. De hecho, en general se consideraba axiomático que así se contribuiría de manera más efectiva a su progreso en mu-

chos ámbitos, pero el descenso de un punto porcentual en la tasa de pobreza entre los negros durante la década de 1970, después de que la discriminación positiva supusiera preferencias o cuotas de grupo, contradice por completo el relato predominante.

A lo largo de los años, mientras arreciaban las controversias en torno a la discriminación positiva como preferencia de grupo, el discurso predominante defendía la discriminación positiva como un importante contribuyente al progreso de la comunidad negra. Sin embargo, como ocurre con muchas otras cuestiones controvertidas, se ha aceptado ampliamente el consenso de la opinión de las élites, sin apenas recurrir a las enormes cantidades de pruebas empíricas que demuestran lo contrario. El autor superventas Shelby Steele, cuyos incisivos libros han analizado las razones e incentivos que sustentan las políticas sociales fallidas,[41] citó un encuentro que tuvo con un hombre que había sido un funcionario del gobierno implicado en las políticas de la década de 1960, que dijo irritado:

> Mire, solamente, y quiero decir solamente, el gobierno puede llegar a ese tipo de pobreza, a esa pobreza arraigada y profunda. Y no me importa lo que digan. Si este país fuera decente, dejaría que el gobierno lo intentara de nuevo.[42]

El intento del profesor Steele de centrarse en los hechos sobre las consecuencias reales de varios programas gubernamentales de la década de 1960 suscitó una acalorada respuesta:

> «¡Maldita sea, hemos salvado este país!», dijo casi gritando. «Este país estaba a punto de estallar. Había disturbios por todas partes. Ahora, en retrospectiva, se puede criticar, pero teníamos que mantener unido al país, amigo mío.»[43]

Desde un punto de vista factual, este exfuncionario de los años sesenta tenía la secuencia completamente equivocada. Y no era el único. Los disturbios masivos en los guetos de todo el país comenzaron durante la administración de Lyndon Johnson a una escala nunca vista. [44] Los disturbios disminuyeron cuando terminó esa administración, y la siguiente repudió sus programas de «guerra contra la pobreza». Más tarde, durante los ocho años de la administración Reagan, que rechazó todo ese enfoque, no se produjeron tales oleadas masivas de disturbios.

Por supuesto, los políticos tienen todos los incentivos para describir el progreso de la comunidad negra como algo de lo que pueden atribuirse el mérito. Lo mismo ocurre con los defensores de la justicia social, que respaldaron estas políticas. Sin embargo, ese discurso permite a algunos críticos quejarse de que los negros deberían salir por sí mismos de la pobreza, como han hecho otros grupos. Sin embargo, los fríos hechos demuestran que esto es en gran medida lo que hicieron los negros durante décadas en las que aún no tenían igualdad de oportunidades, y mucho menos preferencias de grupo.

Fueron décadas en las que ni el gobierno federal ni los medios de comunicación ni las élites intelectuales prestaron a los negros ni por asomo la misma atención que les dieron a partir de los años sesenta. En cuanto a la atención que prestaron los gobiernos de los estados del sur durante las décadas de 1940 y 1950 a la comunidad negra, fue en gran medida negativa, de acuerdo con las leyes y políticas racialmente discriminatorias de la época.

En las décadas de 1940 y 1950, muchos negros salieron de la pobreza emigrando del sur, con lo que obtuvieron mejores oportunidades económicas para los adultos y una educación mejor para sus hijos.[45] La ley de Derechos Civiles de 1964 fue un factor importante que llegó con retraso para poner fin a la negación de los derechos constitucionales básicos a los negros del sur.[46] Pero no tiene sentido tratar de convertirla también en la principal causa de la salida de los negros de la pobreza. La tasa de ascenso de las personas negras en las profesiones se duplicó con creces de 1954 a 1964,[47] es decir, antes de la histórica ley de Derechos Civiles de 1964. La izquierda política tampoco puede actuar como si dicha ley fuera obra exclusivamente suya. Las actas del Congreso recogen que votaron a favor de esa ley un mayor porcentaje de republicanos que de demócratas.[48]

En resumen, durante las décadas en las que el número de negros que salieron de la pobreza fue más notable, las causas de ese aumento fueron muy parecidas a las causas del aumento de otros grupos con ingresos bajos en Estados Unidos y en otros países del mundo. Es decir, fue principalmente el resultado de las decisiones individuales de millones de personas corrientes, por iniciativa propia, y tuvo poco que ver con líderes carismáticos de los grupos, programas gubernamentales, élites intelectuales o publicidad mediática. Es dudoso que la mayoría de los estadounidenses de aquella época conocieran siquiera los nombres de los líderes de las organizaciones de derechos civiles más destacadas en ese momento.

La discriminación positiva en Estados Unidos, al igual que las políticas similares de preferencias grupales en otros paí-

ses, rara vez ha beneficiado mucho a las personas en situación de pobreza. [49] Es poco probable que un adolescente típico de una comunidad minoritaria con ingresos bajos de Estados Unidos, que normalmente ha recibido una educación muy deficiente, pueda aprovechar las admisiones preferentes a las facultades de medicina, cuando sería un gran reto simplemente graduarse en una universidad ordinaria. En un país mucho más pobre como la India, podría ser un reto aún más difícil para un joven rural perteneciente a una de las «castas desfavorecidas», antes conocidas como «intocables». [50]

Tanto en Estados unidos como en otros países con políticas de preferencia grupal, las prestaciones creadas para los grupos más pobres han ido a menudo a parar de forma desproporcionada a los miembros más prósperos de esos grupos más pobres [51] y, a veces, a personas más prósperas que el miembro promedio de la sociedad en general. [52]

La premisa central de la discriminación positiva es que la «infrarrepresentación» de los grupos es el problema y que la representación proporcional de los grupos es la solución. Esto podría tener sentido si todos los segmentos de una sociedad tuvieran las mismas capacidades en todos los ámbitos. Pero nadie parece capaz de encontrar un ejemplo de una sociedad semejante en la actualidad o en los miles de años de historia documentada, ni siquiera los defensores de la justicia social. Incluso los grupos que han triunfado rara vez lo han conseguido en todos los ámbitos. Es raro que los asiático-americanos o los judío-americanos se encuentren entre las principales estrellas del atletismo o los germano-americanos entre los políticos carismáticos.

Al menos merece la pena considerar hechos tan básicos como hasta qué punto la discriminación positiva ha sido beneficiosa o perjudicial, en términos netos, para aquellos a los que pretendía ayudar en un mundo en el que las capacidades específicas desarrolladas rara vez son iguales, incluso cuando las desigualdades recíprocas son habituales. Un ejemplo es la práctica generalizada de admitir a miembros de grupos minoritarios con ingresos bajos en facultades y universidades con requisitos menos estrictos que los que tienen que cumplir otros estudiantes.

Este tipo de discriminación positiva en las políticas de admisión a la universidad se ha justificado ampliamente con el argumento de que pocos estudiantes educados en las escuelas públicas de barrios minoritarios con ingresos bajos tienen el tipo de puntuaciones en los exámenes que, de otro modo, les permitirían ser admitidos en universidades de primer nivel. Por ello, se considera que las preferencias grupales en las admisiones son una solución.

A pesar de la suposición implícita de que los estudiantes recibirán una mejor educación en una institución de rango superior, hay serias razones para dudarlo. Los profesores tienden a enseñar a un ritmo y con un nivel de complejidad acordes con el tipo concreto de estudiantes a los que enseñan. Un estudiante plenamente cualificado para ser admitido en muchas universidades de calidad puede verse abrumado por el ritmo y la complejidad de los cursos que se imparten en una institución de élite, donde la mayoría de los estudiantes se sitúan entre el diez por ciento de los mejores de todo el país —o incluso entre el uno por ciento de los mejores— en la

parte de Matemáticas y de Lengua de la Prueba de Aptitud Académica (SAT, por sus siglas en inglés).

Admitir a un estudiante que obtiene una puntuación del percentil 80 en una institución de este tipo porque esa persona pertenece a un grupo minoritario no es ningún favor. Puede convertir a alguien plenamente cualificado para triunfar en un frustrado fracasado. Un estudiante inteligente con una puntuación que lo sitúa en el percentil 80 en Matemáticas puede encontrar que el ritmo de los cursos de Matemáticas es demasiado rápido para seguirlo, mientras que las breves explicaciones del profesor sobre principios complejos pueden ser fácilmente comprendidas por los demás alumnos de la clase, que obtuvieron una puntuación del percentil 99. Es posible que hayan aprendido la mitad de este material en el instituto. Lo mismo puede ocurrir con la cantidad y complejidad de las lecturas asignadas a los estudiantes en una institución académica de élite.

Nada de esto es nuevo para las personas familiarizadas con las instituciones académicas de élite. Pero muchos jóvenes de una comunidad minoritaria con ingresos bajos pueden ser el primer miembro de su familia en asistir a la universidad. Cuando se felicita a una persona así por haber sido aceptada en un colegio o universidad de renombre, es posible que no se vean los grandes riesgos que puede haber en esta situación. Dado el bajo nivel académico de la mayoría de las escuelas públicas de las comunidades minoritarias con ingresos bajos, el estudiante supuestamente afortunado puede haber estado sacando las mejores notas con facilidad en el instituto y puede estar a punto de llevarse una desagradable

sorpresa cuando se enfrente a una situación completamente distinta en la universidad.

Lo que está en juego no es si el estudiante está cualificado para ir a la universidad, sino si sus cualificaciones particulares coinciden o no con las de los demás estudiantes de la universidad que concede la admisión. Los datos empíricos sugieren que este factor puede ser crucial.

En el sistema de la Universidad de California, en virtud de las políticas de admisión basadas en la discriminación positiva, los estudiantes negros e hispanos admitidos en el campus de mayor rango de Berkeley tenían puntuaciones en la SAT ligeramente superiores a la media nacional. Sin embargo, los estudiantes blancos admitidos en la UC Berkeley obtuvieron más de 200 puntos más en la prueba SAT, y los asiático-americanos sacaron puntuaciones algo más altas que los blancos. [53]

En este contexto, la mayoría de los estudiantes negros no lograron graduarse, y a medida que aumentaba el número de estudiantes negros admitidos durante la década de 1980, disminuía el número de los que se graduaban. [54]

Los californianos votaron a favor de poner fin a las admisiones basadas en la discriminación positiva en el sistema de la Universidad de California. A pesar de las terribles predicciones de que se produciría una drástica reducción del número de estudiantes pertenecientes a minorías en la UC, lo cierto es que apenas hubo cambios en el número total de estudiantes pertenecientes a minorías admitidos en el conjunto del sistema.

El número de estudiantes que acudían a las dos universidades de mayor rango, UC Berkeley y UCLA, se redujo drásticamente. Los pertenecientes a minorías acudían ahora a los campus de la UC en los que los demás estudiantes tenían una formación académica más similar a la suya, según los resultados de los exámenes de admisión. En estas nuevas condiciones, el número de estudiantes negros e hispanos que se graduaron en el conjunto del sistema de la Universidad de California aumentó en más de mil estudiantes en un período de cuatro años. [55] También se produjo un aumento del 63 por ciento en el número de estudiantes que se graduaron en cuatro años con una nota media de 3,5 o superior. [56]

Los estudiantes pertenecientes a minorías que no logran graduarse bajo las políticas de discriminación positiva no son, ni mucho menos, los únicos perjudicados por ser admitidos en instituciones orientadas a estudiantes con mejor historial académico previos a la universidad. Muchos estudiantes de minorías que acceden a la universidad con la esperanza de especializarse en áreas exigentes como la Ciencia, la Tecnología, la Ingeniería o las Matemáticas — las llamadas áreas STEM— se ven obligados a abandonar esas disciplinas difíciles y concentrarse en áreas más fáciles. Tras prohibirse la discriminación positiva en las admisiones en el sistema de la Universidad de California, no sólo se graduaron más estudiantes de minorías, sino que el número de graduados en áreas STEM aumentó en un 51 por ciento. [57]

Lo crucial desde el punto de vista de que los estudiantes de minorías puedan sobrevivir y prosperar académicamente no es el nivel absoluto de sus cualificaciones educativas pre-

vias a la universidad, medidas por las puntuaciones obtenidas en los exámenes de admisión, sino la diferencia entre sus puntuaciones y las de los demás estudiantes de los centros concretos a los que asisten. Los estudiantes pertenecientes a minorías que obtienen puntuaciones muy por encima de la media del conjunto de los estudiantes estadounidenses en los exámenes de admisión a la universidad pueden, sin embargo, acabar fracasando al ser admitidos en instituciones en las que los demás estudiantes obtienen puntuaciones todavía más altas que la media del conjunto de los estudiantes estadounidenses.

Los datos del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés) ilustran esta situación. Estos datos reflejan que los estudiantes negros tenían allí una puntuación media en la SAT de Matemáticas que se situaba en el percentil 90. Pero, aunque estos estudiantes estaban entre el diez por ciento de los mejores estudiantes estadounidenses de Matemáticas, estaban entre el diez por ciento de los peores del MIT, cuyas puntuaciones en Matemáticas se situaban en el percentil 99. El resultado fue que el 24 por ciento de estos estudiantes negros extremadamente cualificados no lograron graduarse en el MIT, y los que lo hicieron se concentraron en la mitad inferior de su clase. [58] En la mayoría de las instituciones académicas estadounidenses, estos mismos estudiantes habrían estado entre los mejores del campus.

Algunas personas podrían argumentar que incluso los estudiantes que se concentraron en la mitad inferior de su clase en el MIT obtuvieron la ventaja de haber sido educados en una de las principales escuelas de ingeniería del mundo, pero

eso supone asumir implícitamente que los estudiantes obtienen automáticamente una mejor educación en una institución de rango superior. Sin embargo, no podemos descartar la posibilidad de que estos estudiantes aprendan menos allí donde el ritmo y la complejidad de la enseñanza están diseñados para estudiantes con una formación preuniversitaria extraordinariamente sólida.

Para poner a prueba esta posibilidad, podemos recurrir a algunos campos, como la medicina y el derecho, en los que se hacen exámenes independientes para comprobar cuánto han aprendido los estudiantes una vez finalizada su educación formal. Los graduados de las facultades de medicina y de derecho no pueden obtener la licencia para ejercer su profesión sin aprobar estas pruebas independientes.

Un estudio de cinco facultades de medicina gestionadas por distintos estados descubrió que la diferencia entre blancos y negros a la hora de aprobar el examen para obtener la licencia médica se correspondía con la que había en el examen de admisión.

En otras palabras, las personas negras formadas en facultades de medicina en las que la diferencia en la puntuación de los estudiantes negros y blancos —en el examen de admisión— era mínima, presentaron menos disparidades entre las razas en su tasa de aprobados del examen para obtener la licencia médica años más tarde, tras graduarse en la facultad de medicina.[59] El éxito o el fracaso de los negros en estos exámenes dependía más del hecho de haberse formado con otros estudiantes cuyas puntuaciones en el examen de admi-

sión eran similares a las suyas que del nivel alto o bajo en que estuviera clasificada la facultad en que lo hicieran. Por lo visto, cuando no se vieron afectados por políticas de admisión basadas en la discriminación positiva, su aprendizaje fue mejor.

Se obtuvieron unos resultados similares en una comparación de licenciados en Derecho que se presentaron al examen independiente del Colegio de Abogados para obtener la licencia. El alumnado de la Facultad de Derecho de la Universidad George Mason obtuvo puntuaciones más altas en las pruebas de admisión que el de la Facultad de Derecho de la Universidad de Howard, una institución predominantemente negra. Sin embargo, los estudiantes negros de ambas instituciones obtuvieron puntuaciones similares en las pruebas de acceso a la facultad. El resultado neto fue que los estudiantes negros ingresaron en la Facultad de Derecho de la Universidad George Mason con puntuaciones inferiores en las pruebas de admisión a las de los demás. Pero aparentemente no fue así en la Universidad de Howard.

Los datos sobre el porcentaje de estudiantes negros admitidos en cada facultad de derecho que se graduaron y aprobaron el examen de abogacía en el primer intento mostraron que el 30 por ciento de los estudiantes negros de la Facultad de Derecho de la Universidad George Mason lo lograron, frente al 57 por ciento de los estudiantes negros de la Facultad de Derecho de la Universidad de Howard.[60] Como en otros ejemplos, los estudiantes que no estaban en el nivel que no les correspondía parecían aprender mejor cuando re-

cibían clases en las que los demás estudiantes tenían una preparación educativa similar a la suya.

Estos pocos ejemplos no tienen por qué considerarse definitivos, pero proporcionan datos que muchas otras instituciones se niegan a divulgar. Cuando Richard H. Sander, profesor de la UCLA, trató de obtener datos del examen de abogacía de California, con el fin de comprobar si las políticas de admisión basadas en la discriminación positiva producían más o menos abogados negros, se amenazó con una demanda si el Colegio de Abogados de California publicaba esos datos. [61] Los datos no se divulgaron. Tampoco es un patrón inusual. Las instituciones académicas de todo el país, que proclaman los beneficios de la «diversidad» mediante la discriminación positiva, se niegan a publicar los datos que demostrarían tales afirmaciones. [62]

Los medios de comunicación elogiaron considerablemente un estudio que declaraba que las políticas de admisión basadas en la discriminación positiva eran un éxito —*The shape of the river [La forma del río]*, de William Bowen y Derek Bok—, pero sus autores se negaron a permitir que los críticos vieran los datos en bruto con los que llegaron a unas conclusiones muy diferentes de las de otros estudios, basados en datos que estos otros autores pusieron a su disposición. [63] Además, otros académicos encontraron mucho que cuestionar sobre las conclusiones a las que llegaron los exrectores universitarios Bowen y Bok. [64]

Cuando se saca a la luz información perjudicial sobre las consecuencias reales de las políticas de admisión basadas en

la discriminación positiva y se monta un escándalo, la respuesta rara vez ha consistido en abordar la cuestión, sino más bien en denunciar como «racista» a la persona que reveló los hechos escandalosos. Esto sucedió cuando el profesor Bernard Davis, de la Facultad de Medicina de Harvard, afirmó en *The New England Journal of Medicine* que a los estudiantes negros de ésa y otras facultades de medicina se les concedía el diploma «por caridad». Calificó de «cruel» admitir a estudiantes con pocas probabilidades de cumplir las normas de la Facultad de Medicina y aún más cruel «abandonar esas normas y permitir que los pacientes confiados paguen por nuestra irresponsabilidad». [65]

Aunque el profesor Davis fue tachado de «racista», el economista negro Walter E. Williams ya había oído hablar de esos hechos en otro lugar [66] y existía una comunicación privada de un funcionario de la Facultad de Medicina de Harvard de algunos años antes en la que se decía que se estaban proponiendo tales cosas. [67]

Del mismo modo, cuando un estudiante de la Universidad de Georgetown reveló datos que demostraban que la puntuación media con la que los estudiantes negros eran admitidos en esa Facultad de Derecho era inferior a la del examen con el que se admitía a cualquier estudiante blanco, la respuesta fue denunciarlo como «racista», en lugar de concentrarse en el grave problema que planteaba esa revelación. [68] Esa puntuación media, por cierto, estaba en el percentil 70, por lo que no se traba de estudiantes «no cualificados», sino de estudiantes que probablemente tendrían más posibilidades de éxito en otras facultades de derecho y cuando más tarde se

enfrentaran a la necesidad de aprobar un examen para convertirse en abogados.

Ser un fracaso en una institución elitista no hace ningún bien a un estudiante. Sin embargo, la tenacidad con la que las instituciones académicas se resisten a cualquier cosa que las obligue a abandonar prácticas de admisión contraproducentes da a entender que estas prácticas podrían estar beneficiando a alguien. Incluso después de que los electores de California votaran para poner fin a las prácticas de admisión basadas en la discriminación positiva en el sistema de la Universidad de California, eso llevó a esfuerzos continuos para eludir esta prohibición. [69] ¿Por qué? ¿De qué sirve tener una presencia visible de estudiantes pertenecientes a minorías en el campus si la mayoría de ellos no se gradúa?

Una pista podría ser lo que muchas universidades han hecho durante mucho tiempo con sus equipos de baloncesto y fútbol, que pueden generar millones de dólares en lo que llaman deportes «amateur». Algunos entrenadores importantes de fútbol americano universitario tienen unos ingresos superiores a los del presidente de su colegio o universidad. Sin embargo, a los deportistas de sus equipos no se les paga nada [70] por pasar años entreteniendo a otros, por correr el riesgo de sufrir lesiones y el riesgo quizá mayor y más duradero para su carácter de pasar años fingiendo que se están formando, cuando muchos sólo hacen lo mínimo para que sigan eligiéndolos para jugar. Un porcentaje muy pequeño de jugadores universitarios de baloncesto y fútbol acaba dedicándose al deporte profesional.

Un número desproporcionado de estrellas universitarias del baloncesto y el fútbol americano son negros, [71] y las instituciones académicas no han vacilado en abusar de ellos de esta manera. Así que no tenemos por qué cuestionar si estas instituciones académicas son moralmente capaces de atraer a jóvenes pertenecientes a minorías al campus para servir a los intereses propios de la institución. Tampoco necesitamos dudar del talento verbal de los académicos para inventar argumentos, ya sea intentando convencer a los demás o a sí mismos. [72]

La cuestión objetiva es sencillamente si se sirve a los intereses institucionales al tener una representación demográfica visible de estudiantes pertenecientes a minorías en el campus, al margen de que esos estudiantes reciban una educación y se gradúen o no. Los cientos de millones de dólares procedentes de fondos federales que ingresa anualmente una institución académica pueden peligrar si las minorías étnicas están seriamente «infrarrepresentadas» entre los estudiantes, ya que ello plantea la posibilidad de que la infrarrepresentación se equipare con la discriminación racial. Y esa cuestión puede suponer una amenaza legal para ingentes cantidades de dinero público.

Tampoco es ésta la única presión externa ejercida sobre las instituciones académicas para que continúen con sus políticas de admisión basadas en la discriminación positiva que perjudican a los propios grupos supuestamente favorecidos. La Facultad de Derecho de la Universidad George Mason fue amenazada con perder su acreditación si no seguía admitiendo a estudiantes pertenecientes a minorías que no tenían

puntuaciones tan altas como otros, a pesar de que los datos mostraban que no era lo que más interesaba a los propios alumnos de las minorías. [73] La falacia reinante en materia de justicia social de que las disparidades estadísticas en la representación de los grupos implican discriminación racial tiene repercusiones importantes. Los estudiantes pertenecientes a minorías en el campus son como escudos humanos que se utilizan para proteger los intereses institucionales, y las bajas entre los escudos humanos pueden ser muy elevadas.

Muchas políticas sociales benefician a algunos grupos y perjudican a otros. La discriminación positiva en el ámbito académico consigue infligir daño tanto a los estudiantes que no fueron admitidos a pesar de sus cualificaciones como a muchos de los que fueron admitidos en instituciones en las que tenían más probabilidades de fracasar, incluso cuando estaban perfectamente cualificados para triunfar en otras instituciones.

El interés económico propio no es en absoluto el único factor que lleva a algunas personas e instituciones a persistir en las políticas de admisión basadas en la discriminación positiva manifiestamente contraproducentes. Las personas que no sufren las consecuencias de equivocarse no abandonan sin más las cruzadas ideológicas y podrían pagar un precio alto, personal y socialmente, por romper filas bajo el fuego y renunciar tanto a una visión como a un lugar apreciados entre sus compañeros de élite. Como ocurre con los deterministas genéticos y con los defensores de la «educación sexual», ha habido muy pocas personas dispuestas a reconocer hechos que contradigan el discurso predominante.

Incluso cuando hay buenas noticias sobre las personas a las que ayudan los decisores sustitutos, rara vez se les presta mucha atención cuando los buenos resultados se han logrado al margen de esos decisores. Por ejemplo, el hecho de que la mayor parte de la salida de la pobreza de los negros se produjera en las décadas anteriores a los programas sociales masivos del gobierno de los años sesenta, antes de la proliferación de los «líderes» carismáticos y antes de la atención generalizada de los medios de comunicación, rara vez se ha mencionado en el discurso predominante sobre la justicia social.

Tampoco se ha prestado mucha atención al hecho de que las tasas de homicidio entre los hombres no blancos en la década de 1940 (que en aquellos años eran en su inmensa mayoría hombres negros) descendieron un 18 por ciento en esa década, seguido de un nuevo descenso del 22 por ciento en la de 1950. De repente, la situación se invirtió en la década de 1960, [74] cuando se debilitaron las leyes penales, en medio de consignas embriagadoras como «causas fundamentales» y «rehabilitación».

Tal vez el contraste más dramático y más significativo entre el progreso de los negros antes de la década de 1960 y las tendencias negativas de la época posterior fue que la proporción de niños negros nacidos de mujeres solteras se cuadruplicó, pasando de poco menos del 17 por ciento en 1940 a poco más del 68 por ciento a finales de siglo. [75]

Las élites intelectuales, los políticos, los activistas y los «líderes», que se atribuyeron el mérito del progreso de los

negros que supuestamente comenzó en la década de 1960, no asumieron ninguna responsabilidad por los dolorosos retrocesos que, como se ha demostrado, comenzaron en esa década.

Estos patrones no son exclusivos de los negros ni de Estados Unidos. Las políticas de preferencia de grupo en otros países hicieron poco por las personas en situación de pobreza, al igual que la discriminación positiva hizo poco por los negros en situación de pobreza. Los beneficios del trato preferente en la India, Malasia y Sri Lanka, por ejemplo, tendieron a favorecer principalmente a las personas más afortunadas en los grupos de renta baja de estos países, [76] al igual que en Estados Unidos. [77]

Implicaciones

¿En qué se equivocó fundamentalmente la visión de la justicia social? Desde luego, no en desear un mundo mejor que el que vemos hoy a nuestro alrededor, con tanta gente sufriendo innecesariamente, en un mundo con recursos abundantes para obtener mejores resultados. Pero la dolorosa realidad es que ningún ser humano tiene ni la amplia gama de conocimientos relevantes ni el poder abrumador necesarios para hacer realidad el ideal de justicia social. Algunas sociedades afortunadas han visto confluir factores favorables suficientes para crear prosperidad básica y decencia común entre las personas libres, pero eso no es suficiente para muchos defensores de la justicia social.

Las élites intelectuales pueden imaginar que poseen todos los conocimientos necesarios para crear el mundo de justicia social que buscan, a pesar de las considerables pruebas que demuestran lo contrario. Pero incluso si de alguna manera fueran capaces de resolver el problema del conocimiento, aún persiste el problema de tener suficiente poder para hacer todo lo que se necesitaría hacer. Ése no es sólo un problema para las élites intelectuales. Es un problema, y peligroso, para las personas que podrían otorgarles ese poder.

La historia de las dictaduras totalitarias que surgieron en el siglo xx, responsables de la muerte de millones de sus propios ciudadanos en tiempos de paz, debería ser una advertencia urgente para no otorgar demasiado poder a cualquier ser humano. El hecho de que algunos de esos desastrosos regímenes se establecieran con la ayuda de muchas personas sinceras y dedicadas, que buscaban ideales elevados y una vida mejor para los menos afortunados, debería ser una advertencia especialmente relevante para quienes buscan la justicia social, a pesar de los peligros.

Es difícil pensar en algún poder ejercido por el ser humano sobre otros seres humanos que no haya supuesto un abuso. Sin embargo, necesitamos leyes y gobiernos, porque la anarquía es peor, pero no podemos seguir cediendo cada vez más libertades a los políticos, burócratas y jueces, que es en lo que consisten básicamente los gobiernos elegidos, a cambio de una retórica que suena plausible y que no nos molestamos en someter a la prueba de los hechos.

Entre los muchos hechos que hay que verificar se encuentra el historial real de las élites intelectuales que tratan de influir en las políticas públicas y dar forma a las instituciones nacionales en una variedad de cuestiones que van desde la justicia social hasta las políticas exteriores y los conflictos militares.

Por lo que respecta a las cuestiones de justicia social en general y a la situación de los pobres en particular, las élites intelectuales que han creado una amplia variedad de políticas que afirman ayudar a los pobres se han mostrado reticentes a someter las consecuencias reales de esas políticas a cualquier prueba empírica. A menudo han sido hostiles con quienes han sometido esas políticas a alguna prueba empírica. En los casos en los que los defensores de la justicia social han tenido poder para hacerlo, con frecuencia han bloqueado el acceso a los datos solicitados por los estudiosos que desean realizar pruebas empíricas sobre las consecuencias de políticas como las de la discriminación positiva en las admisiones académicas.

Quizá lo más sorprendente de todo sea que muchos defensores de la justicia social han mostrado poco o ningún interés por ejemplos notables de progreso de los pobres, cuando ese progreso no se basaba en el tipo de política promovida en nombre de la justicia social. Los sorprendentes progresos conseguidos por los negros en las décadas anteriores a la de 1960 han sido ignorados de manera sistemática. Lo mismo ha ocurrido con los perjuicios demostrables sufridos por los negros tras las políticas de justicia social de la década de 1960, que incluyeron un brusco aumento de la tasa de homicidios

y la cuadruplicación de la proporción de niños negros nacidos de mujeres solteras. Las políticas gubernamentales convirtieron a los padres en un factor negativo para las madres que solicitaban prestaciones sociales.

Los defensores de la justicia social que critican los institutos públicos de élite de la ciudad de Nueva York que exigen un examen de ingreso no prestan atención al hecho de que la admisión de estudiantes negros en esos institutos era mucho más alta en el pasado, antes de que las escuelas de primaria y de secundaria de las comunidades negras se vieran arruinadas por el tipo de políticas que favorecen los defensores de la justicia social. En 1938, la proporción de estudiantes negros que se graduaron en la selecta Stuyvesant High School fue casi tan alta como la de negros en la población de la ciudad de Nueva York. [78]

En 1971 había más estudiantes negros que asiáticos en Stuyvesant. [79] En 1979, los negros representaban el 12,9 por ciento de los estudiantes en Stuyvesant, pero esa cifra cayó al 4,8 por ciento en 1995. [80] En 2012, los negros constituían sólo el 1,2 por ciento de los estudiantes de Stuyvesant. [81] En un lapso de treinta y tres años, la proporción de estudiantes negros en el instituto Stuyvesant disminuyó a menos de una décima parte de lo que había sido antes. Ni la genética ni el racismo, los sospechosos habituales, pueden explicar esta evolución en esos años. Tampoco hay pruebas de que los defensores de la justicia social hayan reflexionado sobre el papel que sus ideas pueden haber desempeñado en todo esto.

A nivel internacional, y en otros temas además de la educación, quienes defienden la justicia social no suelen mostrar ningún interés en serio por el progreso de los menos favorecidos cuando se produce de alguna forma no relacionada con la agenda de la justicia social. El índice de progreso socioeconómico de los negros estadounidenses antes de la década de 1960 es un ejemplo clásico. Sin embargo, ha habido una falta de interés similar por cómo los inmigrantes judíos del este de Europa afectados por la pobreza, que vivían en barrios marginales, alcanzaron la prosperidad, o por cómo los inmigrantes japoneses también empobrecidos en Canadá hicieron lo mismo. En ambos casos, su prosperidad actual se ha tratado retóricamente al calificar sus logros de «privilegio». [82]

Ha habido muchos ejemplos de pueblos y lugares de todo el mundo que salieron de la pobreza en la segunda mitad del siglo XX. Por ejemplo, Hong Kong, [83] Singapur [84] y Corea del Sur. [85] En el último cuarto del siglo XX, millones de personas salieron de la pobreza en la India [86] y China. [87] El denominador común en todos estos lugares fue que su salida de la pobreza comenzó después de que se redujera la microgestión gubernamental de la economía. Esto fue especialmente irónico en el caso de China, por tener un gobierno comunista.

Dado que los defensores de la justicia social se supone que se preocupan por el destino de los pobres, puede parecer extraño que hayan prestado muy poca atención a los lugares donde los pobres han salido de la pobreza a un ritmo espectacular y a gran escala. Eso plantea al menos la cuestión de si las prioridades de los defensores de la justicia social son los

propios pobres o la visión del mundo de los defensores de la justicia social y su propio papel en esa visión.

¿Qué debemos hacer los que no somos seguidores de la visión de la justicia social ni de su agenda? Como mínimo, podemos desviar nuestra atención de la retórica a las realidades de la vida. Como dijo el gran juez del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes, «pensemos en las cosas y no en las palabras». [88] Hoy en día es especialmente importante conocer los hechos en lugar de las consignas. Y eso incluye no sólo los hechos actuales, sino también la amplia variedad de hechos sobre lo que otros han hecho en el pasado, tanto los éxitos como los fracasos. Como dijo el distinguido historiador británico Paul Johnson:

> El estudio de la historia es un poderoso antídoto contra la arrogancia contemporánea. Es humillante descubrir cuántas de nuestras suposiciones simplistas, que nos parecen novedosas y plausibles, han sido puestas a prueba antes no una vez, sino muchas veces y de innumerables formas; y se ha descubierto, a un gran coste humano, que son completamente falsas. [89]

Notas

1. Rousseau, Jean-Jacques, *A discourse on inequality*, Penguin Books, p. 57, Reino Unido, 1984. [Versión en castellano: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*, Tecnos, Madrid, 2005.]

2. McCaig, Sam, «Where in the world do NHL players come from?», *Sports Illustrated*, 14 de octubre de 2018; Elliot, Helene, «California hockey has come so far», *Los Angeles Times*, 6 de septiembre de 2020, p. D6; *The Economist*, Pocket World in Figures: 2022 Edition, Profile Books, pp. 14-214, Reino Unido, 2021; Hubler, Shawn, «California's population dips during tumultuous 2020», *The New York Times*, 21 de mayo de 2021, p. A17.

3. Issawi, Charles, «The transformation of the economic position of the millets in the nineteenth century» en *Christians and Jews in the Ottoman Empire: The Functioning of a Plural Society, Vol. I: The Central Lands*, Holmes and Meier, pp. 262-263, Estados Unidos, 1982.

4. Wu, Yuan-li y Wu, Chun-hsi, *Economic Development in Southeast Asia: The Chinese Dimension*, Hoover Institution Press, p. 51, Estados Unidos, 1980.

5. Roche, Jean, *La Colonisation Allemande et le Rio Grande do Sul*, Institut Des Hautes Études de L'Amérique Latine, pp. 388-389, Francia, 1959.

6. Winder, R. Bayly, «The Lebanese in West Africa», *Comparative Studies in Society and History*, 4, 3 (1962), p. 309.

7. Israel, Jonathan I., *European jewry in the age of mercantilism 1550-1750*, Clarendon Press, p. 139, Reino Unido, 1985. [Versión en castellano: *La judería europea en la era del mercantilismo 1550-1750*, Cátedra, Madrid, 1992.]

8. Foerster, Robert F., *The Italian emigration of our times*, Arno Press, pp. 254-359, 261, Estados Unidos, 1969.

9. Chattopadhyaya, Haraprasad, *Indians in Africa: A socio-economic study*, Bookland Private Limited, p. 394, India, 1970.

10. Gibb, Andrew, *Glasgow: The making of a city*, Croom Helm, p. 116, Reino Unido, 1983; Lenman, Bruce, *An economic history of modern Scotland, 1660-1976*, B. T. Bastford, p. 180, Reino Unido, 1977.

11. Chua, Amy, *World on fire: How exporting free market democracy breeds ethnic hatred and global instability*, Doubleday, p. 108, Estados Unidos, 2003. [Versión en castellano: *El mundo en llamas: los males de la globalización*, Ediciones B, Barcelona, 2003.]

12. Winer, Myron, *Sons of the Soil: Migration and ethnic conflict in India*, Princeton University Press, pp. 102-104, Estados Unidos, 1978.

13. Ver, por ejemplo, Mellinger, Andrew D., Sachs, Jeffrey D., y Gallup, John L., «Climate, coastal proximity, and development» en *The Oxford handbook of economic geography*, Oxford University Press, Reino Unido, 2000; Churchill Semple, Ellen, *Influences of geographic environment*, Henry Holt and Company, Estados Unidos, 1911; Sowell, Thomas, *Wealth, Poverty and politics*, Basic Books, pp. 3-5, 8-10, 13-83, Estados Unidos, 2016.

14. Neumann, Caryn E., «Beer» en *Germany and the Americas: Culture, politics, and history*, ABC-CLIO, pp. 130-133, Estados Unidos, 2005.

15. Mann, Jim, «Tsingtao beer: Bottling profits for China», *Los Angeles Times*, 12 de octubre de 1986, pp. F1, F7.

16. Foerster, Robert F., *op. cit.*, p. 261.

17. «Brazilian beverage market is evolving», *Brazilian Bulletin*, enero de 1975, p. 6.

18. Tampke, Jürgen, *The Germans in Australia*, Cambridge University Press, p. 101, Estados Unidos, 2006.

19. Helmond, Marc, *Total Revenue Management (TRM): Case Studies, best practices and industry insights*, Springer, p. 167, Suiza, 2020.

20. Dornbusch, Horst, «Bavaria» en *The Oxford companion to beer*, Oxford University Press, p. 104, Estados Unidos, 2012.

21. Phillips, Ulrich B., *The slave of the old south: Selected essays in economic and social history*, Lousiana State University Press, p. 269, Estados Unidos, 1968.

22. Ver, por ejemplo, Sowell, Thomas, *Migrations and cultures: A world view*, Basic Books, pp. 2, 150, 153, 158, 164, 166, 176, 192, 207, 211, 218-219, 284-285, 289-290, 307, 312, 345, 353, 367, Estados Unidos, 1996.

23. Para ejemplos documentados, ver Sowell, Thomas, *Wealth, poverty and politics*, *op. cit.*, pp. 396-402.

24. «Degrees conferred, by level, discipline and gender, 2018-19», *The Chronicle of Higher Education*, 20 de agosto de 2021, p. 43.

25. Ibídem.

26. Ver Furchtgott-Roth, Diana, *Women's figures: An illustrated guide to the economic progress of women in America*, AEI Press, Estados Unidos, 2012. Ver también Sowell, Thomas, *Economic facts and fallacies*, Basic Books, capítulo 3, Estados Unidos, 2015, y Sowell, Thomas, *Affirmative action reconsidered: Was it necessary in Academia?*, AEI Press, pp. 23-27, Estados Unidos, 1975.

27. Semega, Jessica, *et al.*, «Income and poverty in the United States: 2019» en *Current Population Reports*, U. S. Government Printing Office, pp. 11, 51, Estados

Unidos, 2020 y 2021.

28. Bureau of Labor Statistics, «Who chooses part-time work and why?», *Monthly Labor Review*, marzo de 2018, pp. 5-7. Ver también Sowell, Thomas, *Economic facts and fallacies, op. cit.*, pp. 61, 69, 72, 74, 82-83, 89, y Sowell, Thomas, *Affirmative action reconsidered, op. cit.*, pp. 23, 24. Ver también Furchtgott-Roth, Diana, *op. cit.*, pp. 17-18.

29. Ver Iceland, John, y Redstone, Ilana, «The declining earnings gap between young women and men in the United States, 1979-2018», *Social Science Research*, 92 (2020), pp. 1-11; Furchtgott-Roth, Diana, *op. cit.*, pp. 14-16, 19; Sowell, Thomas, *Affirmative action reconsidered, op. cit.*, pp. 28, 31-33; Farrell, Warren, *Why men earn more: The startling truth behind the pay gap and what women can do about it*, Amacom, p. xxiii, Estados Unidos, 2005; Hattiangadi, Anita U., y Habib, Amy M., *A closer look at comparable worth*, Employment Policy Foundation, p. 43, Estados Unidos, 2000; Sowell, Thomas, *Education: assumptions versus history*, Hoover Institution Press, pp. 95, 97, Estados Unidos, 1986; Baker, Laurence C., «Differences in earnings between male and female physicians», *The New England Journal of Medicine*, 11 de abril de 1996, p. 960; Bertrand, Marianne, y Hallock, Kevin, «The gender gap in top corporate jobs», *Industrial and Labor Relations Review*, octubre de 2001, p. 17.

30. «The economic role of women», U. S. Government Printing Office, 1973, p. 105.

31. Dean, Sam, y Bhuiyan, Johana, «Why are Black and Latino people still kep out of tech industry?», *San Francisco Chronicle*, 7 de julio de 2020, p. C1.

32. U. S. Department of Education, *Digest of Education Statistics 2019*, National Center of Education Statistics, p. 345, Estados Unidos, 2021.

33. Ibídem, p. 351.

34. Bin Hashim, Mohamed Stuffian, «Problems and issues of higher education development in Malaysia» en *Development of higher education in Southeast Asia: Problems and issues*, Regional Institute of Higher Education Development, tabla 8, pp. 70-71, Singapur, 1973.

35. Horowitz, Donald L., *Ethnic groups in conflict*, University of California Press, p. 267, Estados Unidos, 1985; Winer, Myron, «The pursuit of ethnic equality through preferential policies: A comparative public policy perspective» en *From independence to statehood*, Frances Pinter, p. 64, Reino Unido, 1984; Enloe, Cynthia H., *Police, Military and ethnicity: Foundations of state power*, Transaction Books, p. 143, Canadá, 1980.

36. Braudel, Fernand, *A history of civilizations*, The Penguin Press, p. 17, Estados Unidos, 1994.

37. Oliphant, James, «Faith's role in picking a new justice», *Los Angeles Times*, 22 de abril de 2010, p. A11; Baker, Peter, «Kagan is sworn in as the fourth woman, and 112th justice, on the Supreme Court», *The New York Times*, 8 de agosto de 2010, pp. 1, 13; Zauzmer, Julie, «Back home, Supreme Court nominee is active in a liberal episcopalian church», *The Washington Post*, 4 de febrero de 2018, p. B2; David, Julie Hirschfeld, «In highlight for president, Gorsuch is sworn in as court's 113th justice», *The New York Times*, 11 de abril de 2017, p. A19. Ésta no fue en absoluto la única disparidad estadística entre los jueces. Durante once años consecutivos, todos los jueces del Tribunal Supremo eran licenciados en derecho por una de las tres facultades de Derecho de la Ivy League —Harvard, Yale y Columbia—. Baker, Peter, «Kagan is sworn in as the fourth woman, and 112th justice, on the Supreme Court», *The New York Times*, 8 de agosto de 2010, pp. 1, 13; Wan, William, «The high court's Ivy League problem», *The Washington Post*, 13 de julio de 2018, p. A4; Fandos, Nicholas, «Barrett sworn in to Supreme Court after 52-48 vote», *The New York Times*, 27 de octubre de 2020, p. A1.

38. Sandstrom, Aleksandra, «Faith on the hill: The religious composition of the 116th congress», Pew Research Center, enero de 2019, p. 3.

39. Sowell, Thomas, «New light on black I. Q.», *The New York Times*, 27 de marzo de 1977, pp. 56-58, 60, 62; Sowell, Thomas, *Intellectuals and Society*, Basic Books, capítulo 17, Estados Unidos, 2011.

40. Freitas-Vilela, Ana Amélia, *et al.*, «Maternal dietary pattern during pregnancy and intelligence quotients in the offspring at 8 years of age: Findings from the ALSPAC cohort», *Maternal & Child Nutrition*, 14, 1 (2018), pp. 1-11; Helland, Ingrid B., *et al.*, «Maternal supplementation with very-long-chain n-3 fatty acids during pregnancy and lactation augments children's IQ at 4 years of age», *Pediatrics*, 111, 1 (2002), pp. e39-e44.

41. Ver, por ejemplo, McNulty, Helene, *et al.*, «Effect of continued folic acid supplementation beyond the first trimester of pregnancy on cognitive performance in the child: A follow-up study from a randomized controlled trial (FASSTT Offspring Trial)», *BMC Medicine*, 17 (2019), pp. 1-11; Caffrey, Aoife, *et al.*, «Effects of maternal folic acid supplementation during the second and third trimester of pregnancy on neurocognitive development in the child: An 11-year follow-up from a randomised controlled trial», *BMC Medicine*, 19 (2021), pp. 1-13; Streissguth, Ann P., Barr, Helen M., y Sampson, Paul D., «Moderate prenatal alcohol exposure: Effects on child IQ and learning problems at age 7 ½ years», *Alcoholism: Clinical and Experimental Research*, 14, 5 (1990), pp. 662-669; Abel, Ernest L., y Sokol,

Robert J., «Incidence of fetal alcohol syndrome and economic impact of FAS-related anomalies», *Drug and Alcohol Dependence*, 19, 1 (1987), pp. 51-70; Eberhard, Johann K., y Parnell, Scott E., «The genetics of fetal alcohol spectrum disorder», *Alcoholism: Clinical and Experimental Research*, 40, 6 (2016), pp. 1154-1165; Riley, Edward P., Infante M. Alejandra y Warren, Kenneth R., «Fetal alcohol spectrum disorders: An overview», *Neuropsychology Review*, 21, 2 (2011), pp. 73-80.

42. Rohrer, Julia M., Egloff, Boris, y Schmukle, Stefan C., «Examining the effects of birth order on personality», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112, 46 (2015), p. 14225; Belmont, Lillian, y Marolla, Francis A., «Birth order, family size, and intelligence», *Science*, 182, 4117 (1973), p. 1098; Black, Sandra E., Devereux, Paul J., y Salvanes, Kjell G., «Older and wiser? Birth order and IQ of young men», *CESifo Economic Studies*, 57, (2011), pp. 109, 112, 116.

43. Booth, Alison L., y Kee, Hiau Joo, «Birth order matters: The effect of family size and birth order on educational attainment», *Journal of Population Economics*, 22, 2 (2009), p. 377.

44. Very, Philio S., y Prull, Richard W., «Birth order, personality development, and the choice of law as a profession», *Journal of Genetic Psychology*, 116, 2 (1970), pp. 219-221; Zweigenhaft, Richard L., «Birth order, approval-seeking and membership in congress», *Journal of Individual Psychology*, 31, 2 (1975), p. 208; Altus, William D., «Birth order and its sequelae», *Science*, 151 (1966), pp. 44-49.

45. Altus, Williams D., *op. cit.*, p. 45.

46. Behrman, Jere R., y Taubman, Paul, «Birth order, schooling and earnings», *Journal of Labor Economics*, 4, 3 (1986), p. S136; «Astronauts and Cosmonauts: Biographical and statistical data», *Congressional Research Service*, agosto de 1993; Schubert, Daniel S. P., Wagner, Mazie E., y Schubert, Herman J. P., «Family constellation and creativity: Firstborn predominance among classical music composers», *The Journal of Psychology*, 95, 1 (1977), pp. 147-149; Gary-Bobo, Robert J., Prieto, Ana, y Picard, Natalie, «Birth order and sibship sex composition as instruments in the study of education and earnings», *Centre for Economic Policy Research*, 5514 (2006), p. 22.

47. Anderson, Amy L., «Individual and contextual influences on delinquency: The role of the single-parent family», *Journal of Criminal Justice*, 30 (2002), pp. 575-587; Ziol-Guest, Kathleen M., Duncan, Greg J., y Kalil, Ariel, «One-parent students leave school earlier», *Education Next*, 2015, pp. 37-41; Spencer, Nick, «Does material disadvantage explain the increased risk of adverse health, educational, and behavioral outcomes among children in lone parent household in Britain? A cross sectional study», *Journal of Epidemiology and Community Health*,

59 (2005), pp. 152-157; Bartholomew, James, *The welfare state we're in*, Politico's Publishing Ltd., pp. 275, 276, 278, Reino Unido, 2006.

48. Gallagher, Maggie, «Fatherless boys grow up into dangerous men», *The Wall Street Journal*, 1 de diciembre de 1998, p. A22; Cornel, Dewey G., Benedek, Elissa P., y Benedek, David M., «Characteristics of adolescents charged with homicide: Review of 72 cases», *Behavioral Sciences & the Law*, 5, 1 (1987), pp. 13, 14; Baskerville, Stephen, «Is there really a fatherhood crisis?» en *The Independent Review*, 8, 4 (2004), pp. 485-485; Theobald, Delphine, Farrington, David P., y Piquero, Alex, «Childhood broken homes and adult violence: An analysis of moderators and mediators», *Journal of Criminal Justice*, 41 (2013), pp. 44-45, 47-50.

49. Baskerville, Stephen, «Is there really a fatherhood crisis?», *The Independent Review*, 8, 4 (2004), p. 485.

50. «Boys with absentee dads twice as likely to be jailed», *The Washington Post*, 21 de agosto de 1998, p. A3.

51. Ellis, Bruce J., *et al.*, «Does father absence place daughters at special risk for early sexual activity and teenage pregnancy», *Child Development*, 74, 3 (2003), pp. 801-821; Baskerville, Stephen, *op. cit.*; James Bartholomew, *op. cit.*, p. 276.

52. Ver, por ejemplo, Dalrymple, Theodore, *Life at the bottom: The worldview that makes the underclass*, Ivan R. Dee, p. viii, Estados Unidos, 2001; James Bartholomew, *op. cit.*, pp. 275, 276, 278.

53. Ver, por ejemplo, Theodore Dalrymple, *op. cit.*; Bartholomew, James, *op. cit.*, capítulos 4 y 6.

54. «Choose your parents wisely», *The Economist*, 26 de julio de 2014, p. 22; Hart, Betty y Risley, Todd R., *Meaningful differences in the everyday experience of young American children*, Paul H. Brookes Publishing Co., pp. 124, 125-126, 128, 198-199, 247, Estados Unidos, 1995.

55. U. S. Bureau of the Census, «Selected population profile in the United States», *2019 American Community Survey*, tabla S0201.

56. U. S. Bureau of the Census, «Age— All people (both sexes combined) by median and mean income: 1974 to 2020», *Current Population Survey*, 1975-2021, tabla P-10.

57. *The Economist*, *op. cit.*, p. 18.

58. Mellor, Roy E. H., y Smith, E. Alistair, *Europe: A geographical survey of the continent*, Columbia University Press, p. 3, Estados Unidos, 1979; Orme, Antony R., «Coastal Environments» en *The physical geography of Africa*, Oxford University Press, p. 238, Reino Unido, 1996; *Encyclopedia Britannica, Britannica Concise Encyclopedia, Encyclopaedia Britannica*, p. 643, Estados Unidos, 2006.

59. Mellor, Roy E. H., y Smith, E. Alistair, *op. cit.*

60. Ibídem.

61. Smith, Adam, *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, Modern Library, pp. 20-21, Estados Unidos, 1937. [Versión en castellano: *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.]

62. Smith, Adam, *The theory of moral sentiments*, Liberty Classics, p. 337, Estados Unidos, 1976. [Versión en castellano, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.]

63. Ver, por ejemplo, Hace, William A., *The geography of modern Africa*, Columbia University Press, pp. 3-6, 12-19; 32-33, Estados Unidos, 1964; Braudel, Fernand, *op. cit.*, pp. 117-126; Bloom, David E., *et al.*, «Geography, demography, and economic growth in Africa», Brookings Papers on Economic Activity, 1998, 2 (1998), pp. 207-273. Ver también Sowell, Thomas, *Conquests and cultures: An international history*, Basic Books, pp. 99-109, Estados Unidos, 1998.

64. Braudel, Fernand, *op. cit.*, p. 120.

65. Jones, A. H. M., *The later Roman Empire 284-602: A social and administrative survey*, University of Oklahoma Press, volumen 2, pp. 841-842, Estados Unidos, 1964.

66. Churchill Semple, Ellen, *The geography of the Mediterranean region: Its relation to ancient history*, Henry Holt and Company, p. 5, Estados Unidos, 1931.

67. Churchill Semple, Ellen, *op. cit.*, p. 280.

68. Ibídem.

69. Mellinger, Andrew D., Sachs, Jeffrey D., y Gallup, John L., *op. cit.*, pp. 169, 177-179, 182. Atención especial al mapamundi de la página 178.

70. Ver, por ejemplo, Troeh, Frederik R., y Thomson, Louis M., *Soils and soil fertility*, Blackwell, p. 330, Estados Unidos, 2005; Xiaobing, Liu, *et al.*, «Overview of millisols in the world: Distribution, land use and management», *Canadian Journal of Soil Science*, 92 (2012), pp. 383-402; Hess, Darrell, *McKnight's Physical geography: A landscape appreciation*, Pearson Education, Inc., pp. 362-363, Estados Unidos, 2014.

71. Murray, Charles, *Human accomplishment: The pursuit of excellence in the arts and sciences, 800 B.C. to 1950*, Harper Collins, pp. 355-361, Estados Unidos, 2003.

72. Mellinger, Andrew D., Sachs, Jeffrey D., y Gallup, John L., *op. cit.*, pp. 169, 180, 181.

73. Ibídem, pp. 178, 179, 182, 183.

74. Sharer, Robert J., *The ancient maya*, Stanford University Press, p. 455, Estados Unidos, 1994.

75. Diamond, Jared, *Guns, germs, and steel: The fates of human societies*, W. W. Norton, p. 352, Estados Unidos, 1997. [Versión en castellano: *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Debate, Madrid, 2020.]

76. Landers, David S., *The wealth and poverty of nations: Why some are so rich and some so poor*, W. W. Norton & Company, pp. 4-5, Estados Unidos, 1998. [Versión en castellano: *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Crítica, Barcelona, 2000.]

77. Ibídem, p. 6.

78. Ver, por ejemplo, Magosci, Paul Robert, *A history of Ukraine*, University of Washington Press, p. 6, Estados Unidos, 1996; Judt, Tony, *Postwar: A history of Europe since 1945*, Penguin Books, p. 648, Estados Unidos, 2006. [Versión en castellano: *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid, 2006]; Duffy, Peter, «75 years later, survivor helps commemorate Ukrainian famine», *The New York Times*, 19 de diciembre de 2007, p. B3; Horner, Will, y Maltais, Kirk, «Ukraine tensions drive up wheat prices», *The Wall Street Journal*, 1 de febrero de 2022, p. B11.

79. Ver, por ejemplo, *Economic facts and fallacies*, capítulo 3. Ver también Furchgott-Roth, Diana, *op. cit.*

80. «The world's least honest cities», *The Telegraph*, 25 de septiembre de 2013.

81. Felten, Eric, «Finders keepers», *Reader's Digest*, abril de 2001, pp. 102-107.

82. Ver Fisman, Raumond, y Miguel, Edward, «Cultures of corruption: Evidence from diplomatic parking tickets», *National Bureau of Economic Research*, 12312 (2006), tabla 1, pp. 19-22.

83. Mill, John Stuart, *Collected works of John Stuart Mill, Vol. III: Principles of political economy with some of their applications to social philosophy*, University of Toronto Press, p. 882, Canadá, 1965. [Versión en castellano: *Principios de economía política*, Síntesis, Madrid, 2008.]

84. McKay, John P., *Pioneers for profit: Foreign entrepreneurship and Russian industrialization 1885-1913*, University of Chicago Press, pp. 176, 187, Estados Unidos, 1970; Randall, Linda M., *Reluctant capitalists: Russia's journey through market transition*, Routledge, pp. 56-57, Estados Unidos, 2001; Rajan, Raghuram G., y Zingales, Luigi, *Saving capitalism from the capitalists*, Princeton University Press, p. 57, Estados Unidos, 2004; MacWilliams, Bryon, «Reports of bribe-taking at Russian universities have increased, authorities say», *The Chronicle of Higher Educa-*

tion, 18 de abril de 2002; *Transparency International, Transparency International Corruption Perceptions Index 2021, Transparency International Secretariat*, pp. 2-3, Alemania, 2022.

85. Stumpp, Karl, *The German-Russians: Two centuries of pioneering*, Edition Atlantic-Forum, p. 68, Alemania, 1967.

86. Das, Gurcharan, *India unbound: The social and economic revolution from independence to the global information age*, Alfred A. Knopf, p. 143, Estados Unidos, 2001. Para más información sobre los comerciantes chinos de ultramar, ver Barton, Clifton A., «Trust and credit: Some observations regarding business strategies of ethnic Chines traders in South Vietnam», y Landa, Janet T., «The political economy of the ethnically homogenous Chines middleman group in Southeast Asia: Ethnicity and entrepreneurship in a plural society», en *The Chinese in Southeast Asia, Vol. I: Ethnicity and Economic Activity*, Mazuren Asia, pp. 53, 90, Singapur, 1983.

87. Shield, Renée Rose, *Diamond stories: Enduring change on 47th Street*, Cornell University Press, capítulo 5, Estados Unidos, 2002.

88. Evans, Eric J., *The shaping of modern Britain: Identity, industry and empire, 1780-1914*, Longman, p. 136, Estados Unidos, 2011.

89. Murdoch, Brian, «Introduction», en *German literature of the Early Middle Ages*, Camden House, volumen 2, p. 10, Estados Unidos, 2004; Zacher, Samantha, «Introduction to medieval literature», *A Companion to British Literature, Vol I.: Medieval Literature 700-1450*, Wiley-Blackwell, p. xxxv, Reino Unido, 2014; Sedlar, Jean W., *East Central Europe in the Middle Ages, 1000-1500*, University of Washington Press, pp. 440, 447, 449, Estados Unidos, 1994.

90. East, Gordon, «The concept and political status of the shatter zone», en *Geographical Essays on Eastern Europe*, Indiana University Press, p. 14, Estados Unidos, 1961.

91. Pinker, Steven, *The better angels of our nature: Why violence has declined*, Viking, pp. 85-87, Estados Unidos, 2011. [Versión en castellano: *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2018.]

92. Landers, David S., *op. cit.*, p. 250.

93. Cipolla, Carlo M., *Literacy and development in the West*, Penguin Books, pp. 16, 17, Estados Unidos, 1969. [Versión en castellano: *Educación y desarrollo en Occidente*, Ariel, Barcelona, 1970.]

94. Ver, por ejemplo, Pounds, N. J. G, *A historical geography of Europe*, Cambridge University Press, Reino Unido, 1990; Murray, Charles, *op. cit.*, pp. 295-303.

95. Nkemdirim, Bernard, «Social change and the genesis of political conflict in Nigeria», *Civilisations*, 25, 1-2 (1975), p. 94.

96. Sowell, Thomas, *Affirmative action around the world: An empirical study*, Yale University Press, p. 100, Estados Unidos, 2004; Chua, Amy, *op. cit.*, pp. 108, 109.

97. Hucker, Charles O., *China's imperial past: An introduction to Chinese history and culture*, Stanford University Press, p. 65, Estados Unidos, 1975; Gernet, Jacques, *A history of Chinese civilization*, Cambridge University Press, pp. 69, 138, 140, Estados Unidos, 1985.

98. Gernet, Jacques, *op. cit.*, pp. 288, 333-336.

1. Grant, Madison, *The passing of the great race or the racial basis of European history*, Charles Scribner's Sons, p. 100, Estados Unidos, 1918.

2. U. S. Bureau of the Census, «The social and economic status of the black population in the United States: An historical view, 1790-1978», *Current Population Reports*, 80, p. 31; U. S. Bureau of the Census, «Race and Hispanic origin of householder families by median and mean income: 1947 to 2001», *Current Population Survey*, 1948-2022, tabla F-5.

3. U. S. Bureau of the Census, «Selected population profile in the United States», *2019 American Community Surveys*, tabla S0201.

4. Ibídem.

5. Ibídem.

6. Ibídem.

7. U. S. Bureau of the Census, «Selected characteristics of people 15 years old and over by total money income in 2020, work experience in 2020, race, Hispanic origin, and sex», *Current Population Survey*, 2021, tabla PINC-01.

8. Un estudio del Banco de la Reserva Federal de St. Louis halló que el 2 por ciento de las familias negras eran millonarias. (Hernández Kent, Ana, y Ricketts, Lowell R., «Wealth gaps between White, Black and Hispanic families in 2019», *Federal Reserve Bank of St. Louis*, enero de 2021.) Los datos del censo muestran que había más de 10 millones de familias negras. Esto significa que había miles de familias negras millonarias. U. S. Bureau of the Census, «Family groups: 2020», *Current Population Survey*, 2020, tabla FG10.

9. «A league of their own», *Forbes*, junio/julio de 2022, p. 21; «Forbes 400», *Forbes*, octubre de 2020, p. 104.

10. Shrider, Emily A., *et al.*, «Income and poverty in the United States: 2020», *Current Population Reports*, pp. 57-59.

11. U. S. Bureau of the Census, «Poverty status of families, by type of family, presence of related children, race, and Hispanic origin: 1959 to 2020», *Current Population Survey*, 1960-2011, tabla 4; Shrider, Emily, *op. cit.*, pp. 14, 56.

12. U. S. Bureau of the Census, *op. cit.*, tabla 4.

13. Ibídem.

14. Estos datos del Departamento de Educación del Estado de Nueva York se citan en Sowell, Thomas, *Charter schools and their enemies*, Basic Books, pp. 49, 140-187, Estados Unidos, 2020. Estos datos están disponibles en internet para todo aquel que desee comparar los resultados de las escuelas concertadas con los resultados de las mismas comunidades, ya sea con fines investigadores o para elegir el lugar al que enviar a sus hijos.

15. Los datos del Departamento de Educación del Estado de Nueva York se muestran en Sowell, Thomas, *Charter schools and their enemies*, p. 49.

16. Fraizer, E. Franklin, «The impact of urban civilization upon negro family life», *American Sociological Review*, 2, 5 (1937), p. 615.

17. Lanman, Charles, *Dictionary of the United States Congress*, Government Printing Office, p. 537, Estados Unidos, 1864; McWhiney, Grady, *Cracker culture: Celtic ways in the old south*, University of Alabama Press, p. 253, Estados Unidos, 1988.

18. Gray, Lewis Cecil, *History of agriculture in the southern United States to 1860*, Carnegie Institution of Washington, vol. II, p. 831, Estados Unidos, 1933.

19. Vance, Rupert B., *Human geography of the south: A study in regional resources and human adequacy*, University of North Carolina Press, pp. 167-168, 175, Estados Unidos, 1932.

20. McWhiney, Grady, *op. cit.*, p. 196.

21. Tocqueville, Alexis de, *Democracy in America*, Alfred A. Knopf, vol. I, pp. 362-363, Estados Unidos, 1989. [Versión en castellano: *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.]

22. Olmsted, Frederick Law, *The cotton kingdom: A traveller's observations on cotton and slavery in the American slave states*, Alfred A. Knopt, pp. 12, 64, 65, 87, 90, 147, 327, 391, Estados Unidos, 1953.

23. Lee, Robert E., *Lee's dispatches: Unpublished letters of General Robert E. Lee, C. S. A to Jefferson Davis and the War Department of the Confederate States of America*, 1862-65, G. P. Putnam's Sons, p. 8, Estados Unidos, 1957.

24. Helper, Hinton Rowan, *The impending crisis of the south: How to meet it*, A. B. Burdick, pp. 40, 41, 44, 381, Estados Unidos, 1860.

25. Phillips, Ulrich Bonnell, *The slave economy of the old south: Selected essays in economic and social history*, Louisiana State University Press, p. 107, Estados Unidos, 1968.

26. Vance, Rupert B., *op. cit.*, pp. 148, 168, 304.

27. U. S. Bureau of the Census, «Total population», *2011-2015 American Community Survey*, tabla B01003; U. S. Bureau of the Census, «Median household income in the past 12 months (in 2015 inflation-adjusted dollars)», *2011-2015 American Community Survey*, tabla B19013.

28. Barrouquere, Brett, y Lovan, Dylan T., «Kentucky country feels food stamp reductions sharply», *The Washington Post*, 2 de febrero de 2014, p. A5.

29. Ver los datos en las siguientes publicaciones: U. S. Bureau of The Census, *Per capita income, median family income, and low income status in 1969 for states, standard metropolitan statistical areas, and counties: 1970*, Government Printing Office, pp. 7, 83, Estados Unidos, 1974; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 1972*, U. S. Government Printing Office, pp. 19, 186, 189, 198, 201, Estados Unidos, 1973; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 1983*, U. S. Government Printing Office, pp. 26, 214, 222, 228, 236, Estados Unidos, 1983; U. S. Bureau of the Census, *1980 Census of population, vol. I: General social and economic characteristics*, U. S. Government Printing Office, parte 1, pp. 1-10t, Estados Unidos, 1983; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 1994*, U. S. Government Printing Office, pp. 23, 214, 219, 228, 233, Estados Unidos, 1994; U. S. Bureau of the Census, *1990 census of population: Social and economic characteristics, United States*, U. S. Government Printing Office, p. 48, Estados Unidos, 1993; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 2000*, U. S. Government Printing Office, pp. 33, 34, 81, 82, 210, 225, 226, Estados Unidos, 2001; U. S. Bureau of the Census, «Money income in the United States: 1997 (with sperate data on valuation of noncash benefits)», *Current Population Reports*, p. vii; U. S. Bureau of the Census, «2020 poverty and median household income —counties, states, and national», *Small Area Income and Poverty Estimates (SAIPE) Program*, diciembre de 2021; U. S. Bureau of the Census, «QuickFacts», para los condados de Clay y Owsley, en Kentucky; Chen, Frances, y Semega, Jessica, «Income and poverty in the United States: 2020», *Current Population Reports*, p. 27.

30. Lowrey, Annie, «Bluegrass-state blues», *The New York Times Magazine*, 29 de junio de 2014, p. 13.

31. U. S. Bureau of the Census, «Selected characteristics of the total and native populations in the United States», *2010-2014 American Community Survey*, tabla S0601.

32. Ver los datos de las siguientes publicaciones: U. S. Bureau of the Census, *Per capita income, median family income, and low income status in 1969 for states, standard metropolitan statistical areas, and counties: 1970*, pp. 7, 83; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 1972*, pp. 19, 186, 189, 198, 201; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 1983*, pp. 26, 214, 222, 228, 236; U. S. Bureau of the Census, *1983 Census of population, vol. I: General social and economic characteristics*, parte 1, pp. 1-10t; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 1994*, pp. 23, 214, 219, 228, 233; U. S. Bureau of the Census, *1990 Census of populations: Social and economic characteristics, United States*, p. 48; U. S. Bureau of the Census, *County and city data book: 2000*, pp. 33, 34, 81, 82, 210, 225, 226; U. S. Bureau of the Census, «Money income in the United States: 1997 (with separate data on valuation of noncash benefits)», *Current Population Reports*, p. vii; U. S. Bureau of the Census, «2020 poverty and median household income estimates —counties, states, and national», *Small Area Income and Poverty Estimates (SAIPE) Program*, diciembre de 2021; U. S. Bureau of the Census, «QuickFacts» para los siguientes condados en Kentucky: Breathitt, Clay, Jackson, Lee, Leslie y Mogoffin; Shrider, Emily A., *op. cit.*, p. 27.

33. Churchill Semple, Ellen, *op. cit.*, p. 113.

34. Ibídem.

35. Ver, por ejemplo, McNeill, J. R., *The mountains of the Mediterranean world: An environmental history*, Cambridge University Press, pp. 27, 44, 46, 104, 110, 142-143, Estados Unidos, 1992; Churchill Semple, Ellen, *op. cit.*, pp. 521, 522, 530, 531, 599, 600; Braudel, Fernand, *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*, University of California Press, vol. I, pp. 38, 46, 57, 97, Estados Unidos, 1995; B. Vance, Rupert, *op. cit.*, pp. 242, 246-247; Banfield, Edward C., *The moral basis of a backward society*, The Free Press, Estados Unidos, 1958. Ver también Gregory, James N., *The southern diaspora: How the great migrations of black and white southerners transformed America*, University of North Carolina Press, p. 76, Estados Unidos, 2005; una reveleradora elaboración de la cultura *hillbilly* americana formaba parte de un libro superventas de J. D. Vance, *Hillbilly, una elegía rural*, Deusto, Barcelona, 2017.

36. Obama, Barack, *Dreams from my father: A story of race and inheritance*, Crown Publishers, p. 254, Estados Unidos, 2004. [Versión en castellano: *Los sueños de mi padre: Una historia de raza y herencia*, Debate, Madrid, 2017.]

37. Todd, Moyre, J., *Freedom flyers: The Tuskegee airmen of World War II*, Oxford University Press, p. 13, Estados Unidos, 2010; Weil, Martin, «Benjamin O. Davis, Jr., 89, dies; First black general in Air Force», *The Washington Post*, 6 de julio de 2022, p. B7; «Black colonel getting general's rank», *The New York Times*, 26

de enero de 1970, p. 13; Thimmesch, Nick, «'Chappie' James: A remarkable human being», *Human Events*, 18 de marzo de 1978, p. 218.

38. Tocqueville, Alexis de, *op. cit.*, vol I, p. 365.

39. Law Olmsted, Frederick, *op. cit.*, pp. 476n, 614-622.

40. Helper, Hinton Rowan, *op. cit.*, p. 34.

41. McWhiney, Grady, *op. cit.*, capítulos 2 y 3; Fischer, David Hackett, *Albion's seed: Four British folkways in America*, Oxford University Press, pp. 365-368, 740-743, Estados Unidos, 1989.

42. [Moynihan, Daniel Patrick], *The negro family: The case for national action*, Government Printing Office, p. 8, Estados Unidos, 1965. Moynihan no fue identificado como el autor cuando se publicó de forma anónima hasta que se suscitó la polémica.

43. Ver, por ejemplo, los datos de Murray, Charles, *Coming apart: The state of white American 1960-2010*, Crown Forum, p. 160, Estados Unidos, 2012.

44. Ibídem.

45. Ibídem; Moynihan, Daniel Patrick, *op. cit.*, p. 161.

46. Centers for Disease Control and Prevention, U. S. Department of Health and Human Services, «Births: Final data for 2000», *National Vital Statistics Reports*, 50, 5 (2022), tabla 19, p. 49.

47. Murray, Charles, *op. cit.*, p. 161.

48. Bartholomew, James, *The welfare of nations*, The Cato Institute, p. 164, Estados Unidos, 2016.

49. Holmes, Oliver Wendell, *Collected legal papers*, Peter Smith, pp. 230-231, Estados Unidos, 1952.

50. John Dewey, por ejemplo, dijo de las personas que no estaban de acuerdo con él sobre si los tratados de desarme que él defendía eran tan eficaces para evitar la guerra como lo sería aumentar la defensa militar, que tenían «la estupidez de las mentes atadas a la costumbre». Dewey, John, «Outlawing peace by discussing war», *The New Republic*, 16 de mayo de 1928, p. 370. Otro de los primeros progresistas destacados, el profesor Edward A. Ross, autor de 28 libros, se refirió a las personas con un punto de vista diferente como portavoces «mantenidos» de grupos de interés, un «cuerpo mercenario» en contraposición a «nosotros, los campeones del bienestar social». Ross, Edward Alsworth, *Seventy years of it: An autobiography*, D. Appleton-Century Company, pp. 97-98, Estados Unidos, 1936. Entre los progresistas de una etapa posterior, el profesor Paul Krugman, en su libro *Contra los zombis*, se refirió a la «falta de honradez», «la mala fe» y las ideas

«zombi» de los conservadores. Krugman, Paul, *Arguing with zombies: Economics, politics and the fight for a better future*, W. W. Norton, pp. 7-8, Estados Unidos, 2021. [Versión en castellano: *Contra los zombis: economía, política y la lucha por un futuro mejor*, Crítica, Barcelona, 2020.] En una línea similar, el profesor Andrew Hacker se limitó a declarar que «a los conservadores no les importa realmente si los negros estadounidenses son felices o infelices». Hacker, Andrew, *Two nations: Black and white, separate, hostile, unequal*, Charles Scribner's Sons, p. 51, Estados Unidos, 1992.

51. Madison Grant, una figura central entre los primeros progresistas, dijo: «Hoy en día existe una creencia generalizada y fatua en el poder del entorno, así como de la educación y la oportunidad de alterar la herencia, que surge del dogma de la hermandad del hombre, derivado a su vez de los pensadores de la Revolución francesa y de sus imitadores estadounidenses». Grant, Madison, *op. cit.*, p. 16. Ver también Brigham, Carl, *A study of American intelligence*, Princeton University Press, pp. xx, xxi, 75-78, 143-147, 154, 189, 190-192, 194, 197, 202, 209-210, Estados Unidos, 1923. Ver también las páginas vii-viii de *Foreword*, obra de Robert M. Yerkes; Yoakum, Clarence S., y Yerkes, Robert M., *Army mental tests*, Henry Holt and Company, pp. 17, 30, Estados Unidos, 1920; Yerkes, Robert M., National Academy of Sciences, *Psychological examining in the United States Army*, Government Printing Office, vol. XV, parte III, pp. 553, 742, 785, 789, 791, Estados Unidos, 1921.

52. Klineberg, Otto, *Race differences*, Harper & Brothers, p. 182, Estados Unidos, 1935.

53. McPherson, James M., *The abolitionist legacy: From reconstruction to the NAACP*, Princeton University Press, pp. 165, 172-174, Estados Unidos, 1975.

54. Ibídem, pp. 206, 367, 371-372; Dittmer, John, *Black Georgia in the progressive era: 1900-1920*, University of Illinois Press, p. 115, Estados Unidos, 1977. Ver también las páginas 141-148. Anderson, James D., *The education of blacks in the south, 1860-1935*, University of North Carolina Press, pp. 4, 20-23, 94-102, Estados Unidos, 2010.

55. Riley, Jason L., «Philanthropy and black education», *City Journal*, 2016, pp. 82, 84, 86.

56. Dittmer, John, *op. cit.*, p. 115.

57. Sherman, Mandel, y Key, Cora B., «The intelligence of isolated mountain children», *Child Development*, 3, 4 (1932), pp. 279, 283. Ver también Wheeler, Lester R., «A comparative study of the intelligence of east Tennessee mountain children», *Journal of Educational Psychology*, XXXIII, 5 (1942), pp. 327-328; Wheeler,

Lester R., «The intelligence of east Tennessee mountain children», *Journal of Educational Psychology*, 23, 5 (1932), pp. 361, 363.

58. Vernon, Philip E., *Intelligence and cultural environment*, Methuen & Co., Ltd., p. 155, Reino Unido, 1969. [Versión en castellano: *Inteligencia y entorno cultural*, Marova Ediciones, Madrid, 2010.]

59. Gordon, Hugh, *Mental and scholastic tests among retarded children*, His Majesty's Stationery Office, p. 39, Reino Unido, 1923.

60. Pintner, Rudolf, *Intelligence testing: Methods and results*, Henry Holt and Company, p. 352, Estados Unidos, 1923; Pintner, Rudolf, y Keller, Ruth, «Intelligence tests of foreign children», *Journal of Educational Psychology*, 13, 4 (1922), pp. 214, 215.

61. Kirkpatrick, Clifford, *Intelligence and immigration*, The Williams & Wilkins Company, pp. 24, 31, 34, Estados Unidos, 1926.

62. Klineberg, Otto, «Mental testing of racial and national groups», en *Scientific aspects of the race problem*, Catholic University Press, pp. 182-183, Estados Unidos, 1941.

63. U. S. Bureau of the Census, «Total population», *2011-2015 American Community Survey*, tabla B01003; U. S. Bureau of the Census, «Median household income in the past 12 months (in 2015 inflation-adjusted dollars)», *2011-2015 American Community Survey*, tabla B19013; U. S. Bureau of the Census, «2020 poverty and median household income estimates— counties, states, and national», *Small Area Income and Poverty Estimates (SAIPE) Program*, diciembre de 2021; U. S. Bureau of the Census, «QuickFacts», para los siguientes condados de Kentucky: Breathitt, Clay, Jackson, Lee, Leslie, Mogoffin y Owsley; Shrider, Emily A., *et al.*, *op. cit.* Ver también Barrouquere, Brett, y Lovan, Dylan T., *op. cit.*; Lowrey, Annie, *op. cit.*

64. Sherman, Mandel, y Key, Cora B., *op. cit.*, pp. 279, 283.

65. Wheeler, Lester R., «A comparative study of the intelligence of east Tennessee mountain children», *Journal of Educational Psychology*, XXXIII, 5 (1942), pp. 327-328. Ver también Wheeler, Lester R., «The intelligence of east Tennessee mountain children», *Journal of Educational Psychology*, 23, 5 (1932), pp. 360, 363. Un estudio de Lacy, por ejemplo, mostró que el coeficiente de inteligencia promedio de los niños negros descendió constantemente de 99 a 87 en los cuatro primeros cursos escolares, mientras que el coeficiente de inteligencia de los blancos permaneció prácticamente estable. Klineberg, Otto, *op. cit.*, p. 290.

66. Wheeler, Lester R., «A comparative study of the intelligence of east Tennessee mountain children», *Journal of Educational Psychology*, XXXIII, 5 (1942),

p. 322.

67. Ibídem, pp. 327, 328.

68. Churchill Semple, Ellen, *op. cit.*, p. 532.

69. Ver, por ejemplo, McNeill, J. R., *op. cit.*, pp. 27, 44, 46, 104, 110, 142-143; Churchill Semple, Ellen, *op. cit.*, pp. 521, 522, 530, 531, 599, 600; Braudel, Fernand, *op. cit.*, pp. 38, 46, 57, 97; Vance, Rupert B., *op. cit.*, pp. 242, 246-247; Banfield, Edward, C., *op. cit.*; Vance, J. D., *op. cit.* Ver también Gregory, James N., *op. cit.*, p. 76.

70. Scarr, Sandra, y Weinberg, Richard A., «IQ test performance of black children adopted by white families», *American Psychologist*, 1976, pp. 726-739.

71. McMurry, Linda O., *George Washington carver: Scientist and symbol*, Oxford University Press, pp. 8-9, 12, 13-20, Estados Unidos, 1981.

72. Brigham, Carl C., *op. cit.*, p. 190.

73. Goddard, H. H., «The Binet tests in relation to immigration», *Journal of Psycho-Asthenic*, 18, 2 (1913), p. 110.

74. Spiro, Jonathan Peter, *Defending the master race: Conservation, eugenics, and the legacy of Madison Grant*, University of Vermont Press, p. 98, Estados Unidos, 2009.

75. Leonard, Thomas C., «Eugenics and economics in the progressive era», *Journal of Economic Perspectives*, 19, 4 (2005), p. 211.

76. Spiro, Jonathan Peter, *op. cit.*, p. 99.

77. Ross, Edward Alsworth, *The old world in the new: The significance of past and present immigration to the American people*, The Century Company, pp. 285-286, Estados Unidos, 1914.

78. Ross, Edward Alsworth, «Who outbreeds whom?», *Proceedings of the Third Race Betterment Conference*, p. 77.

79. Gillin, John L., «In memoriam: Edward Alsworth Ross», *The Midwest Sociologist*, 14, 1 (1951), p. 18; Odum, Howard W., «Edward Alsworth Ross: 1866-1951», *Social Forces*, 30, 1 (1951), p. 126.

80. Ross, Edward Alsworth, *Sin and society: An analysis of latter-day iniquity*, Houghton-Mifflin Company, pp. ix-xi, Estados Unidos, 1907.

81. Weinberg, Julius, *Edward Alsworth Ross and the sociology of progressivism*, The State Historical Society of Wisconsin, p. 136, Estados Unidos, 1972.

82. Ver, por ejemplo, Pound, Roscoe, «The theory of judicial decision. III. A theory of judicial decision for today», *Harvard Law Review*, 36, 8 (1923), pp. 940-959; Pound, Roscoe, *Law and morals*, The University of North Carolina Press,

Estados Unidos, 1924; Pound, Roscoe, *Criminal justice in the American city —A summary*, Cleveland Foundations, parte VII, Estados Unidos, 1922. Ver también Weinberg, Julius, *op. cit.*, pp. 136-137; Olson, Walter K., *Schools for misrule: Legal academia and an overlawyered America*, Encounter Books, pp. 6, 40, Estados Unidos, 2011; Heineman, Robert, *Authority and the liberal tradition: From Hobbes to Rorty*, Transaction Publishers, pp. 129-131, Estados Unidos, 1994; Davids, James, Gustafson, Erik, y Arrington, Sherena, *Clashing worldviews in the U. S. Supreme Court: Rehnquist vs. Blackmun*, Lexington Books, pp. 41-42, Estados Unidos, 2020; Rabban, David M., *Law's history: American legal thought and the transatlantic turn to history*, Cambridge University Press, pp. 423-471, Estados Unidos, 2013.

83. «Dr. R. T. Ely dies, noted economist», *The New York Times*, 5 de octubre de 1943, p. 25; Sowell, Thomas, *Intellectuals and race*, Basic Books, pp. 31, 33, 34, 35, Estados Unidos, 2013.

84. Sowell, Thomas, *Intellectuals and race*, *op. cit.*, pp. 29, 30, 33, 34, 35; Rhoades, Lawrence J., *A history of the American Sociological Association: 1905-1980*, American Sociological Association, pp. 1, 2, 5, Estados Unidos, 1980; Spellman, William E., «The economics of Edward Alsworth Ross», *American Journal of Economics and Sociology*, 38, 2 (1979), pp. 132-133.

85. Sowell, Thomas, *Intellectuals and race*, *op. cit.*, pp. 29, 30, 31, 33, 34, 35.

86. Ibídem, pp. 29-35.

87. Lawlor, Michael S., *The economics of Keynes in historical context: An intellectual history of the general theory*, Palgrave Macmillan, p. 305n, Estados Unidos, 2006.

88. Sowell, Thomas, *Intellectuals and race*, *op. cit.*, pp. 24-43.

89. Degler, Carl N., *In search of human nature: The decline and revival of Darwinism in American social thought*, Oxford University Press, p. 43, Estados Unidos, 1991; Overy, Richard, *The twilight years: The paradox of Britain between the wars*, Viking, pp. 104-105, Estados Unidos, 2009.

90. Thomas C. Leonard, *op. cit.*, p. 216.

91. «Obituary: sir Francis Galton», *Journal of the Royal Statistical Society*, 74, 3 (1911), p. 315; Haller, Mark H., *Eugenics: Hereditarian attitudes in American thought*, Rutgers University Press, p. 11, Estados Unidos, 1963.

92. Ely, Richard T., «The price of progress», *Administration*, III, 6 (1922), p. 662.

93. Leonard, Thomas C., *op. cit.*, p. 212.

94. Ibídem, p. 213.

95. Ibídem, p. 214.

96. Grant, Madison, *op. cit.*, p. xxi.

97. Ibídem, p. 49.

98. Guterl, Matthew Pratt, *The color of race in America: 1900-1940*, Harvard University Press, p. 67, Estados Unidos, 2001.

99. Fine, Sidney, «Richard T. Ely, forerunner of progressivism, 1880-1901», *Mississippi Valley Historical Review*, 37, 4 (1951), pp. 609, 610.

100. «Dr. R. T. Ely Dies; noted economist», *The New York Times*, 5 de octubre de 1943, p. 25; Sidney Fine, *op. cit.*, pp. 613, 614.

101. Taylor, Henry C., «Richard Theodore Ely: April 13, 1854-October 4, 1943», *The Economic Journal*, 54, 213 (1944), p. 137.

102. Leonard, Thomas C., *op. cit.*, p. 215.

103. Taylor, Henry C., *op. cit.*, p. 133.

104. Goldberg, Jonah, *Liberal fascism: The secret history of the American left from Mussolini to the politics of meaning*, Doubleday, p. 83, Estados Unidos, 2007.

105. Link, Arthur S., *Woodrow Wilson and the progressive era: 1910-1917*, Harper & Brothers Publishers, pp. 64-66, Estados Unidos, 1954; Lewis, Tom, *Washington: A history of our national city*, Basic Books, pp. 272-275, Estados Unidos, 2015.

106. Ambrosius, Lloyd E., *Woodrow Wilson and American internationalism*, Cambridge University Press, p. 80, Estados Unidos, 2017.

107. Walker, Larry, «Woodrow Wilson, progressive reform, and public administration», *Political Science Quarterly*, 104, 3 (1989), pp. 512-513; Pestritto, Ronald J., *Woodrow Wilson and the roots of modern liberalism*, Rowman & Littlefield, pp. 255, 259, 260, Estados Unidos, 2005; Wilson, Woodrow, *The state: Elements of historical and practical politics*, D. C. Heath & Co., Publishers, p. 625, Estados Unidos, 1989; Wilson, Woodrow, *The new freedom: A call for the emancipation of the generous energies of a people*, Doubleday, Page & Company, pp. 20, 284, Estados Unidos, 1913, 1918.

108. Wilson, Woodrow, *Congressional Government: A Study in American Politics, Houghton Mifflin*, pp. 8, 242-243, Estados Unidos, 1885; Wilson, Woodrow, *Constitutional Government in the United States*, Columbia University Press, pp. 157, 158, 159, 160, 167, 168, 169, 192, 193, 194, Estados Unidos, 1908.

109. Wilson, Woodrow, *The new freedom*, *op. cit.*, pp. 19, 20, 261, 283, 284, 294.

110. Ver, por ejemplo, Deaton, Angus, *The Great Escape: Health, wealth, and the origins of inequality*, Princeton University Press, p. 2, Estados Unidos, 2013. [Versión en castellano: *El Gran Escape. Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2015.]

111. Ross, Edward Alsworth, *Seventy years of it*, pp. 97-98.

112. Pound, Roscoe, «The need of a sociological jurisprudence», *The Green Bag*, octubre de 1907, pp. 614, 615.

113. Spiro, Jonathan Peter, *op cit.*, pp. 6, 10, 17, 22, 23, 28, 31, 32.

114. Ibídem, p. 17.

115. Ibídem, p. 250.

116. Padilla, Eligio R., y Wyatt, Gail E., «The effects of intelligence and achievement testing on minority group children», en *The psychosocial development of minority group children*, Brunner/Mazel, Publishers, p. 418, Estados Unidos, 1983.

117. Goddard, H. H., *op. cit.*

118. Pounds, N. J. G, *op. cit.*, p. 9.

119. Vernon, Phillip E., *op. cit.*, pp. 101, 145, 157-158; Sherman, Mandel, y Key, Cora B., *op. cit.*, p. 284; Yerkes, Robert M., National Academy of Sciences, *op. cit.*, p. 705. Ver también Sowell, Thomas, *Intellectuals and race*, pp. 67-68.

120. Stead, I. M., *Celtic art in Britain before the Roman Conquest*, Harvard University Press, p. 4, Estados Unidos, 1985.

121. Barzini, Luigi, *The Europeans*, Simon and Schuster, p. 47, Estados Unidos, 1983.

122. Mokyr, Joel, *The lever of riches: Technological creativity and economic progress*, Oxford University Press, pp. 210-211, 214-218, Estados Unidos, 1990.

123. Tanzer, Andrew, «The Bamboo Network», *Forbes*, 8 de febrero de 1994, p. 139; *The Economist Pocket World in Figures: 1997 Edition*, Profile Books, p. 14, Reino Unido, 1996.

124. U. S. Bureau of the Census, «Total population», *2011-2015 American Community Survey*, tabla B01003; U. S. Bureau of the Census, «Median household income in the past 12 months (in 2015 inflation-adjusted dollars)», *2011-2015 American Community Survey*, tabla B19013; U. S. Bureau of the Census, «2020 poverty and median household income estimates— counties, states, and national», *Small Area Income and poverty Estimates (SAIPE) Program*, diciembre de 2021; U. S. Bureau of the Census, «QuickFacts» para los siguientes condados de Kentucky: Breathitt, Clay, Jackson, Lee, Leslie, Mogoffin y Owsley; Shrider, Emily A., *et al.*, *op. cit.*, p. 27. Ver también Barrouquere, Brett, y Lovan, Dylan T., *op. cit.*; Lowrey, Annie, *op. cit.*

125. Brigham, Carl C., *op. cit.*, p. 29.

126. Ibídem, p. xx.

127. Brigham, Carl C., «Intelligence test of immigrant groups», *Psychological Review*, 37, 2 (1930), p. 165.

128. Pintner, Rudolf, *op. cit.*, p. 453; Murray, Charles, *Human accomplishment*, pp. 291, 292; Gladwell, Malcolm, «Getting in», *The New Yorker*, 10 de octubre de 2005, pp. 80-86.

129. Scarr, Sandra, y Weinberg, Richard A., *op. cit.*, pp. 726, 732, 736.

130. Flynn, James R., «Massive IQ gains in 14 nations: What IQ tests really measure», *Psychological Bulletin*, 101, 2 (1987), pp. 171-191. Ver también Flynn, James R., «The mean IQ of Americans: Massive gains 1932 to 1978», *Psychological Bulletin*, 95, 1 (1984), pp. 29-51.

131. Dado que los test de coeficiente intelectual se utilizaban a menudo para evaluar el nivel mental de los niños, y que no sería realista esperar que los niños de seis años obtuvieran resultados tan buenos en estos test como los de doce, el rendimiento de cada niño se compara con el rendimiento medio de los niños de la misma edad. Esa edad mental se compara con la edad cronológica del mismo niño y se crea una fracción dividiendo la edad mental del niño por su edad cronológica. El cociente resultante se multiplica por 100, de modo que el «coeficiente intelectual» (CI) se puede interpretar como el porcentaje del rendimiento medio de los niños de la misma edad. Así, un CI de 85 significa que el individuo ha respondido correctamente al 85 por ciento de las preguntas de otros niños de la misma edad, y un CI de 115 indica que el individuo ha respondido correctamente un 15 por ciento más de preguntas que otros niños de la misma edad. En el caso de los adultos, la puntuación de la prueba de CI ya no está tan directamente relacionada con la edad, pues el coeficiente intelectual de un individuo se compara con el de otros adultos en general.

132. Trahan, Lisa H., *et al.*, «The Flynn Effect: A meta-analysis», *Psychological Bulletin*, 140, 5 (2014), pp. 1332-1360; Flynn, James R., «The mean IQ of Americans: Massive gains 1932 to 1978».

133. Flynn, James R., *Where have all the liberals gone? Race, class, and ideals in America*, Cambridge University Press, pp. 72-74, Reino Unido, 2008.

134. Murray, Charles, *Facing reality: Two truths about race in America*, Encounter Books, p. 38, Estados Unidos, 2021.

135. Myrdal, Gunnar, *An American dilemma: The negro problem and modern democracy*, Harper & Brothers, p. 99, Estados Unidos, 1944. La creencia de que se había demostrado la inferioridad mental innata de los niños negros fue calificada de «falacia común» por James B. Conant en 1961. Conant, James B., *Slums and*

suburbs: A commentary on schools in metropolitan areas, McGraw-Hill, p. 12, Estados Unidos, 1961.

136. Jensen, Arthur R., *Genetics and education*, Harper & Row, pp. 43-44, Estados Unidos, 1972.

137. Flynn, James R., «The mean IQ of Americans: Massive gains 1932 to 1978», *op. cit.*; Flynn, James R., *Where have all the liberals gone?...*, *op. cit.*, pp. 72-74; Flynn, James R., «Massive IQ gains in 14 nations: What IQ tests really measure», *op cit.*

138. Sharpe, Rochelle, «Losing ground: In latest recession, only blacks suffered net employment loss», *The Wall Street Journal*, 14 de septiembre de 1993, pp. A1, A12.

139. Canner, Glenn B., *et al.*, «Home mortgage disclosure act: Expanded data on residential lending», *Federal Reserve Bulletin*, noviembre de 1991, p. 870; Canner, Glenn B., y Smith, Dolores S., «Expanded HMDA data on residential lending: One year later», *Federal Reserve Bulletin*, noviembre de 1992, p. 808.

140. Board of Governors of the Federal Reserve System, «Report to the Congress on credit scoring and its effects on the availability and affordability of credit», agosto de 2007, p. 80.

141. Sowell, Thomas, *The housing boom and bust*, Basic Books, pp. 103-104, Estados Unidos, 2009; Munnell, Alicia H., *et al.*, «Mortgage lending in Boston: Interpreting HMDA data», *Federal Reserve Bank of Boston*, 92, 7 (1992), pp. 2, 25.

142. Ibídem, pp. 29, 30, 31, 36-44, 48, 51, 72-74, 77, 81-82, 100, 109.

143. Sowell, Thomas, «Froth in Frisco or another bubble?», *The Wall Street Journal*, 26 de mayo de 2005, p. A13.

144. Sowell, Thomas, *The housing boom and bust*, capítulos 3 y 5; Baker, Dean, «The housing bubble and the Great Recession: Ten years later», Center for Economic and policy research, septiembre de 2018; Lahart, Justin, «The Great Recession: A downturn sized up», *The Wall Street Journal*, 28 de julio de 2009, p. A12; «No place like home», *The Economist*, 18 de enero de 2020, p. 3.

145. Zelnick, Bob, *Backfire: A reporter's look at affirmative action*, Regnery Publishing, Inc., p. 330, Estados Unidos, 1996.

146. Ver «Dear colleague letter», publicada por los Departamentos de Justicia y Educación el 8 de enero de 2014.

147. Thernstrom, Abigail, y Thernstrom, Stephan, *No excuses, closing the racial gap in learning*, Simon and Schuster, pp. 138, 139, Estados Unidos, 2004.

148. Ibídem, p. 140.

149. The Martin Luther King, Jr. Companion, *Quotations from the speeches, essays, and books of Martin Luther King, Jr.*, seleccionados por Coretta Scott King, St. Martin's Press, p. 101, Estados Unidos, 1993.

1. Rawls, John, *A theory of justice*, Harvard University Press, pp. 30-31, 43, 60-61, 302, 325, Estados Unidos, 1971. [Versión en castellano: *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.]

2. Smith, Adam, *The theory of moral sentiments*, *op. cit.*, pp. 380-381.

3. Burke, Edmund, *The writings and speeches of Edmund Burke, vol. II: Party, parliament, and the American crisis 1766-1774*, Oxford University Press, p. 459, Estados Unidos, 1981.

4. «Maryland's mobile millionaires», *The Wall Street Journal*, 12 de marzo de 2010, p. A18.

5. «Ducking higher taxes», *The Wall Street Journal*, 21 de diciembre de 2010, p. A18.

6. Walker, David, y Foster, Mike, «New U. K. tax sends hedge founds fleeing», *The Wall Street Journal*, 25 de agosto de 2009, p. C2.

7. «Iceland's laffer curve», *The Wall Street Journal*, 12 de marzo de 2007, p. A14.

8. Mellon, Andrew W., *Taxation: The people's business*, The Macmillan Company, p. 74, Estados Unidos, 1924; Wilson, Robert A., «Personal exemptions and individual income tax rates, 1913-2002», *Statistics of Income Bulletin*, 2022, p. 219.

9. Robert A. Wilson, *op. cit.*; Smiley, Gene, y Keehn, Richard H., «Federal personal income tax policy in the 1920s», *Journal of Economic History*, 55, 2 (1995), pp. 286, 295; United States Internal Revenue Service, *Statistics of income: 1920*, Government Printing Office, p. 5, Estados Unidos, 1922; United States Internal Revenue Service, *Statistics of income: 1980*, Government Printing Office, p. 5, Estados Unidos, 1930.

10. Mellon, Andrew W., *op. cit.*, pp. 13, 79, 80, 94, 127-128 y capítulo VIII.

11. «Text of president's speech elaborating his views», *The Washington Post*, 13 de febrero de 1924, p. 4; Mellon, Andrew W., *op. cit.*, pp. 17, 20-21, 80, 150-151.

12. Mellon, Andrew W., *op. cit.*, p. 170.

13. Smiley, Gene, y Richard H. Keehn, *op. cit.*, p. 289; Mellon, Andrew W., *op. cit.*, pp. 79-80, 141.

14. Ver, por ejemplo, mi monografía, *«Trickle down» theory and «Tax cuts for the rich»*, Hoover Institution Press, 2012.

15. Wilson, Robert A., *op. cit.*; United States Internal Revenue Statistics, *Statistics of income: 1920*; United States Internal Revenue Statistics, *Statistics of income:*

1928.

16. Ver, por ejemplo, Schumpeter, Joseph A., *Historia del análisis económico*, Ariel, parte II, Barcelona, 2015.

17. Hazlitt, Henry, *The wisdom of Henry Hazlitt*, The Foundation for Economic Education, p. 329, Estados Unidos, 1993. [Versión en castellano: *La sabiduría de Henry Hazlitt*, Universidad Francisco Marroquín-Unión Editorial, Guatemala, 2013.]

18. Robinson, Peter, «A capital thinker», *Stanford Magazine*, enero/febrero de 2007, p. 47.

19. Walker, William N., «Nixon taught us how not to fight inflation», *The Wall Street Journal*, 14 de agosto de 2021, p. A13.

20. Wines, Michael, «Caps on princes only deepen Zimbabweans' misery», *The New York Times*, 2 de agosto de 2007, pp. A1, A8.

21. Ver, por ejemplo, Schuettinger, Robert L., y Butler, Eamonn F., *4000 años de controles de precios y salarios*, Unión Editorial, Madrid, 2020; Sowell, Thomas, *Basic economics: A common sense guide to the economy*, Basic Books, capítulo 3, Estados Unidos, 2015. [Versión en castellano: *Economía básica*, Deusto, Barcelona, 2013.]

22. Ver Sowell, Thomas, *Basic economics*, *op. cit.*, pp. 1, 39-48, 49.

23. Sowell, Thomas, *Discrimination and disparities*, Basic Books, pp. 52-55, 105-110, Estados Unidos, 2019; Sowell, Thomas, *Basic economics*, *op. cit.*, capítulo 11.

24. Williams, Walter E., *Race & economics: How much can be blamed on discrimination*, Hoover Institution Press, p. 42, Estados Unidos, 2011.

25. Ibídem, pp. 42-43.

26. Stigler, George J., «The economics of minimum wage legislation», *American Economic Review*, 36, 3 (1946), p. 358.

27. Williams, Walter E., *op. cit.*, pp. 42-43.

28. Stewart, Alison, *First class: The legacy of Dunbar, America's first black public high school*, Lawrence Hill Books, capítulo 10, Estados Unidos, 2013; Gooding Jr., Frederick W., *American dream deferred: Back federal workers in Washington, D. C., 1941-1981*, University of Pittsburgh Press, pp. 101-105, 107-109, 11, 113-115, Estados Unidos, 2018; Sowell, Thomas, *A personal odyssey*, The Free Press, p. 110, Estados Unidos, 2000.

29. Friedman, Milton, y Friedman, Rose, *Free to choose: A personal statement*, Harcourt Brace Jovanovich, p. 238, Estados Unidos, 1980. [Versión en castellano: *Libertad de elegir: una declaración personal*, Deusto, Barcelona, 2022.]

30. Becker, Gary S., *The economics of discrimination*, University of Chicago Press, Estados Unidos, 1971.

31. Ver, por ejemplo, Sowell, Thomas, *Discrimination and disparities*, pp. 49-52. El término *Discriminación II* utilizado en esas páginas es definido e ilustrado en las páginas 30-33 de dicha obra.

32. Anderson, Bernard E., *Negro employment in public utilities: A study of racial policies in the electric power, gas, and telephone industries*, University of Pennsylvania Press, Estados Unidos, 1970; Green, Venus, *Race on the line: Gender, labor, and technology in the bell system, 1990-1980*, Duke University Press, pp. 210-211, Estados Unidos, 2001; Winston, Michael R., «Through the back door: Academic racism and the negro scholar in historical perspective», *Daedalus*, 100, 3 (1971), pp. 695, 705; Friedman, Milton, y Friedman, Rose, *Two lucky people: Memories*, University of Chicago Press, pp. 91-92, 94-95, 105-106, 153-154, Estados Unidos, 1998; Robinson, Greg, «Davis, Allison», en *Encyclopedia of African-American culture and history*, Thompson Gale, volumen C-F, p. 583, Estados Unidos, 2006; «The talented black scholars whom no white university would hire», *Journal of Blacks in Higher Education*, 58 (2007/2008), p. 81; Sowell, Thomas, *Discrimination and disparities*, *op. cit.*, pp. 49-52; Sowell, Thomas, *Race and economics*, *op. cit.*, David McKay Company, Inc., pp. 182-183, Estados Unidos, 1975.

33. Ver, por ejemplo, Anderson, Bernard E., *op. cit.*, pp. 73, 80, 84-87, 92-95, 114, 139, 150, 152; Green, Venus, *op. cit.*; Winston, Michael R., *op. cit.*; Robinson, Greg, *op. cit.*; «The talented black scholars whom no white university would hire»; Sowell, Thomas, *Discrimination and disparities*, *op. cit.*; Sowell, Thomas, *Race and economics*, *op. cit.*

34. Anderson, Bernard E., *op. cit.*, pp., 210-211; Winston, Michael R., *op. cit.*; Friedman, Milton, y Friedman, Rose, *Two lucky people*, *op. cit.*; Robinson, Greg, *op. cit.*; «The talented black scholars whom no white university would hire», *op. cit.*; Sowell, Thomas, *Discrimination and disparities*, *op. cit.*; Sowell, Thomas, *Race and economics*, *op. cit.*

35. «The talented black scholars whom no white university would hire», *op. cit.*; Winston, Michael R., *op. cit.*, p. 705.

36. Mendelsohn, Ezra, *The Jews of East Central Europe between the World Wars*, Indiana University Press, pp. 23, 27, Estados Unidos, 1983.

37. Mahler, Raphael, «Jews in public service and the liberal professions in Poland, 1918-1939», *Jewish Social Studies*, 6, 4 (1944), pp. 298, 299.

38. Williams, Walter E., *South Africa's war against capitalism*, Praeger Publishers, pp. 78, 101-105, Estados Unidos, 1989.

39. Ibídem, p. 81.

40. «Class and the American dream», *The New York Times*, 30 de mayo de 2005, p. A14.

41. Robinson, Eugen, «Tattered dream: Who'll tackle the issue of upward mobility?», *The Washington Post*, 23 de noviembre de 2007, p. A39.

42. Dionne Jr., E. J., «Political stupidity, U. S. style», *The Washington Post*, 29 de julio de 2010, p. A23. Esta columna también aparece en *Investor's Business Daily* con el título de «Overtaxed rich is a fairy tale of supply side».

43. «Public papers of the presidents of the United States, Barack Obama: 2013», United States Government Publishing Office, 2018, libro II, p. 1331.

44. Stiglitz, Joseph, *The great divide: Unequal societies and what we can do about them*, W. W. Norton, p. 88, Estados Unidos, 2015. [Versión en castellano: *La gran brecha: qué hacer con las sociedades desiguales*, Taurus, Barcelona, 2015.]

45. Ibídem, p. 90.

46. Ibídem, p. xv.

47. «Income mobility in the U. S. from 1996 to 2005», U. S. Department of the Treasury, noviembre de 2007, p. 7.

48. Ver, por ejemplo, Cox, W. Michael, y Alm, Richard, «By our own bootstraps: economic opportunity & the dynamics of income distribution», *Annual Report*, 1995, p. 8; Rank, Mark Robert, Hirschl, Thomas A., y Foster, Kirk A., *Chasing the American dream: Understanding what shapes our fortunes*, Oxford University Press, p. 105, Reino Unido, 2014; Hirschl, Thomas A., y Rank, Mark R., «The life course dynamics of affluence», *PLos ONE*, enero de 2015, p. 5.

49. Hirschl, Thomas A., y Rank, Mark R., *op. cit.*

50. Cox, W. Michael, y Alm, Richard, *op. cit.*

51. Ibídem.

52. Ibídem.

53. «Income mobility in the U. S. from 1996 to 2005», p. 10. Ver también «Movin' on up», *The Wall Street Journal*, 13 de noviembre de 2007, p. a24.

54. Veldhuis, Niels, *et al.*, «The poor are getting richer», *Fraser Forum*, enero/febrero de 2013, p. 25.

55. «Consumer expenditures report», U. S. Bureau of Labor Statistics, diciembre de 2020, tabla 1, p. 12.

56. Ibídem.

57. McNeil, John, «Changes in median household income: 1969 to 1996», U. S. Bureau of the Census, 1998, p. 1.

58. Miller, Herman, P., *Income distribution in the United States*, U. S. Government Printing Office, p. 7, Estados Unidos, 1998.

59. Uchitelle, Louis, «Stagnant pay: A delayed impact», *The New York Times*, 18 de junio de 1991, p. D2.

60. Vobejda, Barbara, «Elderly lead all in financial improvement», *The Washington Post*, 1 de septiembre de 1998, p. A3.

61. Kaslow, Amy, «Growing American economy leaves middle class behind», *Christian Science Monitor*, 1 de noviembre de 1994, p. 2.

62. Wicker, Tom, «L. B. J.'s great society», *The New York Times*, 7 de mayo de 1990, p. A15; Wicker, Tom, «Let 'em eat Swiss cheese», *The New York Times*, 2 de septiembre de 1988, p. A27.

63. Krugman, Paul, «Rich man's recovery», *The New York Times*, 12 de septiembre de 2013, p. A25.

64. «Income mobility in the U. S. from 1996 to 2005», p. 4.

65. «The 400 individual income tax returns reporting the largest adjusted gross incomes each year, 1992-2014», *Internal Revenue Serve*, Statistics of Income Division, diciembre de 2016, tabla 4, p. 17.

66. Shrider, Emily A., *op. cit.*, p. 9.

67. Stiglitz, Joseph E., *op. cit.*, p. xv.

68. Reynolds, Alan, *Income and wealth*, Greenwood Press, p. 67, Estados Unidos, 2006.

69. Rector, Robert, y Sheffield, Rachel, «Air conditioning, cable TV, and an Xbox: What is poverty in the United States today?», *Heritage Foundation*, 2575 (2011), p. 10.

70. Hirschl, Thomas A., y Rank, Mark R., *op. cit.*

71. Cox, W. Michael, y Alm, Richard, *op. cit.*, p. 16; U. S. Bureau of the Census, «Age, all people (both sexes combined) by median and mean income: 1974 to 2020», *Current Population Survey*, 1975-2021, tabla P-10.

72. Reynolds, Alan, *op. cit.*, p. 22.

1. Ver, por ejemplo, Sowell, Thomas, *A conflict of visions: Ideological origins of political struggles*, Basic Books, capítulo 3, Estados Unidos, 2002.

2. Moya, José C., *Cousins and strangers: Spanish immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University of California Press, pp. 119, 145-146, Estados Unidos, 1998.

[Versión en castellano: *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Rayo Rojo, Argentina, 2007.]; Ware, Helen, *A profile of the Italian community in Australia*, Australian Institute of Multicultural Affairs and Co.As.It. Italian Assistance Association, p. 12, Australia, 1981.

3. Ware, Helen, *A profile of the Italian community in Australia*, *op. cit.*, p. 12.

4. Cresciani, G., «Italian immigrants 1920-1940», en *The Australian people: An encyclopedia of the nation, its people and their origins*, Cambridge University Press, p. 501, Estados Unidos, 2001.

5. Kamphoefner, Walter D., «The German agricultural frontier: Crucible or cocoon», *Ethnic Forum*, 4, 1-2 (1984), pp. 24-25.

6. Huebener, Theodore, *The Germans in America*, Chilton Company, p. 84, Estados Unidos, 1962; Johnson, Hildegard Blinder, «The location of German immigrants in the middle west», en *Annals of the Association of American Geographers*, volumen XLI, pp. 24-25, 1951.

7. Chen, Jack, *The Chinese of America*, Harper & Row, p. 18, Estados Unidos, 1980.

8. Fawcett, Louise L'Estrange, «Lebanese, Palestinians and Syrians in Colombia», en Hourani, Albert, y Shehadi, Nadim (eds.), *The Lebanese in the world: A century of emigration*, The Centre for Lebanese Studies, p. 368, Reino Unido, 1992.

9. Rischin, Moses, *The promised city: New York's Jews 1870-1914*, Harvard University Press, pp. 76, 78, Estados Unidos, 1962.

10. Anbinder, Tyler, *City of dreams: The 400-year epic history of immigrant New York*, Houghton Mifflin Harcourt, p. 185, Estados Unidos, 2016.

11. Price, Charles A., *The methods and statistics of «southern Europeans in Australia»*, The Australian National University, p. 45, Australia, 1963.

12. Rawls, John, *op. cit.*

13. Turner, Frederick Jackson, «Pioneer ideals and the state university», en *Rereading Frederick Jackson Turner: «The significance of the frontier in American history» and other essays*, Henry Holt, p. 116, Estados Unidos, 1994.

14. Hayek, F. A., *The constitution of liberty*, University of Chicago Press, p. 26, Estados Unidos, 1960. [Versión en castellano: *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 2020.]

15. Rawls, John, *op. cit.*

16. Ibídem.

17. Dewey, John, «Can education share in social reconstruction?», en *John Dewey: The later works, 1925- 1953*, vol. 9: 1933-1934, Southern Illinois University Press, pp. 205-209, Estados Unidos, 1986.

18. Rousseau, Jean-Jacques, *The social contract*, Penguin Books, p. 69, Estados Unidos, 1968. [Versión en castellano: *El contrato social*, Libsa, Móstoles, 2017.]

19. Godwin, William, *Enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and happiness*, G. G. y J. Robinson, Reino Unido, 1793.

20. Godwin, William, *Enquiry concerning political justice and its influence on morals and happiness*, *op. cit.*, University of Toronto Press, volumen I, p. 104, Canadá, 1946.

21. Mill, Stuart John, *Principles of political economy*, Longmans, Green and Company, p. 947, Estados Unidos, 1909. [Versión en castellano: *Principios de economía política*, Síntesis, Madrid, 2008.]

22. Mill, John Stuart, «On liberty», *Collected works of John Stuart Mill, vol. XVIII: Essays on politics and society*, University of Toronto Press, p. 269, Canadá, 1977. [Versión en castellano: *Sobre la libertad*, Ediciones Akal, Madrid, 2017.]

23. Mill, John Stuart, «Civilization», Ibídem, p. 139. [Versión en castellano: *La civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.]

24. Ibídem, p. 121.

25. Mill, John Stuart, «De Tocqueville on democracy in America [I]», Ibídem, p. 86.

26. Mill, John Stuart, «On liberty», Ibídem, p. 222.

27. Ibídem, p. 267.

28. Mill, John Stuart, «Civilization», Ibídem, p. 128.

29. Stross, Randall E., *The wizard of Menlo Park: How Thomas Alva Edison invented the modern world*, Crown, p. 4, Estados Unidos, 2007; Bryan, Ford Richardson, *Beyond the model T: The other ventures of Henry Ford*, Wayne State University Press, p. 175, Estados Unidos, 1997.

30. Jakab, Peter L., *Visions of a flying machine: The Wright Brothers and the process of invention*, Smithsonian Institution Press, pp. 2-3, 7, Estados Unidos, 1990.

31. Rousseau, Jean-Jacques, *The social contract*, *op. cit.*, p. 115.

32. Ibídem, p. 89.

33. Godwin, William, *Enquiry concerning political justice, and its influence on morals and happiness*, *op. cit.*, vol. I, p. 446; De Condorcet, Antoine-Nicolas, *Sketch for a historical picture of the progress of the human mind*, Weidenfeld and Nicolson, p. 114, Reino Unido, 1955.

34. Marx, Karl, y Engels, Friedrich, *Selected correspondence: 1846-1895*, International Publishers, p. 190, Estados Unidos, 1942.

35. Shaw, Bernard, *The intelligent woman's guide to socialism and capitalism*, Constable and Company, p. 456, Reino Unido, 1928.

36. Dworkin, Ronald, *Taking rights seriously*, Harvard University Press, p. 239, Estados Unidos, 1978.

37. Charen, Mona, *Do-Gooders: How liberals hurt those they claim to help —and the rest of us*, Sentinel, p. 124, Estados Unidos, 2004.

38. Nader, Ralph, «The safe car you can't buy», *The Nation*, 11 de abril de 1959, p. 312.

39. Friedman, Milton, y Friedman, Rose, *Two lucky people: Memories*, *op. cit.*, p. 454.

40. Stigler, George, *Memoirs of an unregulated economist*, Basic Books, p. 89, Estados Unidos, 1988. [Versión en castellano: *Memorias de un economista libre*, Espasa, Madrid, 1992.]

41. Ibídem, p. 178.

42. Friedman, Milton, y Friedman, Rose, *Two lucky people: Memories*, *op. cit.*, pp. 370-371.

43. Keynes, John Maynard, *Two memoirs: Dr. Melchoir, a defeated enemy and my early beliefs*, Rupert Hard-Davis, pp. 97-98, Reino Unido, 1949. [Versión en castellano: *Dos recuerdos*, Acantilado, Barcelona, 2006.]

44. Ibídem, p. 98.

45. Harrod, R. F., *The life of John Maynard Keynes*, Macmillan, p. 468, Reino Unido, 1952. [Versión en castellano: *La vida de John Maynard Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.]

46. Weyl, Walter E., *The new democracy: An essay on certain political and economic tendencies in the United States*, The Macmillan Company, pp. 164, 353, Estados Unidos, 1912.

47. Ibídem, p. 164.

48. Williams, Walter E., *Race and economics*, *op. cit.*, pp. 42-43.

49. Ibídem.

50. Ibídem, p. 43.

51. Kristof, Nicholas, «Is a hard life inherited?», *The New York Times*, 10 de agosto de 2014, p. 1.

52. Ver, por ejemplo, Sowell, Thomas, *Basic economics: A common sense guide to the economy*, *op. cit.*, capítulo 11; Sowell, Thomas, *Discrimination and disparities*, *op. cit.*, pp. 52-55, 105-110; Bauer, P. T ., «Regulated wages in under-developed countries», en *The Public Stake in Union Power*, University of Virginia Press, pp. 324-349, Estados Unidos, 1959; Williams, Walter E., *Race and economics*, *op. cit.*, pp. 32-38, 46-48, 51-53.

53. «Economic and financial indicators», *The Economist*, 15 de marzo de 2003, p. 100.

54. «Economic and financial indicators», *The Economist*, 7 de septiembre de 2013, p. 92.

55. «Hong Kong's jobless rate falls», *The Wall Street Journal*, 16 de enero de 1991, p. C16.

56. U. S. Bureau of the Census, *Historical statistics of the United States: Colonial times to 1970*, Government Printing Office, parte 1, p. 126, Estados Unidos, 1975.

57. Young, Charles H., y Reid, Helen R. Y., *The Japanese Canadians*, University of Toronto Press, pp. 47-50, Canadá, 1938; Makabe, Tomoko, «The theory of the split labor market: A comparison of the Japanese experience in Brazil and Canada», *Social Forbes*, marzo de 1981, pp. 795, 796.

58. Williams, Walter E., *South Africa's war against capitalism*, *op. cit.*, pp. 70-74; Williams, Walter E., *Race and economics*, *op. cit.*, pp. 46-48; Williams, Walter E., *The state against blacks*, New Press, pp. 39-40, Estados Unidos, 1982.

59. Bauer, P. T., *op. cit.*; Williams, Walter E., *Race and economics*, pp. 32-38. Para un debate más general sobre las leyes de salario mínimo y sus efectos sobre el desempleo, ver Sowell, Thomas, *Basic economics*, *op. cit.*, pp. 213-215, 220-233; Sowell, Thomas, *Discrimination and disparities, op. cit.*, pp. 52-55, 105-110.

60. Hayashi, Yuka, y Clozel, Lalita, «CFPB reveals its plan to overhaul payday-lending regulation», *The Wall Street Journal*, 7 de febrero de 2019, p. B11.

61. Por ejemplo, ver los siguientes editoriales de *The New York Times*: «391 percent payday loan», 13 de abril de 2009, p. A20; «Pay pals», 10 de junio de 2009, p. A28; «Borrowers bled dry», 13 de julio de 2009, p. A18.

62. Ver, por ejemplo, «Payday parasites», *The Washington Post*, 14 de febrero de 2008, p. A24; McLean, Bethany, «Loan Shark Inc.», *The Atlantic Monthly*, mayo de 2016, pp. 64-69; «A crackdown on predatory payday loans», *Los Angeles Times*, 9 de octubre de 2017, p. A13; «Payday lenders, unleashed», *Los Angeles Times*, 8 de febrero de 2019, p. A10.

63. Howe, Irving, *World of our fathers: The journey of the east Europeans Jews to America and the life they found and made*, Harcourt Brace Jovanovich, p. 148, Es-

tados Unidos, 1976.

64. Kuznets, Simon, «Immigration of Russian Jews to the United States: Background and structure», en *Perspectives in American History,* Charles Warren Center for Studies in American History, Harvard University, volumen IX, p. 113, Estados Unidos, 1975.

65. MacDonagh, Oliver, «The Irish famine emigration to the United States», en *Perspectives in American History*, Charles Warren Center for Studies in American History, Harvard University, volumen X, pp. 394-395, Estados Unidos, 1976.

66. Weyl, Walter E., *op. cit.*, p. 164.

67. United States Senate, *Eighty-ninth congress, second session, family planning program: Hearing before the subcommittee on employment, manpower and poverty of the Committee on Labor and Public Welfare*, U. S. Government Printing Office, p. 84, Estados Unidos, 1966.

68. *The New York Times* rechazó editorialmente «las emociones y la tradición no examinada» en este ámbito y su editor de educación declaró: «Temer que la educación sexual se convierta en sinónimo de mayor permisividad sexual es malinterpretar el propósito fundamental de toda la empresa». Hechinger, Fred M., «Introduction», en *Sex Education and the Schools*, Harper & Row, p. xiv, Estados Unidos, 1967. Ver también «Three's crowd», *The New York Times*, 17 de marzo de 1972, p. 40.

69. «Today's VD control problem», American Social Health Association, 1966, tabla 1, p. 20.

70. Kasun, Jacqueline R., *The war against population: The economics and ideology of world population control*, Ignatius Press, p. 142, Estados Unidos, 1988.

71. *Hearings before the select committee on population, ninety-fifth congress, second session, fertility and contraception in America: Adolescent and pre-adolescent pregnancy*, U. S. Government Printing Office, volumen II, p. 253, Estados Unidos, 1978.

72. «Sexually transmitted disease surveillance 2019», Center for Disease Control and Prevention, U. S. Department of Health and Human Services, abril de 2021, p. 33.

73. Kasun, Jacqueline R., *op. cit.*, pp. 142, 144.

74. Center for Disease Control and Prevention, U. S. Department of Health and Human Services, «Birth to teenagers in the United States, 1940-2000», *National Vital Statistics Reports*, 49, 10 (2001), tabla 1, p. 10.

75. Ibídem, ver también los gráficos de la página 2.

76. Zelnik, Marvin, y Kanter, John F., «Sexual and contraceptive experience of young unmarried women in the United States, 1976 y 1971», *Family Planning Perspectives*, 9, 2 (1977), p. 56.

77. Fields, Suzanne, «War pits parents vs. public policy», *Chicago Sun-Times*, 12 de octubre de 1992, p. 19.

78. Ibídem.

79. Hottois, James, y Milner, Neal A., *The sex education controversy: A study of politics, education and morality*, Lexington Books, p. 6, Estados Unidos, 1975.

80. Ver, por ejemplo, *Hearings before the select committee on population, ninety-fifth congress, second session, fertility and contraception in America*, volumen II, pp. 1, 2; Reichelt, Paul A., y Werley, Harriet H., «Contraception, abortion and venereal disease: Teenagers' knowledge and the effect of education», *Family Planning Perspectives*, 7, 2 (1975), pp. 83-88; Picker, Less, «Human sexuality education: Implications for Biology teaching», *The American Biology Teacher*, 46, 2 (1984), pp. 92-98.

81. *Hearings before the select committee on population, ninety-fifth congress, second session, fertility and contraception in America*, *op. cit.*, volumen II, p. 625.

82. Godwin, William, *Enquiry concerning political justice, and its influence on morals and happiness*, *op. cit.*, vol. I, p. 47.

83. Godwin, William, *The enquirer: Reflections on education, manners, and literature*, G. G. y J. Robinson, p. 70, Reino Unido, 1977.

84. Wilson, Woodrow, «What is progress?», en *American progressivism: A reader*, Lexington Books, p. 48, Estados Unidos, 2008.

85. Dewey, John, *Democracy and education: An introduction to the philosophy of education*, The Macmillan Company, p. 92, Estados Unidos, 1916.

86. Dewey, John, y Dewey, Evelyn, *Schools of to-morrow*, E. P. Dutton & Company, p. 304, Estados Unidos, 1915.

87. Dewey, John, *Democracy and education*, *op. cit.*, p. 24.

88. Ver, por ejemplo, Westbrook, Robert B., «Schools for industrial democrats: The social origins of John Dewey's philosophy of education», *American Journal of Education*, 100, 4 (1992), pp. 401-419.

89. Wilson, Woodrow, «The study of administration», *Political Science Quarterly*, 2, 2 (1887), p. 207.

90. Ibídem, p. 208.

91. Ibídem, p. 214.

92. Pestritto, Ronald J., y Atto, William J., «Introduction to American progressivism», en *American progressivism*, pp. 23-25.

93. Wilson, Woodrow, *The new freedom*, pp. vii-viii, 294. Ver también las páginas 19-20, 261, 283-284.

94. Ibídem, p. V.

95. Clark, Ramsey, *Crime in America: Observations on its nature, causes, prevention and control*, Simon and Schuster, p. 60, Estados Unidos, 1970.

96. Dahl, Robert. A., y Lindblom, Charles E., *Politics, economics, and welfare: Planning and politico-economic systems revolved into basic social processes*, University of Chicago Press, p. 36, Estados Unidos, 1976.

97. Ibídem, p. 20.

98. Deaton, Angus, *op. cit.*, p. 2.

99. Dewey, John, «Freedom and culture», en *John Dewey, The later works, 1925-1953, Volume 13: 1938-1939*, Southern Illinois University Press, p. 65, Estados Unidos, 1988.

100. Ibídem.

101. Ibídem, p. 66.

102. Dewey, John, *Reconstruction in philosophy*, Henry Holt and Company, p. 145, Estados Unidos, 1920.

103. Dewey, John, *Democracy and education*, *op. cit.*, p. 92.

104. Ibídem, p. 369.

105. Dewey, John, «Liberalism and social action», en *John Dewey: The later works, 1925-1953, Volume 11: 1935-1937*, Southern Illinois University Press, p. 53, Estados Unidos, 1987.

106. Dewey, John, y Dewey, Evelyn, *Schools of to-morrow*, *op. cit.*, p. 109.

107. Pound, Roscoe, «The need of a sociological jurisprudence», *op. cit.*, pp. 614, 615.

108. Pound, Roscoe, *Criminal justice in the american city*, parte VII, pp. 4, 13, 14, 29, 30, 31; Pound, Roscoe, *Law and morals*, pp. ii, iii, 6, 33, 44, 59.

109. Roscoe Pound, *Law and morals*, *op. cit.*, pp. 13, 14.

110. Pound, Roscoe, *The ideal element in law*, Liberty Fund, pp. 19, 45, 104, 108, 110, 207, 258-259, 313, Estados Unidos, 2002.

111. Pound, Roscoe, *Criminal justice in the american city*, parte VII, pp. 5, 51; Pound, Roscoe, «The theory of judicial decision. III. A theory of judicial decision for today», *Harvard Law Review*, 36, 8 (1923), pp. 954, 955, 956, 957, 958.

112. Pound, Roscoe, «The need of a sociological jurisprudence», pp. 612, 613.

113. Cushman, Barry, «Federalism», en *The Cambridge Companion to the United States Constitution*, Cambridge University Press, p. 216, Estados Unidos, 2018.

114. Herbert Croly, destacado autor progresista y primer director de la revista *The New Republic*, deploró lo que denominó «la inmutabilidad práctica de la Constitución». Croly, Herbert, *The promise of American life*, The Macmillan Company, p. 200, Estados Unidos, 1909.

115. Pound, Roscoe, «The theory of judicial decision. III. A theory of judicial decision for today», *op. cit.*, p. 946.

116. Pound, Roscoe, «Mechanical jurisprudence», *Columbia Law Revie*w, 8, 8 (1908), p. 615.

117. Ibídem, pp. 605, 609, 612.

118. Pound, Roscoe, *Law and morals*, pp. 55-56, 58; Pound, Roscoe, «The theory of judicial decision. III. A theory of judicial decision for today», *op. cit.*, pp. 950, 953.

119. Pound, Roscoe, «Mechanical jurisprudence», *op. cit.*, pp. 612, 614.

120. Godwin, Condorcet y algunos de los últimos creyentes en este enfoque se citan en Sowell, Thomas, *A conflict of visions*, *op. cit.*, pp. 157-167, 197.

121. Brandeis, Louis D., «The living law», *Illinois Law Review*, 10, 7 (1916), p. 462; Dewey, John, *Human nature and conduct: An introduction to social psychology*, Henry Hold and Company, pp. 18-19, 46, Estados Unidos, 1922; Pound, Roscoe, «Review: The principles of anthropology and sociology in their relation to criminal procedure by Maurice Parmelee», *American Political Science Review*, 3, 2 (1909), pp. 283-284.

122. Ver Graham, Fred P., «High Court puts new curb on powers of the police to interrogate suspects», *The New York Times*, 14 de junio de 1966, pp. 1, 25.

123. Zion, Sidney E., «Attack on court heard by Warren», *The New York Times*, 10 de septiembre de 1965, pp. 1, 38.

124. U. S. Bureau of the Census, *Historical statistics of the United States*, parte 1, p. 414.

125. Ibídem; U. S. Bureau of the Census, *Statistical abstract of the United States: 1980,* Government Printing Office, p. 186, Estados Unidos, 1980.

126. Ver U. S. Bureau of the Census, *Statistical abstract of the United States: 1982-83*, Government Printing Office, p. 178, Estados Unidos, 1982.

127. Presidente del Tribunal Supremo, Warren, Earl, *The memoirs of Earl Warren*, Doubleday and Company, Inc., p. 317, Estados Unidos, 1977. Esta reacción no fue exclusiva del presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren. Ya en el siglo XVIII, Edmund Burke observó un patrón similar entre algunos de sus contemporáneos: «Nunca tuvieron un sistema correcto ni incorrecto, sino que sólo inventaban de vez en cuando algún cuento miserable para el día, con el fin de escabullirse mezquinamente de las dificultades con las que se habían pavoneado orgullosamente». Burke, Edmund, *Speeches and letters on American affairs*, J. M. Dent and Sons, Ltd., p. 8, Reino Unido, 1961.

128. Hayek, F. A., *The constitution of liberty*, *op. cit.*, p. 30.

1. Trilling, Lionel, *The liberal imagination: Essays on literature and society*, Anchor Books, pp. 214-215, Estados Unidos, 1953. [Versión en castellano: *La imaginación liberal: ensayos sobre literatura y sociedad*, Página Indómita, Barcelona, 2023.]

2. Friedman, Milton, y Friedman, Rose, *Free to choose*, *op. cit.*, p. 146.

3. Hayek, Friedrich, *Law, legislation and liberty: A new statement of the liberal principles of justice and political economy, vol. II: The mirage of social justice*, University of Chicago Press, p. 64, Estados Unidos, 1976. [Versión en castellano: *Derecho, legislación y libertad: una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, Unión Editorial, Madrid, 2018.]

4. Ibídem, p. 95; ver también pp. 64, 75, 79; Hayek, Friedrich, *Law, legislation and liberty: A new statement of the liberal principles of justice and political economy, vol. I: Rules and order*, University of Chicago Press, p. 27, Estados Unidos, 1973.

5. Hayek, Friedrich, *Law, legislation and liberty, vol. II: The mirage of social justice*, p. 64.

6. Nichols, Robert C., «Heredity, environment, and school achievement», *Measurement and Evaluation in Guidance*, 1, 2 (1968), p. 126.

7. Reynolds, Alan, *op. cit.*, p. 67.

8. «Choose your parents wisely», *The Economist*, 26 de julio de 2014, pp. 21-22, 25.

9. Hayek, Friedrich, *Law, legislation and liberty, vol. II: The mirage of social justice*, capítulo 2.

10. Ver, por ejemplo, Sowell, Thomas, *The quest for cosmic justice*, The Free Press, Estados Unidos, 1999.

11. Hayek, Friedrich, *Law, legislation and liberty, vol. II: The mirage of social justice*, p. 68.

12. Pound, Roscoe, *Criminal justice in the American city*, *op. cit*, parte VII, pp. 28-29, 87-88; Pound, Roscoe, «The theory of judicial decision. III. A theory of judicial decision for today», *op. cit.*, pp. 944, 945, 957; Dewey, John, *Human nature and conduct*, *op. cit*, p. 46.

13. Burke, Edmund, *Speeches and letters on American affairs*, *op. cit.*, p. 198.

14. Friedman, Milton, y Friedman, Rose, *Free to choose*, *op. cit.*, p. 148.

15. Hayek, Friedrich, *Law, legislation and liberty, vol. II: The mirage of social justice*, *op. cit.*, p. 67.

16. Godwin, William, *Enquiry concerning political justice, and its influence on morals and happiness*, *op. cit.*, volumen II, p. 419.

17. Shaw, Bernard, *op. cit.*, p. 254.

18. Ibídem, p. 169.

19. Murray, Ken, «Genetics athletics mesh for mannings», *The Baltimore Sun*, 12 de diciembre de 2004, p. 1D.

20. «Public papers of the presidents of the United States, Barack Obama: 2013», libro II, p. 1331.

21. Kahn, Herman, *World economic development: 1979 and beyond*, Westview Press, pp. 60-61, Estados Unidos, 1979.

22. «Operation wealth speed», *Forbes*, abril/mayo de 2021, p. 72.

23. Israel, Jonathan I., *op. cit.*, pp. 5-23.

24. Purcell, Victor, *The Chinese in southeast Asia*, Oxford University Press, pp. 404n, 472-476, 478, 526-527, Reino Unido, 1965; Mills, Lennox A., *Southeast Asia: Illusion and reality in politics and economics*, University of Minnesota Press, p. 123, Estados Unidos, 1964; Mackie, J. A. C, «Anti-Chinese outbreaks in Indonesia, 1959-68», University of Hawaii Press, pp. 82, 83, 92, Estados Unidos, 1976.

25. «Is Africa ready for Amin?», *Newsweek*, 4 de agosto de 1975, pp. 36, 41; Mann, Roger, «Amin buys loyalty of soldiers», *The Washington Post*, 6 de abril de 1977, p. A13; Strasser, Steven, Gibson, Helen, y Moreau, Ron, «The fall of Idi Amin», *Newsweek*, 23 de abril de 1979, pp. 41-42; Gupte, Pranay B., «Picking up the pieces in Uganda is not easy», *The New York Times*, 1 de junio de 1980, p. E2.

26. Turnell, Sean, *Fiery dragons: Banks, moneylenders and microfinance in Burma*, NIAS Press, pp. 13-14, 49, Dinamarca, 2008; Brown, Ian, *Burma's economy in the twentieth century*, Cambridge University Press, pp. 96-97, Estados Unidos, 2013.

27. «Is Africa ready for Amin?», *Newsweek*, 4 de agosto de 1975, pp. 36, 41; Mann, Roger, «Amin buys loyalty of soldiers», *The Washington Post*, 6 de abril de 1977, p. A13; Strasser, Steven, Gibson, Helen, y Moreau, Ron, «The fall of Idi Amin», *Newsweek*, 23 de abril de 1979, pp. 41-42; Gupte, Pranay B., «Picking up the pieces in Uganda is not easy», *The New York Times*, 1 de junio de 1980, p. E2.

28. Turnell, Sean, *op. cit.*, p. 193. Ver también Mahajani, Usha, *The role of Indian minorities in Burma and Malaya*, Greenwood Press, p. 20, Estados Unidos, 1973.

29. Purcell, Victor, *op. cit.*, pp. 513, 514n, 515.

30. Grayzel, Solomon, *A history of the Jews: From the Babylonian exile to the end of World War II*, The Jewish Publication Society of America, pp. 387-398, Estados Unidos, 1947; Benbassa, Esther, *The Jews of France: A history from antiquity to the present*, Princeton University Press, pp. 15, 16, 20-21, Estados Unidos, 1999; Ben-Sasson, H. H., «The collapse of old settlements and the establishment of new ones, 1348-1517», en *A history of the Jewish people*, Weidenfeld and Nicolson, pp. 561-565, Reino Unido, 1976.

31. Bartlett, Roger P., *Human capital: The settlement of foreigners in Russia, 1762-1804*, Cambridge University Press, pp. 35, 86-87, 88, Estados Unidos, 1979.

32. Ibídem, p. 87.

33. Mill, John Stuart, «On liberty», *op. cit.*, p. 245.

34. Ver Arnott, Robert D., y Mulligan, Casey B., «How deadly were the covid lockdowns?», *The Wall Street Journal*, 12 de enero de 2023, p. A15; Mulligan, Casey B., y Arnott, Robert D., «The young were not spared: What death certificates reveal about non-covid excess deaths», *Inquiry*, 59 (2022), pp. 1-9; Xu, Jiaquan, *et al.*, «Mortality in the United States, 2021», *NCHS Data Brief*, 456 (2022), figura 4, p. 4.

35. Burke, Edmund, *Speeches and letters on American affairs*, *op. cit.*, p. 198.

36. U. S. Bureau of the Census, «Poverty status of families, by type of family, presence of related children, race, and Hispanic origin: 1959 to 2020», *Current Population Survey*, 1960-2021, tabla 4.

37. Moe, Terry, M., *Special interest: Teachers unions and America's public schools*, Brookings Institution Press, p. 280, Estados Unidos, 2011.

38. Thernstrom, Stephan, y Thernstrom, Abigail, *American in black and white: One nation, indivisible*, Simon & Schuster, p. 233, Estados Unidos, 1997.

39. Ibídem.

40. Graham, Hugh Davis, «The origins of affirmative action: Civil rights and the regulatory state», *The Annals of the American Academy of Political and Social*

Science, 253 (1992), pp. 53, 54.

41. Ver, por ejemplo, Steele, Shelby, *The content of our character: A new vision of race in America*, St. Martin's Press, Estados Unidos, 1990; Steele, Shelby, *White guilt: How blacks and whites together destroyed the promise of the civil rights era*, HarperCollins, Estados Unidos, 2006.

42. Steele, Shelby, *White guilt*, *op. cit.*, p. 123.

43. Ibídem, p. 124.

44. Thernstrom, Stephan, y Thernstrom, Abigail, *America in black and white*, *op. cit.*, pp. 158-161.

45. Smith, James P., y Welch, Finis, *Race differences in earnings: A survey and new evidence*, The Rand Corporation, pp. 15, 19, Estados Unidos, 1979. Ver también p. 14.

46. «Civil rights acts», *The New York Times*, 5 de julio de 1964, p. E1.

47. Moynihan, Daniel P., «Employment, income, and the ordeal of the negro family», *Daedalus*, 94, 4 (1965), p. 752.

48. Thernstrom, Stephan, y Thernstrom, Abigail, *America in black and white*, *op. cit.*, p. 150; Congressional Record: Senate, 19 de junio de 1964, p. 14511; Kenworthy, E. W., «Action by Senate: Revised measure now goes back to house for concurrence», *The New York Times*, 20 de junio de 1964, p. 1; Congressional Record: House, 2 de julio de 1964, p. 15897; «House civil rights vote», *The New York Times*, 3 de julio de 1964, p. 9; Kenworthy, E. W., «President signs civil rights bill», *The New York Times*, 3 de julio de 1964, pp. 1, 9; *Statistics of the congressional election of November 6, 1962*, United States Government Printing Office, p. 46, Estados Unidos, 1963; Anderson William, «Predict G. O. P. will capture house in 1964»; *Chicago Daily Tribune*, 20 de noviembre de 1962, p. 8.

49. Para ejemplos documentados, ver Sowell Thomas, *Affirmative action around the world*, pp. 11, 13, 26-27, 30-32, 33, 34, 61, 62-63, 69, 120-122.

50. Ibídem, p. 32.

51. Ibídem, pp. 12-13, 30, 33, 34, 121-122.

52. Ibídem, pp. 12, 13, 120, 121.

53. Bunzel, John H., «Affirmative-action admissions: How it "works" at UC Berkeley», *The Public Interest*, 1988, p. 124; National for Education Statistics, *The condition of education: 1996*, U. S. Government Printing Office, p. 86, Estados Unidos, 1996.

54. Bunzel, John H., «Affirmative-action admissions: How it "works" at UC Berkeley», *The Public Interest*, 1988, p. 125.

55. Sander, Richard H., y Taylor Jr., Stuart, *Mismatch: How affirmative action hurts students it's intended to help, and why universities won't admit it*, Basic Books, pp. 138, 153, 154, Estados Unidos, 2012.

56. Ibídem, p. 154.

57. Ibídem.

58. Hu, Arthur, «Minorities need more support», *The Tech (M. I. T.)*, 17 de marzo de 1987, pp. 4, 6.

59. Lerner, Robert, y Nagai, Althea K., *Racial and ethnic preferences in admissions at five public medical schools*, Center for Equal Opportunity, pp. 12, 34-36, 51-52, 71-73, 81-83, Estados Unidos, 2001.

60. Sander, Richard H., y Taylor Jr., Stuart, *op. cit.*, p. 231.

61. Ibídem, pp. 237-244; Heriot, Gail, «A dubious expediency», en *A dubious expendiency: How race preferences damage higher education*, Encounter Books, pp. 73-74, 75, Estados Unidos, 2021.

62. Ver, por ejemplo, Thernstrom, Stephan, y Thernstrom, Abigail, «Reflections on the shape of the river», *UCLA Law Review*, 46, 5 (1999), pp. 1588-1590.

63. Sander, Richard H., y Taylor Jr., Stuart, *op. cit.*, pp. 106, 236.

64. Thernstrom, Stephan, y Thernstrom, Abigail, «Reflections on the shape of the river», pp. 1583-1631; Sander, Richard H., y Taylor Jr., Stuart, *op. cit.*, pp. 106-107, 236-237; Sowell, Thomas, *Wealth poverty and politics*, pp. 200-203.

65. Sheils, Merrill, *et al.*, «Minority report card», *Newsweek*, 12 de julio de 1976, pp. 74-75; Davis, Bernard D., «Academic standards in medical schools», *The New England Journal of Medicine*, 12 de mayo de 1976, pp. 1118-1119; Foster, J. W., «Race and truth at Harvard», *The New Republic*, 17 de julio de 1976, pp. 16-20. Un ejemplo de lo que advertía el profesor Davis era el caso del Dr. Patrick Chavis, que había sido admitido en virtud de un programa de preferencia de minorías en la Facultad de Medicina de la Universidad de California en Davis. Sander, Richard H., y Taylor Jr., Stuart, *op. cit.*, p. 195.

66. Sowell, Thomas, *A man of letters*, Encounter Books, p. 118, Estados Unidos, 2007.

67. Ibídem, p. 107; Sowell, Thomas, *A personal odyssey, op. cit*, pp. 202-203.

68. Heriot, Gail, «A dubious expediency», *op. cit.*, pp. 46-50, 274-275; Wilson, Robin, «Article critical of black students' qualifications roils Georgetown U. Law Center», *The Chronicle of Higher Education*, 24 de abril de 1991, pp. A33, A35.

69. Sander, Richard H., y Taylor Jr., Stuart, *op. cit.*, pp. 158-162.

70. Kelderman, Eric, «College presidents created a money monster. Now will they tame it?», *The Chronicle of Higher Education*, 68, 12 (2022), p. 7; Saporito, Bill, «The NCAA keeps running plays against pay for student-athletes», *The Washington Post*, 25 de mayo de 2023, p. A19.

71. Según *The Chronicle of Higher Education*, «casi la mitad de los atletas de esos deportes de la División I son negros». En las universidades en las que el 2,4 por ciento de la población estudiantil era de raza negra, ésta representaba «el 55 por ciento de sus equipos de fútbol americano y el 56 por ciento de sus equipos masculinos de baloncesto». Jackson, Victoria, «The NCAA's farcical anti-athlete argument: The real "march madness" is the organization's work to deprive athletes of more educational resources», *The Chronicle of Higher Education*, 67, 16 (2021).

72. Se abordan algunos de los incentivos, limitaciones y modelos de las instituciones académicas en Sowell, Thomas, *Economic facts and fallacies*, capítulo 4; Wolverton, Brad, «NCAA considers easing demands on athletes' time», *The Chronicle of Higher Education*, 62, 18 (2016); Tracy, Marc, «N. C. A. A. declines to punish North Carolina for academic fraud», *The New York Times*, 14 de octubre de 2017, p. D1. Un relato más antiguo sugiere que este tipo de cosas han estado ocurriendo durante generaciones. Sowell, Thomas, *Inside American education: The decline, the deception, the dogmas*, Free Press, capítulo 9, Estados Unidos, 1003.

73. Sander, Richard H., y Taylor Jr., Stuart, *op. cit.*, pp. 220-230.

74. U. S. Department of Health and Human Services, *Health*, United States, 2006, National Center for Health Statistics, tabla 45, p. 228, Estados Unidos, 2007; Latzer, Barry, *The rise and fall of violent crime in America*, Encounter Books, p. 93, Estados Unidos, 2016.

75. [Moynihan, Daniel Patrick], *The negro family*, *op. cit.*, p. 8; Center for Disease Control and Prevention, U. S. Department of Health and human Services, «Births: Final data for 2000», *National Vital Statistics Reports*, 50, 5 (2002), tabla 19, p. 49.

76. Sowell, Thomas, *Affirmative action around the world*, *op. cit.*, pp. 12-13, 30, 33, 34, 61, 62-63, 69.

77. Ibídem, pp. 13, 120-122.

78. Damerell, Reginald G., *Education's smoking gun: How teachers colleges have destroyed education in America*, Freundlich Books, p. 164, Estados Unidos, 1985.

79. Buder, Leonard, «Board asks defeat of a bill retaining 4 specialized schools' entrance tests», *The New York Times*, 17 de marzo de 1071, p. 26.

80. Newman, Maria, «Cortines has plan to coach minorities into top schools», *The New York Times*, 18 de marzo de 1995, p. 1.

81. Santos, Fernanda, «Black at study», *The New York Times*, 26 de febrero de 2012, p. 6.

82. Akenson, Donald Harman, «Diaspora, the Irish and Irish nationalism», en *The call of the homeland: Diaspora nationalisms, past and present*, Brill, pp. 190-191, Países Bajos, 2010; Ornstein, Michael, *Ethno-racial inequality in the city of Toronto: An analysis of the 1996 census*, Access and Equity Unit, ciudad de Toronto, p. ii, Canadá, 2000.

83. Friedman, Milton, «Asian values: Right...», *National Review*, 31 de diciembre de 1997, pp. 36-67; Singleton, Alex, «Creating a showplace of free markets: Sir John Cowperthwaite», *Fraser Forum*, octubre de 2006, pp. 23-24; McGurn, William, «Yes, minister», *Far Eastern Economic Review*, 31 de marzo de 1994, p. 9.

84. «Relax, Mr. Lee», *The Economist*, 16 de enero de 1988, p. 20; «The wise man of the east», *The Economist*, 28 de marzo de 2015, p. 18; Wong, Chun Han, y Venkat, P. R., «Singapore's Lee set model for emerging economies», *The Wall Street Journal*, 23 de marzo de 2015, p. A1; Yergin, Daniel, y Stanislaw, Joseph, *The commanding heights: The battle for the world economy*, Touchstone, pp. 164-168, 183-184, Estados Unidos, 2002.

85. Epstein, Ethan, «Democracy, Gangnam-style», *The Weekly Standard*, 17 de diciembre de 2012, pp. 23-26; Ekbladh, David, «How to build a nation», *The Wilson Quarterly*, 28, 1 (2004), pp. 19-20; Pearlstine, Norman, «How South Korea surprised the world», *Forbes*, 30 de abril de 1979, pp. 53 y ss.

86. Das, Gurchara, «India unbound», *The American Spectator, Summer Reading Issue 2001*, pp. 36-38; Mohan, Rakesh, «India at the crossroads», *Far Eastern Economic Review*, 2 de marzo de 2000, p. 34.

87. «Capitalism with Chinese characteristics», *The Economist*, 28 de noviembre de 1992, pp. 6-8; «Enter the dragon», *The Economist*, 10 de marzo de 2001, pp. 23-25; «The fruits of growth», *The Economist*, 2 de enero de 2021, pp. 28-29.

88. Holmes, Oliver Wendell, *Collected legal papers*, Peter Smith, p. 293, Estados Unidos, 1952.

89. Johnson, Paul, *The quotable Paul Johnson: A topical compilation of his wit, wisdom and satire*, Farrar, Strauss and Giroux, p. 138, Estados Unidos, 1994.

Falacias de la justicia social
Thomas Sowell

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

This edition has been published by arrangement with Basic Books, an imprint of Perseus Books, LLC, a subsidiary of Hachette Book Group, Inc., New York, New York, USA. All rights reserved.

Diseño de la cubierta, Sylvia Sans Bassat, 2024

© Thomas Sowell, 2023

© de la traducción, Santiago Calvo López, 2024

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2024 CREATIVE COMMONS
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-234-3734-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

ÍNDICE

Sinopsis	3
Portadilla	4
Dedicatoria	5
1. Falacias de la «igualdad de oportunidades»	6
2. Falacias raciales	40
3. Falacias sobre las piezas de ajedrez	82
4. Falacias del conocimiento	118
5. Palabras, hechos y peligros	164
Notas	211
Créditos	253
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!	254